

**LA PERVERSION
Y EL
DESEO DE DAÑAR ***

Robert Stoller

Traducción: Bea J. Capandeguy

INTRODUCCION

No habiendo encontrado a nadie en la literatura psicoanalítica, psiquiátrica, psicológica u otra que yo hubiera leído, que estuviera ya sea de acuerdo o en desacuerdo conmigo, retomaré nuevamente los planteos formulados en libros anteriores(1). Considero que la cuestión principal en estos estudios —el deseo de humillar como tema esencial de la erótica— requiere más ventilación. Luego podré usar mis argumentos para dedicarme al tema más general de la estética más adelante.

REGLAS BASICAS

Primero. Este es un capítulo con sus conclusiones —respuestas— encajonadas en una pregunta a la que no puedo responder: ¿cuál pedazo específico del comportamiento erótico de un individuo *no* es una perversión? Las respuestas dentro de dicha pregunta son pedacitos y pedazos —cuyas hipótesis y hallazgos presentaré a continuación— de lo que *es* una perversión. No me demoraré con el problema de “lo que no es perversión”, sino que les pediré solamente que mantengan esta discusión subliminalmente dentro de los márgenes del tema.

Segundo. Divagaré un poco, lo que requerirá paciencia por parte de Uds. Pero si se impacientan, quizás no lean de ese modo distendido necesario para

* Publicado con la amable autorización del autor. Versión integral. Versión francesa abreviada en la Nouvelle Revue de Psychanalyse. N° 29, “La chose sexuelle” bajo el título “La perversion et le désir de faire mal”.

absorber el argumento que yo presentaré en la forma de hipótesis, viñetas clínicas e impresiones, que Uds. deberán dejar flotar desde vuestros interiores a la superficie. Mi forma de razonar, tal como atraviesa este material, exige rodeos y no permite un ataque frontal con una cognición firme y descarnada.

¿EXISTE REALMENTE LA PERVERSION?

En algunos de los campos en que me desempeño —en la universidad, en literatura sobre la erótica, con psiquiatras y psicólogos no psicoanalíticos— hasta el mismo empleo de la palabra “perversión” implica un riesgo. ¡La “perversión” es tan peyorativa! Huele a pecado, a acusación, a rencor, a falta de rectitud. Tiene un algo de absoluto. En ella se sienten los truenos de Dios y de sus agentes sobre la tierra. ¿Cómo puede alguien que se maneje con la psicodinámica, con la relatividad cultural, con las injusticias sociales, con las flaquezas de la humanidad en su conjunto, con la crueldad de la Ley y con la hipocresía de aquellos que se hallan en el poder, seguir usando tal palabra entonces? En nombre de la decencia y de la ciencia, la “perversión”, con sus repugnantes implicancias, se ha eliminado del discurso psiquiátrico, psicológico y sociológico moderno; no así del psicoanalítico. Ha detenido el avance de la investigación de los orígenes del comportamiento sexual y a su vez niega las realidades sociales —la franqueza sexual propia del mundo moderno. Hay poco en la palabra que no sea insulto: la hostilidad que trata de humillar y de subyugar a los otros. Como una etiqueta, fue una herramienta de poder que la sociedad usó para definir a aquellos que eran diferentes como aquellos que eran malos. Los criterios del juicio se hallaban en manos de las autoridades tales como los psiquiatras o los tribunales, y estos juicios no se hacían sobre la base de lo que un individuo estaba haciendo —lo que su acto significara para él o para ella— sino sobre la base de las partes anatómicas involucradas y las costumbres de la cultura correspondiente.

Y así, como reacción contra significados enciclopédicos tales como corrupto, malvado, envilecido, degenerado, terco, etc., emergió una posición más ilustrada. Como ejemplo de este progreso social, permítanme esbozar tal cambio de actitud tal como se desarrolló en los círculos psiquiátricos oficiales durante más o menos los últimos treinta años.

La Asociación Psiquiátrica Americana comenzó su esfuerzo por consolidar diagnósticos con la publicación del *Manual Diagnóstico y Estadístico - Los Trastornos Mentales (DSM I)* en el año 1952. Antes no había ninguna nomenclatura oficial para los trastornos psiquiátricos, o mejor dicho, las diferentes instituciones tenían la suya propia (por ej. la Administración de Veteranos de Guerra). En aquellos tiempos, como observa DSM I, el diagnóstico de “personalidad psicopática con sexualidad patológica” estaba a disposición para quien quisiera usarla. Luego, con DSM I apareció: “trastornos de la personalidad sociopática-desviación sexual” con la elaboración siguiente: “tipos de comportamiento patológico, tales como la homosexualidad, el transvestismo, la pedofilia, el fetichismo y el sadismo sexual (incluyendo la violación, el atentado contra el pudor, la mutilación)”. Al final aparecía “expresión suplementaria - la perversión sexual”.

Estaba encaminándose un movimiento humanitario: la personalidad psicopática, con su sentido poderosamente difamatorio, se había vuelto más objetiva con el cambio a “la personalidad sociopática”. Pero tal como ocurre cuando tratamos de cambiar convicciones simplemente con cambiar etiquetas, los viejos significados infectan a las palabras nuevas. “El sociópata” no borró al psicópata sino que simplemente agregó una sílaba (esa técnica tan usada para obtener el ingreso a la ciencia). Por otra parte, las “perversiones” de antaño seguían llamándose “trastornos”, aunque la acusación se hacía más leve me-

diante la expresión más bien neutral “desviación”. Pero aun llamando a estos estados ⁽²⁾ “comportamiento patológico”, había un juicio que pesaba.

En el año 1968, decisivo para nuestra sociedad, el esfuerzo por liberar los yugos prosiguió con DSM II. La categoría era ahora: “trastornos de la personalidad y ciertos otros trastornos mentales no psicóticos”. Desviaciones sexuales: homosexualidad, fetichismo, pedofilia, transvestismo, exhibicionismo, voyeurismo, sadismo, masoquismo, otras desviaciones sexuales (desviaciones sexuales no especificadas). Pero seguía la palabra “trastornos”.

Posteriormente, después de batallas en las que la homosexualidad en sí se suprimió como diagnóstico, DSM III publicó en 1980, bajo “trastornos psico-sexuales”, dos categorías de lo que en otros tiempos habían sido las perversiones: “trastornos de identidad sexual” y “parafilias”. “En otras clasificaciones se refiere a estos trastornos como desviaciones sexuales. El nombre ‘parafilia’ es preferible porque destaca correctamente que la desviación (para) se halla en aquello que atrae al individuo (filia)”. DSM III menciona el fetichismo, el transvestismo, la zoofilia, el exhibicionismo, el voyeurismo, el masoquismo sexual, el sadismo sexual, y las parafilias atípicas, por ej. “la coprofilia (feces), el froteurismo, la clismofilia (enema), la misofilia (los excrementos), la necrofilia (los cadáveres), la escatología telefónica (las obscenidades), y la urofilia (orina)”.

Parafilia: ¡qué palabrita limpia, prolija, desinfectada, sanitizada y ordenada! La ciencia triunfante. Cambie el panel de la puerta y las actividades en su interior cambiarán.

No obstante, quiero mantener el término “perversión” *debido a sus connotaciones sucias*. “Perversión” es una palabra vigorosa, plena de suposiciones, mientras que “parafilia” es una expresión zonza. Trata de no decir nada y no

dice nada. No solamente es neutral, sino que es asexuada, lacónica. No contiene las características que yo pienso que la persona a la que llamaríamos perversa le resultarían esenciales. Esas características se basan en el sentido del pecado, en el sentido de cometer un pecado.

Todo el mundo sabe que el concepto de pecado se halla en el centro de la palabra “perversión”. En la objetividad de la ciencia, sin embargo, no cabe semejante concepto. Por favor, compréndanme. No estoy diciendo que hay algo como el pecado (si creo o no creo en el pecado es una cuestión particular mía, un tema no científico). Yo simplemente digo que la gente (aun los psicoanalistas, por lo menos en sus vidas privadas) creen en el pecado.

Quizás no sea científico creer en el pecado, pero es igualmente no científico considerar que la gente no cree en el pecado. Y dudo que libremos a la gente de su sentido de cometer un pecado diciéndoles que no son perversos sino simplemente parafílicos (*)

Al librarse del término “perversión”, las autoridades estaban asumiendo una posición objetiva. Reconocían que no era científico, inclusive corrupto que un observador exterior proclamara que alguien estaba pleno de pecado, por ej., imbuido de una desobediencia voluntaria de la moralidad vigente. Sise nos permite llamar a la gente perversa porque tenemos el poder de la sociedad en nuestro bolsillo, el proceso diagnóstico está corrompido desde un principio. La “parafilia” se dirige contra tal injusticia. Se sobreentiende que estoy de acuerdo: si los diagnósticos son simples juegos de poder, dejémoslos.

Pero yo abogo por un criterio diferente al poner nombres, aun cuando en la práctica el criterio sea difícil de aplicar (especialmente porque en la mayoría de los casos requiere que se conozca a alguien): ¿el actor, al mismo tiempo que actúa, siente que está pecando? Permitan que mis definiciones corten una capa aún más profunda. *La actividad es perversa*, diré, *si la excitación erótica depende del sentimiento que él o ella tengan de estar cometiendo un pecado*. Si está presente una dinámica de este tipo, entonces, el uso de términos desodorizados tales como desviación, variante o parafilia, deja afuera el rasgo más significativo del acto.

Insisto, pues, que en la perversión *el deseo* de pecar es esencial a la excitación.

¿Y cuál es el pecado, exactamente? El pecado consiste en lo mismo en que consisten los pecados en general: el deseo de herir, de dañar, de ser cruel, de degradar, de *humillar* a alguien (*). En el caso de la perversión, la persona que ha de ser dañada (además de uno mismo — pero eso muchas veces no se percibe) es el objeto sexual.

La literatura psicoanalítica, a partir de Freud, no usó estos criterios. En vez, todo lo que el analista sintiera como aberración se llamó perversión. Esto es demasiado difuso, porque presupone que todas las personas sexualmente (**) aberrantes comparten una dinámica fundamental en común. Tal presuposición es, para mí, demasiado parecida a los Otros métodos de pensar usados cuando se etiquetaba a alguien como perverso. El proceso clasificador carecía de todo esfuerzo. No hacia falta averiguar qué es lo que estaba aconteciendo en el interior de la persona. Nuestra teoría del comportamiento o del diagnóstico

* Observen que en cuanto los llamemos parafilíacos, sabrán nuevamente que son malos.

* Incluyendo, en niveles de menor conciencia, el deseo de dañarse a sí mismo.

** Y, a partir de Freud, los analistas han usado el término “sexual” sin distinguir a cuál de 8 sus dos rasgos principales se refiere: el comportamiento erótico o el comportamiento del sexo.

hacia la labor, ahorrándonos la molestia de escuchar a los pacientes.

Me gustaría, por lo tanto, ofrecer este sistema diferente para definir la perversión, y si bien exige un mayor esfuerzo se basa en la realidad psíquica: *cuál es la intención de la persona*. Yo apunté estas ideas hace varios años ⁽³⁾ y desde entonces las he revisado regularmente para asegurar de que se mantienen clínicamente, teóricamente, lógicamente. Pienso que esto se cumple, pero quiero advertirles que, en cuanto a lo que sé, nadie más las ha usado. (Las definiciones presentes son levemente distintas del enunciado original).

Por aberración entiendo aquí una técnica erótica o una constelación de técnicas que se utiliza como acto sexual completo y que difiere de la definición de normalidad, tal como es tradicional y reconocida dentro de la cultura. Las aberraciones sexuales pueden dividirse en dos grupos: las variantes (desviaciones) y las perversiones.

*Por variante entiendo una aberración que no sea primordialmente una **mise en scène** de fantasías prohibidas, especialmente fantasías de dañar a otros. Ejemplos de este tipo serían el comportamiento determinado por hormonas prenatales; actividad cerebral anormal, como en el caso de un tumor, una droga experimental, o un impulso eléctrico de un electrodo implantado; o un acto aberrante al que se es impulsado por **faute de mieux**; o experimentos sexuales que se hacen por curiosidad y que no se hallan suficientemente excitantes como para repetirlos.*

La perversión, la forma erótica del odio, es una fantasía, habitualmente puesta en acción, pero de vez en cuando restringida a la ensoñación (ya sea producida por sí mismo o condicionada por otros, es decir, la pornografía). Es una aberración habitual, preferida, necesaria para la satisfacción total, pri-

mordialmente motivada por la hostilidad. Por “hostilidad” entiendo un estado en el que se desea dañar al objeto; distinguiéndose así de la “agresión”, que frecuentemente implica solamente violencia. La hostilidad en la perversión toma la forma de una fantasía de revancha oculta en las acciones que componen la perversión, a la vez que sirve para convertir al trauma de la infancia en el triunfo del adulto. Para crear la excitación máxima, la perversión debe también representarse como un acto en que se asume un riesgo.

En otras palabras, la perversión es una neurosis erótica. (Al enunciar esta frase razonable y a su vez bastante banal, estoy en desacuerdo con Freud y toda la literatura analítica ⁽⁴⁾ en la que se ve la perversión como una forma diferente de comportamiento, engendrada por una constelación diferente de pulsiones y de defensas, y sirviendo a fines diferentes de las neurosis). La perversión (pero no todas las aberraciones) es una respuesta a —una tentativa de curar los efectos de— los traumas, de las frustraciones, de los conflictos y demás condiciones penosas que no se pudieron manejar sin que el individuo cambiara su desarrollo. La manifestación visible de la cura es el escenario de la perversión —la distribución de los personajes con sus roles asignados, la acción, la *mise-en-scène*. El texto luego se sigue en la ensoñación (en la pornografía elegida) o en el mundo real. Si bien no puedo responder adecuadamente, aun en esta etapa temprana, debo enfrentar la cuestión de si hay una diferencia esencial entre la persona que practica una perversión, una que no la practica pero que necesita fantasearla (mediante ensoñaciones o pornografía) para estar bien satisfecho, y la persona que no necesita ni prefiere tal representación pero que sin embargo, si se encuentra con ella al azar, se excita. No ayuda mucho decir que se trata de una diferencia de grado hasta que no sepamos qué factores determinan esas diferencias de grado. Probablemente estemos tan lejos de semejante medición como con respecto a cualquier otra decisión estética (por ejemplo, cualquier asunto que involucre el gusto). Estamos muy distantes de saber, por ejemplo,

hasta la fecha, en qué medida hay factores hereditarios u Otros constitucionales (por ej. ¿los machos tienen una mayor tendencia biológica hacia el aspecto erótico? ¿hay un elemento orgánico en cierta homosexualidad?) desempeñando un papel directo o indirecto en la elección erótica, como cuando un niño pequeño puede resistir inherentemente un factor parental nocivo con más facilidad que otro; o qué partes de una constelación de influencias psicológicas post-natales están más presentes en la historia de un individuo que en la de otro. Lo mejor que puedo hacer es aclarar cierta dinámica, tal como el deseo de dañar o el teatro del riesgo. Pero hace falta cautela porque el hallar tal dinámica en una persona no pronostica cuándo esa dinámica lo impulsará más allá del fantaseo a la acción. Estos son juicios que la teoría no puede formular; pueden medirse únicamente en la situación clínica (en la que —tal como sabemos— tenemos demasiado pocas formas exactas de medición): ¿en qué momento el color naranja se transforma en rojo?

Y así, pues, veo a la perversión como “una aberración habitual, preferida, necesaria para la satisfacción completa”.

Probablemente haya pocas personas que no reconozcan su texto favorito una vez que lo encuentran. Si mis definiciones les confunden porque puede inferirse que todo el mundo es eróticamente aberrante y la mayoría de las personas son por lo menos un poco perversas la mayor parte del tiempo, pues ¿por qué no?⁽⁵⁾. Quizás después de lo antedicho Uds. quieran poner un nuevo título a este ensayo: “La Excitación Sexual y el Deseo de Dañar”.

Puede ser que la perversión parcialmente sea difícil de estudiar porque los casos crasos nos enceguecen en cuanto a las sutilezas subyacentes. Si Uds. son como era yo, a Uds. les llama la atención lo absurdo o lo monstruoso del comportamiento, al punto de dejar de pensar, cómodos con el término “perversión” por su sentido acusador. No necesitamos explicación alguna: “Debe estar loco”, o “Eso es antinatural”. No parece aplicarse la compleja dinámica de las

neurosis. Un ejemplo, el caso 97:

L., un obrero, fue arrestado porque había cortado un gran pedazo de piel de su antebrazo izquierdo con unas tijeras, en un parque público.

El confesó que por mucho tiempo él estaba desesperado por comer un pedazo de la delicada piel blanca de una joven y que con tal finalidad él estaba recostado a la espera de una víctima con sus tijeras; pero, como no tuvo éxito, desistió y en vez se cortó su propia piel.

Su padre era un epiléptico, y su hermana era una imbécil. Hasta los 17 años sufrió de enuresis nocturna, era temido por todo el mundo debido a su naturaleza tosca e irascible, y fue echado del colegio por su insubordinación y sus atrocidades.

Su onanismo empezó a edad temprana, y su lectura preferida eran libros piadosos. Su carácter mostraba rasgos de superstición, tendencia al misticismo, y actos demostrativos de su devoción.

Su anomalía lujuriosa despertó cuando él tenía 13 años de edad, a la vista de una joven bella con una piel blanca muy delicada. El impulso de morder un pedazo de esa piel y de comerla empezó a ser lo supremo para él. Las otras partes del cuerpo femenino no lo excitaban. Nunca tuvo deseos de relaciones sexuales y jamás intentó tenerlas.

El tenía la esperanza de lograr su fin más fácilmente con una tijera que con sus dientes, por lo cual por años siempre llevaba una tijera encima. En varias oportunidades sus esfuerzos casi fueron exitosos. Desde hacía un año halló sumamente difícil soportar sus fracasos, y al no soportarlos más decidió un sustituto, a saber: cada vez que él había perseguido a una chica sin éxito, él cortaba un pedazo de piel de su propio brazo, de su cadera o de su abdomen y lo comía. El imaginar que era un pedazo de la piel de la joven a la que había perseguido, le permitía lograr el orgasmo y la eyaculación mientras que masti-

caba su propia piel.

Se hallaron muchas heridas extensas y profundas y numerosas cicatrices.

Durante el acto de automutilación, y por mucho tiempo después del mismo, él sufría dolores graves, pero estos se sobre-compensaban con las sensaciones lujuriosas que él sentía mientras que comía la carne cruda, especialmente si esta chorreaba sangre, y cuando tenía éxito con su ilusión, para él era el cutis de la virgen. La mera visión de un cuchillo o de unas tijeras bastaba para provocar este impulso perverso, que lo arrojaba en un estado de angustia, acompañado de una perspiración profusa, de vértigo, palpitaciones cardíacas y una desesperación por un cutis femenino. El debía, con las tijeras en mano, seguir a la mujer que lo atraía, pero no perdía su lucidez ni su autocontrol, porque en la cúspide de la crisis él sacaba de sí mismo lo que le era negado del cuerpo de la joven. Durante toda la crisis él tenía erección y orgasmo, y en el instante mismo en que empezaba a masticar el pedazo de su piel, comenzaba la eyaculación. Después de lo cual él se sentía muy aliviado y en un estado de bienestar ⁽⁶⁾.

Para que puedan palpar lo menos extraño —o quizás, palpar que lo extraño es abundante, echen un vistazo a estos avisos, seleccionados al azar de revistas pornográficas. Representan los miles de avisos en centenas de revistas que se publican cada año. No podemos saber cuántas personas practican cada una de éstas (estas qué: ¿prohibirán Uds. lo de “perversiones” como la etiqueta correcta?), pero es seguro decir que sea como sea que contemos, hay más. Comenzaré por citar algunos avisos completos, y luego, por razones de brevedad, continuaré simplemente con la mención de los títulos de avisos.

EDICIONES SKYE

La realidad y la ficción sobre mujeres dominantes, todo ilustrado.

*Bombachas, culto del pie, posesión, jóvenes que matan, lucha mixta, pantalones de mujer, deportes acuáticos y o tras humillaciones. Skye, además de 100 publicaciones, editó **Las Noticias de la Dominante**, noticias sobre lo que están haciendo las mujeres dominantes, los contactos y el calabozo, el listado más importante del mundo de hombres sumisos. Novedades de Skye: cartelones excitantes, con textos y chupadas de pija especiales. Ejemplar de muestra e información completa, \$ 1. (Precio de fines de 1970).*

PEDIDO: REVENTADORES DE BOMBACHITAS

Mujer/hombre le encanta reventar bombachitas.

Le agradecería tener correspondencia con jóvenes damas con el mismo interés. Pagaré por toda foto que se le envíe.

FOTOS DE MIS NENITAS

Mamita necesita hacerse unos mangos rápidamente vendiendo fotos desnudas de sus Tres Nenitas... 8-16... algunas inocentes y desnudas, otras ardientes y malvadas! Diferentes tuyos de fotos con nenes o con ma ita. \$2 por cada grupo.

TORTURA DE TESTICULOS!

Masoquista hombre blanco desea aprender sobre todas las formas de torturas de testículos usadas en el pasado, y cuáles se podrán usar en el futuro.

COMEDORES DE MIERDA!! COMPETENCIAS DE PEDOS!! TORTURAS!

Violación de culo! Amputación! Dominación negra! Más! Catálogo de ficción explícita, \$ 1.

TELESEXO - ACABE POR TELEFONO

Llame a nuestras chicas sexy, o déjese llamar por ellas. AMBAS modalidades le satisfacerán. LLAME YA.

CHICAS DESFIGURADAS

Cualquiera de por allí. Denle a chicas con caras llenas de cicatrices, marcas de nacimiento, parches en los ojos.

PENES PERFORADOS

Esta mini-novela totalmente ilustrada, la primera colección fotográfica de este tipo que jamás se haya producido, mostrando el arte de tatuar y de perforar, incluyendo textos del reconocido especialista Doug Malloy, está a disposición, exclusivamente mediante giro postal de... (Este aviso reproduce la tapa —con ilustración— de la mini-novela).

FETICHISMO DEL PIE Y AMANTES DE LA BOMBACHA

Cassette grabada fantástica para fetichistas del pie, \$ 9. Participe de nuestro club de fetichistas del pie. Boletín mensual de noticias. Abono de 3 meses, \$ 9. Disfrute de mis bombachas llenas de jugo usadas 7 días, \$ 7. Medias muy aromáticas, \$ 7.

FOTOS DE SECRECIONES

Cambie o compre fotos de micción, defecación, menstruación, lactancia. Envío contra reembolso.

200 FOTOS, COLECCION DE PELICULAS DE BEBES

12 CHICOS Y CHICAS EN TODAS LAS UNIONES JUVENILES

CHUPADOR DE CONCHAS

EL CONSOLADOR DE DONNA

EL BICHADOR EMBOBADO

LA PIJITA DE MAMÁ

LOS CUA TRO CON UN OBSEQUIO SORPRESA

“Cuentos de tijeras”, “Hembras que fuman Cigarros”, “Chicas Descalzas que Nunca usan Zapatos”, “Esclavo Macho Blanco”, “Fetichista de la Herradura”, “Servicio Oral otorgado Gratuito”, “Orgía de Concha”, “Diosa Combatiente 6’3””, “Caballos Copilando”, “Embarazada o Amamantando”, “Violación”, “Modas extrañas”, “Bestialidad Prohibida”, “Tacos Altos y otras Delicias Sensuales”, Toilette de Raíces”, “Pene Negro de 22 Pulgadas Usado por Negra de 100 kilos mientras que disciplina a jóvenes chicos blancos”, “Los Transexuales más bellos del Mundo”, “Diosa dominante capacita a Esclavos Generosos en Calabozo Privado”, “Se Buscan Esclavos Franceses”, “Amante experta Magra y Malvada”, “Enemas Violentos”, “Gustadora del Placer y Dominante”, “Pareja Ofrece total discreción a gente generosa. De a tres, bisexualidad, vestimenta cruzada, sadomasoquismo”, “Encantadora Dominadora de Almendras”, “Macho Amante del Pie en Delaware”, “Lucha enloquecida por Chicas con Pies de aspecto sexy”, “Necesito Víctimas de Cosquilleo”, “Potrillo Negro Dominante”, “Damas Fuertes y Grandes”, “Viudo Blanco 5’6””, “Fotos Estrafalarias-Bombachitas Sucias. Cambiaré Fotos Mierda-Pipí. También Vendo Bombachas Sucias”, “Se Busca Hembra Luchadora”, “Escupida y Saliva”, “Mujer Tatuada-Perforada”, “Duchas Doradas y Cunnilingus”, “Hembras Discretas Sumisas”, “La Revista Más Salvaje de Swing” * “Admiradores de U; as”, “Hembras Luchadoras”, “Registros de Fiestas Bravas”, “Lamiendo mis Bikinis”, “Chicas que Cascan a Hombres”, “Hermosos Pies Desnudos”, “Acción en Tres Direcciones”, “Cosquilleos Franceses la

Calentarán”, “Película Toda de Sexo Bucal”,
“Catálogo de Esclavitud (sometimiento) y de Cuero”, “Cartas con Jugos”, “Club de Músculo Femenino”, “Academia para Disciplina”, “Bombachas Mojadas”, “Se Busca Animal Doméstico Hembra”, “Orgía de Ligas”, “FanAMP(**)”, “Macho increíblemente Sumiso”, “Se Buscan Fotos de Mierda de Macho”, “Amante de Zapatos de Taco Alto”, “Lesbiana Macha Sumisa”, “Vestime y Bajame”, “El Poder está Bien”, “Esclavo de los Graznidos”, “Hembra Lisiada”, “Amantes de las Amputaciones”, “Grabaciones Presidenciales - Mejor que Watergate! Los Discursos Inaugurales de Seis Presidentes: Franklin Roosevelt, Harry Truman, Dwight Eisenhower, John Kennedy, Lyndon Johnson, y Richard Nixon”.

Avisos de Revistas: “Lo Mejor del Cautiverio -1”, -2”, -3”, “Adolescentes en Cautiverio 2/1”, “Esclavos en Cautiverio -4”, -5”, “Revista de Cautiverio -4”, -5”, “Cautiverio en Cuerdas y Cuero -1”, “Indefenso -5”, “Encordado -5”, “Cuerdas y Ligas -4”, -5”, “Amas de Casa en Cautiverio -5”, “Gatitas Cautivas -4”, -5”, “Bellezas Cautivas -4”, -5”, -6”, “Cautiverio en Cuerdas & Goma -2”, “Cautiverio Avanzado —4”, “Nudos Amorosos -1”, -2”, “Cautiverio de Zorro Caliente -1”, “Asilo de Cautiverio -1”, “Manguera, Tacos & Indefenso -1”, “Cautiverio de Cuero”, “Patente Roja -2”, “Cautiverio Osaka - 1”, “Cautiverio Kyoto -1”, “Revisión de Películas de Palizas”, “Revisión de Películas de Cautiverio -1”, -2”, -3”, -4”, “Cautiverio en Tokyo -1”, “Exótica, vol. 6, N^o 4”, “Los Subyugadores, vol. 2, N^o 2”, “Putas en Botas, vol. 6, N^o 4”, “Dele con el Látigo”, “Maestro del Cuero, vol. 1, N^o 2”, “Disciplina y Deseo, vol. 2, N^o 1”, “Análisis Infantil”, etc., etc.

Espero que esta lista les otorgue la impresión, por falta de datos mejores o

* N.T. Ref. a cambio de pareja.

** N. T. Ref. a ampollas (inyectables).

de estudios estadísticos que son imposibles de hacer —que la perversión es mucho más común de lo que generalmente se cree, y que existen más categorías de las que remotamente puedan soñarse en nuestros manuales. Más allá de lo antedicho hay una cuestión a la que no ha de prestarse la suficiente atención en este trabajo, que gira alrededor del hecho de que la mayoría de estos avisos, de estas necesidades, de estas perversiones, son para hombres y no para mujeres. Y casi todos son heterosexuales: para hombres, y con mujeres que se ofrecen como los objetos sexuales.

Pero recuerden: si estos entretenimientos no excitan a Uds., no saquen conclusiones. La no-excitación puede explicarse tanto como la excitación. Ni Uds. ni yo, ni los tribunales ni el Sr. Kinsey, constituyen el criterio, lo absoluto, el punto establecido en el universo contra el cual se mide todo movimiento para hallar la variante, la aberración. Ni siquiera “lo normal”, ese medio sumamente sutil para reforzar el prejuicio. No hay en el universo ningún absoluto de la vida mental con respecto al cual se pueda juzgar todo lo demás. Creer que lo hay es un presupuesto fundamental de la mayoría de las teorías psicoanalíticas de la sexualidad, que decretan que lo “heterosexual” es el standard para la normalidad (como si no hubieran tantas heterosexualidades como heterosexuales). La elección erótica, en realidad, es una cuestión de opiniones, de gusto, de estética.*)

El asunto de la relatividad lleva a una disgresión en torno al vocabulario. Algunos de los avisos ofrecen pornografía, pero no todos atraen a los sadomasoquistas, ni a la mayoría de las mujeres, o a los que no son oledores, por ejemplo; haría falta agregar otras pornografías para enredar a un grupo mayor de gente. ¿Pero cómo podemos conceptualizar una pornografía que no excita? Para ello apliquemos las siguientes definiciones evidentes. La pornografía es ese producto que se ha manufacturado con la *intención* de producir una excita-

* Y si algunos de estos avisos les causó gracia, pueden Uds. observar otro punto que retomaré más adelante: el humor, que en su dinámica tiene mucho en común con lo erótico, también es una cuestión

ción erótica. La pornografía es pornográfica cuando excita. No toda pornografía, por ende, es pornográfica en lo más mínimo.

Ahora volvamos a la proposición de que las perversiones existen. Les presentaré brevemente una colección de fetiches. Hay uno para prácticamente todo el mundo. Después de leer esta lista Ud. debería sentir que por cierto hay condiciones, y muchas, atrayendo a mucha gente, que aun a Uds. les costaría llamar solamente variantes. Uds. quizás quisieran entonces hallar una expresión más fuerte que la de “estilo de vida distinto”, una expresión que connotaría que está presente lo inusual —aun cuando mi hipótesis de la perversión como la forma erótica del odio les resulte un trago demasiado amargo para tragar. Sin embargo, algunos otros de estos fetiches son tan poco extraños que son corrientes. (¿Y quién osaría decir que algo que millones de personas hacen es perverso? Únicamente alguien que defina la perversión como algo que ocurre en la mente más que en la estadística).

La técnica para formular mi planteo ha consistido en darles primeramente ejemplo, de necesidades eróticas tan extrañas que Uds. están de acuerdo que el comportamiento es, por lo menos, barroco, más allá de lo común, más allá del alcance de palabras decoloradas como la “parafilia”. Una vez que hayan captado esto, Uds. verán que comportamientos menos extremos no son tan diferentes de los realmente extraños. A esa altura habré obtenido suficiente atención de Uds. como para proseguir a una cuestión más interesante: ¿cuáles son los rasgos comunes (por ej. la hostilidad) que las perversiones tienen en común?

Hemos cumplido con el primer paso. Uds. ya están convencidos, o de lo contrario nunca lo estarán, de que hay algunas conductas eróticas que son motivadas por deseos que pueden llamarse perversos. Ahora veamos qué es lo que ocurre en aquellos que se desesperan por comer un pedazo de la delicada piel blanca de una joven, en aquellos que sienten una intensa lujuria al ver que la

servienta se corta el dedo y sangra, o en aquellos que se excitan ante la evisceración de prostitutas.

LOS FETICHES

Para aquellos que piensan que los orígenes psíquicos de la excitación son evidentes (por ej. biológicos), la lista siguiente de objetos eróticos, según sus propios gustos, el sexo o la experiencia anterior que hayan tenido, puede hacer renacer su curiosidad: botas, ropa interior (por ej. ropa interior femenina blanca, rasgada y arrugada), impermeables, cuero, goma, uñas pintadas, nalgas salientes, penes erectos, vulvas, cejas depiladas, cadáveres, uniformes, cigarreras, pipas, botón de camisa, la cavidad de un ojo de vidrio, pieles, lentes, auriculares, orina (caliente y fría, fresca y fermentada), feces, látigos, el color de la piel, gordura, prepucios, cavidades nasales, manos, guantes (de tela, piel, largos con muchos botones, de niño, sucios, con las yemas de los dedos saturadas de transpiración, chupetes, hombres en paroxismos de tos, medias, delantales, pañuelos, gorras para la noche en cabezas de mujeres feas, plumas, terciopelo, seda, rosas, vírgenes, dedos de los pies, bocas, grillos (cadenas), sombras, amputados, zapatos (chirreando, de taco alto, lustrados), “la pierna de la rodilla para abajo y vestida exquisitamente”, el césped pisado en crecimiento, prostitutas, mujeres fumando cigarrillos, sangre succionada, soldados, policías, pantalones de equitación, mujeres bajas, hombres altos, mujeres altas, hombres bajos, las esposas de otros, los maridos de otras, niños prepúberes, gente de edad, ojos, bocas, orejas, mujeres cincuentonas con una renguera del lado izquierdo, el dedito chico derecho de una mujer cruzado por encima del dedito al costado, puestas de sol, sopranos wagnerianas en pleno canto, trajes de novia, hombres con pechos como una mujer, extraños mirados furtivamente, una mujer tirando de la cadena del W.C., esposas, changos de bebe, fotografías de mujeres

desnudas, manos de mujer ennegrecidas por carbón y observadas en un espejo, cordones, joyas de coral, dinero, anos, moscas copulando, pianos, trajes nuevos, coches nuevos, mujeres bizcas, pies transpirados, vestidos (salpicados de barro, en pedazos, mojados, apretados, sueltos, rojos, negros, puestos, no puestos, azules con delantal blanco), vello del cuerpo, púbico, facial, el cabello trenzado, flotando en el aire, oscuro, pelirrojo, rubio, cortado, afeitado, intacto, con raya, pelucas, bigotes, animales (cerdos, perros, gatos, conejos, vacas, yeguas, ovejas, asnos, cabras, ciervos, monos, caballos recibiendo latigazos que se resbalan, gallinas, patos, gansos, osos y cocodrilos). Agreguen a esto modificadores estéticos tales como la textura, el olor, los colores, el movimiento o la quietud, la actividad o la pasividad. ¿Y qué decir de acciones complejas como afeitarse la cara enjabonada de una niña de piel muy suave?

HISTORIAS TRISTES

Estos fetiches son suficientemente benignos. No hay nadie a quien se le mate, se le mutile, o se le viole. De hecho, la acción se desarrolla con un objeto, no con una persona en su totalidad, y sea lo que se le haga al objeto —el fetiche— es inanimado, o es una parte del cuerpo que no corre el riesgo de sentirse devastada. Pero la sociedad no reacciona con benevolencia, diciendo: “No llamen a estos actos, trastornos o enfermedades ni perversiones. No hablen de pecado.”

El criterio moderno tiende a reducir las reglas puritanas, defensivas, proyectivas, hipócritas, que tratan a la desviación, incluyendo a la erótica, como ataques fundamentales contra el cuerpo político*. Según nuestro criterio actual, los fetiches son solamente símbolos, historias muy compactas que subliminalmente transmiten sus significados más completos: no acuchillan, no

* Aunque algunos filósofos-practicantes de la perversión usaron la perversión como paradigma de la subversión.

muerden, no envenenan, no deshacen, no aplastan ni demuelen. No obstante, ocultos detrás de esos símbolos hay historias que representan actos hostiles, y pronto hablaré sobre ello. Los fetichistas, en realidad, no dañan a nadie, pero esto no ha de confundirse con el hecho de que su comportamiento esconda, entre otras cosas, una dinámica de hostilidad. (Una dinámica no es una acción. Ni siquiera se puede medir la intensidad de un deseo, conociendo el escenario en que se presenta dicha dinámica).

Quizás esto se vea más fácilmente si pasamos a otra excitación: el humor (los chistes, la tira cómica, el ingenio, la ironía, la caricatura, el sarcasmo, todos en una línea continua de hostilidad creciente). No creo que Uds. puedan contar un cuento ingenioso, cómico o humorístico —son similares pero no idénticos en la manera en que causan gracia— sin que haya una víctima implícita o visible, tal como en la caricatura. Sin embargo, una película cómica de golpes y porrazos en que alguien se resbala sobre una cáscara de banana y se rompe la pierna, es distinta del caso en que se vea tal idéntico acontecimiento delante de uno realmente en la calle. (Yo supongo que los que se ríen en la calle —o los que conscientemente salen a crear accidentes— son los equivalentes de los eróticamente perversos).

Adelantamos a la tesis que la perversión se hace a partir de un relato en que se daña a alguien. Esto es más fácil de ver en las excitaciones más locas, pero ahora necesitamos ejemplos de perversión, más allá del fetichismo, donde la hostilidad está presente pero invisible. Mencionaré tres ejemplos: el exhibicionismo, el voyeurismo y el transvestismo. (Con la finalidad de que se mantenga intacta la argumentación, volveré a describir los rasgos correspondientes (7). Al hacer esto, corro el riesgo de aburrir a mis lectores, pero pienso que hay suficientes lectores nuevos de mis escritos como para que los viejos conocidos sepan perdonar la repetición).

Veamos un episodio exhibicionista típico (⁸). Si usamos la palabra “exhibicionista” en el sentido restringido que se refiere a la perversión (no en el sentido más amplio en que “exhibicionista” es más o menos sinónimo a “histriónico”, sin implicar una excitación erótica), entonces estamos hablando de un hombre heterosexual, casado (de una veintena de años o más), no afeminado, que no se está defendiendo conscientemente contra sus deseos homoeróticos. Es probable que este individuo haya sido arrestado por exhibir sus genitales*. Alguien lo denigró —algún jefe en el trabajo, un extraño, su esposa. Se siente mal, y si bien no puede articular la forma del sentimiento de malestar, si Uds. lo cuestionaran, eso lo ayudaría a describir su angustia, su ira, su depresión y su desprecio, que no se dirigen claramente contra nadie, ni tampoco contra sí mismo. Este estado tensamente desagradable se intensifica hasta que él decide —habitualmente sin ver que lo que él decide está vinculado con su sentimiento de malestar— llevar a cabo su plan. Se dirige a otra parte de la ciudad, a un lugar, a una zona pública que él sabe no es su propio territorio, donde él puede llamar la atención de mujeres silenciosamente, exponiendo sus genitales. Los testigos de su acto deben ser extraños o por lo menos mujeres que él apenas conoce.

Poniéndose en posición, está a la espera de la respuesta de las otras mujeres. Si estas se enojan o demuestran shock de alguna otra manera, él no se siente molesto sino que se excita o se encuentra inesperadamente tranquilo. Si bien puede ser obvio que la mujer llamará a las autoridades, él permanece imperturbable, en el sentido de que no sale corriendo. Puede estar como en un estado de animación suspendida, no queriendo escapar y no comprendiendo por qué. En semejante estado, es probable que se le arreste, siendo esta la razón por el alto porcentaje de recidivas. No sólo espera que se le prenda después del acto, Sino

* El porcentaje más alto de recidivas por comportamiento erótico ilegal ocurre en este tipo de hombres.

que este incluye en sí mismo que la observación de ella consiste fundamentalmente en pescarlo haciendo algo malo. El necesita creer que ella está pensando eso —que él está haciendo algo malo— o de lo contrario su conducta no tiene sentido.

La escena, sin embargo, puede desarrollarse de otra manera en estos tiempos modernos con una mujer moderna. Si ella no está shockeada, ni ofendida, ni enfurecida —si ella sabe que no la están violando y simplemente se divierte o no se preocupa— el hombre se queda asombrado, insatisfecho, incómodo, humillado.

Es fácil hallar las explicaciones de tal comportamiento; basta hablar con el exhibicionista, en una situación en que sienta confianza, para saber qué le pasa. En primer lugar, Uds. deberán darse cuenta que el ir a una parte extraña de la ciudad y el exponer sus genitales a mujeres extrañas no es la perversión en sí sino solamente la primera parte, el prelude. La segunda parte, que jamás se ha reconocido como parte de la actividad erótica, es el shock de la mujer, el revuelo consiguiente con la policía y los observadores, el arresto, y la presencia ante los tribunales con el potencial implícito de que la vida del hombre queda arruinada. Uds. —Uds., seres racionales— preguntan lo mismo que el juez:

“Por qué hace Ud. esto, por qué lo repite, por qué —cuando Ud. sabe las posibles consecuencias terribles— por qué entonces no se abstiene?” Y el pobre diablo sólo puede contestar: “No sé”. Es decir, “No sé lo que sé”. (Esto último, obviamente, se aplica a casi cualquiera en cualquier momento).

“Lo que no sé que sé es que más temprano hoy me humillaron, y no he aceptado en mí que me sentí anulado. Lo sentí y luego lo transforme separándome de mi conciencia. Yo fui de la conciencia precisa de mi dolor al malestar vago. De ese modo pude olvidar que me hicieron sentir afeminado y débil y siempre me he preocupado por eso. Soy alguien indigno, y alguien me volvió a hacérmelo saber. Pero yo descubrí una cura para esto, el peor de los fracasos. Puedo recuperar mi sentido de valor, de mí yo mismo, de mi identidad,

de ser con aquello que más define la masculinidad y la virilidad: mi pene. Miren lo que pasa cuando yo muestro mi pene (en el momento correcto, en el lugar correcto, evidentemente). La gente queda shockeada, la policía me arresta, la sociedad —mediante sus agentes, y los tribunales— reafirma eso terrible que he cometido, y el precio que pago es la ruina. Y me fue posible todo eso simplemente mostrando mi pene. Por Dios, ¡qué pija! “(9)

Las perversiones —todos los actos perversos (no todas las aberraciones, sólo las perversiones; esa es la finalidad del esfuerzo de una definición precisa)— son curas mágicas, balas mágicas. Eso, aun más allá del placer corporal, es razón suficiente para repetir las. La parte triste es que, sin insight (comprensión) en lo que está haciendo, la persona perversa tiene que repetir sus actos destructivos interminablemente; una aspirina para un tumor cerebral.

¿Y por qué un extraño? Porque una persona que lo conoce, como por ejemplo su mujer, evidentemente no sentiría shock alguno ante el espectáculo de algo tan doméstico. En nuestra cultura, una mujer —y su esposo lo sabe— no queda azorada por ver su pene.

Tratemos ahora de emplear este modo de explicación en esa especie de 18 opuesto del exhibicionismo: el voyeurismo. El voyeur, también va a un lugar extraño y se excita únicamente con mujeres extrañas. Si él está casado con la mujer más fabulosa del mundo, no obstante él está en otra parte, apasionado para echar una mirada furtiva a una extraña, a la vez que el mirar a su mujer lo aburre (esta, a la inversa, es objeto de la pasión de hombres que aún no conocen su estructura arquitectónica). El factor común, una vez más, es la violación, la hostilidad, el deseo de dañar. El voyeur imagina (correctamente, probablemente, la mayor parte del tiempo) que él está despojando a la mujer de lo que le es propio, forzándola a entregar aquello que no le daría a él voluntariamente. (A no ser que el placer de ella consista en hacer un show en el que ella se imagina que la visión de ella incita a un hombre a violarla; ciertos aspectos de la moda, por ejemplo, están encaminados en esta dirección). Cuando él no puede manejar

malicia, entonces se aburre. ¿Cómo puede él, si está casado, abusar de su mujer mirándola, cuando el contrato matrimonial, por lo menos en nuestra sociedad, le da libre acceso a ella?

El transvestismo es el tercer ejemplo de una perversión en la que la hostilidad no está manifiestamente visible. Por “transvestismo” entiendo el vestirse con ropa o el utilizar ropa del sexo opuesto para excitarse. (Tal como con el exhibicionismo y el voyeurismo, se trata de una actividad esencialmente masculina. Pero véase el cap. VII). Tratemos esto tomando una vía no clínica: la pornografía. La pornografía es una ensoñación publicada. La perversión es una ensoñación realizada. La pornografía es *una forma frustrada* de la perversión. Cuando se investiga la excitación, la pornografía tiene la ventaja de ser una ensoñación confiable; es visible, puede escudriñarse una y otra vez, y —dado que se produce para la venta— tenemos la garantía que representa toda una modalidad, que es la ensoñación preferida de muchas personas (pues de lo contrario el productor o editor perderían dinero).

Imaginen delante de Uds. la tapa de un trozo de pornografía transvestita a describirse brevemente. (La figura se publica en otra parte (10)). ¿Qué trasmite al transvestita para que él pueda, al instante (11), saber que vale el alto precio que se le cobra? ¿Por qué lo excita a él y no se conmueven los que no son transvestitas?

La primera regla en las ensoñaciones es que cada detalle cuenta. Cada uno tiene un efecto —aun cuando el efecto asignado sea el de no tener importancia, un espacio vacío; de lo contrario se le omite. (Lo mismo rige para otros trabajos creativos, tales como las composiciones musicales, los cuadros, los poemas. También allí, nos consta, los espacios muertos y las redundancias —tales como los silencios y las repeticiones en música— son imprescindibles para crear los efectos deseados).

CADA DETALLE CUENTA

Si bien la ilustración le dice poco al que no es transvestita, al hombre susceptible se le comunica mucho. Comencemos por las palabras impresas y escogamos parte de la información²) oculta para el que no es transvestita, pero erótica para el que lo es.

El título es REDADA DE BOMBACHAS. Eso eróticamente será una señal para hombres, no para mujeres. Se refiere a un ataque al sexo femenino porque las bombachas son prendas íntimas vinculadas a los genitales, prendas delicadas, ocultas, con el potencial de provocar a los hombres eróticamente. (Quizás Uds. se asombren por qué construyo frases cuidadosas acerca de cuestiones que todo el mundo conoce). En nuestra cultura, especialmente en la época en que se publicó este folleto, o sea en 1963, se suponía que el público pensaría que redadas de bombachas eran simplemente manifestaciones de exuberancia juvenil, aventuras intrascendentes de jóvenes, probablemente universitarios, probablemente de clase media, que más adelante adoptarían conductas más serias. Una cierta frivolidad bien intencionada era perdonable pues los jóvenes de que se trataba eran heterosexuales, y no se estaba cometiendo ningún daño real. Robando ropa interior de mujeres no se dejaba de prometer a la sociedad que en el futuro serían padres y ciudadanos impecables. Y además, según el mito, seguramente a las chicas les agradaría la gracia. Una emoción barata. No es arriesgaban más que unas simples bombachitas.

Hay en este título, pues, factores implícitos de seguridad, una información otorgada al transvestita, el que, aunque en realidad se estuviera masturbando, ha escindido una parte de sí mismo que es el hombre del relato. Lo que ese tipo está haciendo es socialmente aceptable, viril, gracioso, quizás una picardía. Si el hombre real se sintiera angustiado, culpable o asqueado, no podría comprar el folleto así no más.

Debajo del título hay dos cuadrados con impresión clara y prolija. En uno

dice: “Otras historias de transvestismo y de impersonación femenina”. En el otro: ‘N^o C-18’. Esto último, sin ningún sentido sustancial, ubica a la publicación en una modalidad de edición ordenada, contable, sin suciedad. En la parte inferior, después del anuncio de que “incluye correspondencia verdadera de transvestitas” (lo que simultáneamente llena la cornucopia y hace saber al transvestita que no está solo), se lee “Una Publicación para Conocedores” y “Tirada limitada”, nuevamente factores de seguridad que dan la ilusión de que se trata de material de la clase alta.

¿Pero qué pasa con la característica principal, la ilustración? Permítanme destacar unos pocos puntos. Muestra tres personas, dos mujeres y un hombre. Las mujeres son claramente —extravagantemente----- mujeres. No hay ninguna sugerencia de que sean de tipo masculino. Son, con todas sus cualidades hembras y de femineidad, poderosas, peligrosas, crueles. Avasallan pero no por fuerza bruta. (El asimiento de la morocha es delicado, por lo que un hombre joven sano fácilmente podría deshacerse del mismo). Presentan una amenaza física disponible más allá de lo no físico implícito en su belleza peligrosa: junto a muchos otros elementos fálicos en el dibujo, hay látigos. Pero, una vez más, él podría escapar fácilmente si el poder interior de la mujer no lo tuviera cautivo.

El hombre joven es el centro de la ilustración. Una lágrima se desliza por su rostro. Por cierto es infeliz en su preciosa ropa interior, etc. Las mujeres lo han abrumado, y, sospecho —asegurándome luego al leer el texto— lo han humillado. Se le ha forzado a hacer algo que no le agrada. No podemos llenar todos los detalles a partir del texto, porque no tiene ninguna escena como la de la tapa.

No obstante, Uds. hallarán en todos los ejemplos de este tipo de pornografía transvestita que los elementos fundamentales son los mismos: el joven heterosexual, indudablemente totalmente macho, inocente, es capturado por hembras, que no lo hacen con poder físico sino con ese misterioso poder inherente en lo propio de la hembra y de lo femenino.

Humillado, se fuerza al hombre a que se ponga ropa de mujer. Eso es la parte esencial de la historia y es lo que la tapa promete al transvestita. Para este relato es fabuloso. Para el resto de nosotros carece de interés. Aun si nos asombrara, siempre nos preguntaríamos cómo esto puede ser erótico.

EL TRAUMA Y LA HUMILLACION

¿Cómo puede excitar la humillación? Y cuando el texto muestra que las mujeres lo han forzado a que se pregunte acerca de la solidez de su masculinidad y virilidad, apenas entendemos más. Pues la tapa no nos dice todo. Sólo muestra el trauma. Hay un final feliz: con la ayuda de mujeres, la humillación del hombre se transforma en un estado placentero no erótico(*) cuando las mujeres lo aceptan abiertamente como un hombre y un macho que sigue siendo hombre y macho pero que tiene aspecto bonito y gracioso en ropa femenina. Para el resto del mundo esto no suena por cierto como algo muy excitante. ¿Por qué esto es algo tan compulsivo que se repite una y otra vez en la pornografía transvestita?

Busquemos indicios en extractos del relato. En la primera página, debajo del título se encuentra el nombre del autor: Carlson Wade (supongo que un seudónimo). Refinado, literario, masculino, este hombre seguramente fuma pipa. Comienza el relato. (Observen lo desmedido —para aquellos que no sienten una atracción fetichista por la ropa de mujer, el nombrar y describir prendas, sus colores y texturas los deja indiferentes).

A medida que Bruce King seguía hacia adelante sigilosamente, bajo una capa de oscuridad aterciopelada de medianoche, en dirección al predio prohibido del hogar de las estudiantes, empezó a sentir miedo. ¿Y si no tuviera éxito en esta redada de bombachas? Supongan que él fracasara en volver con el

botín —un par de bombachas con bordes de encaje, bombachitas color de durazno, el viso de seda y satín con moñitas rojas en los tiradores, quizás un portaliagas o dos, sin mencionar ni siquiera una media bombacha de nylon negro! Era su tarea para “iniciarse” en la universidad el hacer una redada de bombachas en el hogar de las estudiantes en la otra punta del predio universitario, una tarea para nadie más que él.

“Si no traes de vuelta toda la ropa interior de una chica”, le había amonestado un estudiante compañero de su fraternidad, a la vez que movía unos remos de madera de un lado a otro, mostrando cómo calentarían los flancos de iniciados desvalidos durante ceremonias secretas, “te remarán fuera de esta iniciación.., y no podrás sentarte por una semana entera!” Los demás se habían reído ruidosamente pero Bruce King no vio nada chistoso. Estaba desesperado por que lo aceptaran y si tenía que robar ropa interior femenina, ni hablar de alguna bombachita zonza, con el fin de ganar el respeto de ellos, por cierto lo haría!

Detengámonos para hacer unos pocos comentarios a esta altura. Bruce King, el nombre de un héroe: totalmente masculino, ni un hálito de tipo afeminado. Observen que él es definido como un macho masculino ya que la redada se hace como parte de un rito de iniciación masculina. Si él ha de juntarse a la organización compuesta por machos todos ellos, él debe cumplir con una misión peligrosa y abusar de la intimidad de hembras. El hace esto porque está desesperado por obtener la aceptación de machos, lo que significa una masculinidad suficientemente insegura como para requerir el aliento de otros hombres.

(El asunto del remo y los flancos de iniciados desvalidos no atraerá a todos los transvestitas. Para algunos es demasiado sadomasoquista, ¿y no tiene aunque sea un parpadeo de homosexualidad?)

* El lector transvestita, sin embargo, se excita

Bruce se acerca a la ropa interior colgada.

La pieza delantera de encaje del baby-doll hacía juego con el bikini plisado. Bruce se sonrió. Ciertamente sería interesante ver a una chica usar un baby-doll así! Y agarrarla sorpresivamente lo transformaría sin duda en un héroe! (Es decir, atacar —degradar— a la hembra lo promovería al grado de ser el mejor de los machos)... De repente hubo un grito. Chillidos. Chillidos y risas burbujeantes de repente 10 envolvían. Se dio vuelta, giró frenéticamente para descubrir que repentinamente estaba rodeado por no menos de media docena de chicas, algunas usando soutienes y pan taloncitos negros de satin, otras usando shorts de seda. Todas estaban aullando de alegría. (O sea, repentinamente —tres veces repentinamente— él mismo es atacado).

“Le vamos a dar una lección de la que nunca se olvidará!”

Bruce luchó pero ellas enlazaron sus brazos con los cinturones de sus robes de chambre de seda. “Basta!” El trató de gritar pero de repente sintió que su boca estaba llena de una sedosa media blanda y transparente. La media estaba atada alrededor de su cabeza y anudada fuertemente. Sus brazos a su vez estaban atados detrás de su espalda. De repente se dio cuenta que las hembras vociferantes lo estaban llevando, horizontalmente. Lo estaban llevando dentro del edificio, por las escaleras empinadas a un dormitorio! El trató de protestar pero su mordaza estaba demasiado apretada; él se movía pero no lograba más que obtener los pellizcos de uñas puntiagudas en la carne musculosa de sus flancos y caderas. Esto causó mucha risa estridente por parte de las arpías victoriosas que estaban encantadas con las luchas indefensas de su prisionero macho.

Cuando la puerta del dormitorio se cerró, dejando a Bruce King como la víctima indefensa de cuatro chicas de aspecto fiero, tuvo un sentimiento de hundirse. ¿Qué le harían? Esto no era sino una travesura intrascendente.

¿Acaso no tenían sentido del humor? (Es decir, la diferencia entre hostilidad ruda y humor es cuestión de perspectiva, de estética.)

En esta sección, pues, hemos visto a Bruce, a pesar de su masculinidad, capturado por mujeres aullantes, con sus charlas, sus risas burbujeantes, y con sus gritos de alegría. Lo entran con sus cinturones sedosos, sus uñas puntiagudas, y una media sedosa, transparente y blanda. En breve*, el poder de la femineidad lo hunde, no la fuerza bruta de los remos de machos! Hemos aquí con un relato lleno de la humillación del hombre por parte de la mujer. Ahora nos encontramos con Lori, la que posee “una forma extraña de arrogancia que exigía obediencia y respeto” (quiere decir, su interpretación de la femineidad de la mujer). Ella da las órdenes a las mujeres para que lo vistan con ropa de mujer. Unas pocas citas más son suficientes:

Antes de que Bruce pudiera protestar, encontró que las chicas se estaban subiendo a él, sacándole violentamente su simple camisa blanca, sus pantalones de algodón verde oliva (él estaba contento que usaba unos calzoncillos protectores), afuera con sus mocasines, sus medias de lana. “Hace frío...” tembló, sintiéndose más incomodado y humillado que los elementos del tiempo a principios de primavera. El que lo desnudaran y lo ataran en cautiverio cuatro hembras dominantes ciertamente era una experiencia que hacía añicos de su virilidad. No se podía predecir qué le harían después de que Lori expresó la siguiente amenaza: “Le enseñaremos que la hembra de la especie es el ser VERDADERAMENTE agresivo de la raza humana!”

“Los chicos buenos no deberían llevar una ropa tan desaseada. Le enseñaremos a Bruce cómo debe vestirse.”

* N.T. Sigue un juego de palabras en el original inglés, porque después de breve dice entre paréntesis — breves— lo cual se refiere a las bombachas.

Con un suspiro de alivio, se acordó que estaba usando su pequeño sostén deportivo, que las chicas ridiculizaron y entre carcajadas dijeron: “Miren el piolín que se puso!”

“Ay Bruce chiquito.”

Bruce se puso colorado y en cuanto sus brazos y sus piernas se liberaron, él trató de cubrirse con sus manos pero su posición torpe de rodillas y su posición de hombros redondeados de turbación sólo provocó más risas. “Muy chistoso! Muy chistoso!” exclamó sofocadamente.

“Mirá, Bruce, mirá”, mientras revoloteaban aquello (el soutiens) delante de él, como amenazando su virilidad.

Una ilustración en el texto muestra a Bruce inmovilizado por las cuatro bellezas, pateando y cantando *a* todo lo que daba, mientras que le aplicaban maquillaje y lo vestían con sus zapatos y su ropa interior. También encontré un dibujo dirigido a gente normal, de cuatro Chicas Gibson totalmente preciosas, observando suavemente *a* través de un lente de aumento, a un hombre minúsculo, empequeñecido de terror, que se está por disecar con (me parece) un alfiler de sombrero. El título dice: “El Sexo más Débil”.

El hombre que me dio este folleto, un transvestita, se ha descrito en otra parte. Baste decir aquí que la pornografía cuenta la misma historia que el relato de su experiencia traumática de ser vestido a la fuerza por mujeres cuando tenía cuatro años: un macho indefenso, que sabe y valora lo que es un macho (es la identidad de su sexo nuclear u originario), pero el que, ya a esta temprana edad, no está seguro de que su sentido de ser macho puede resistir el asalto, es puesto dentro de ropa de chicas: con lo que la identidad de su sexo queda amenazada. Luego, años después, la perversión aparece en la superficie, y ahora Bruce

repetidamente se excita con ropa de mujer. Pero más que traumatizarse hoy, él se siente triunfante cuando se viste con ropa femenina; eso lo excita, lo hace potente, lo pone en el camino del placer máximo.

Repasando, estudien este aviso de otro folleto transvestita. Ahora bien, comparando con cuando primero se enfrentaron con el dibujo de la tapa, Uds. podrán leer debajo:

“REDADAS DE BOMBACHAS”

por – Gilbert

...tiene como tema un ‘deporte’ bastante popular en la mayoría de las instituciones coeducativas. Se trata de un grupo de estudiantes principiantes que emprenden una redada de bombachas en la vivienda de estudiantes mujeres. Desafortunadamente, para ellos, son capturados infraganti por tres de las chicas y su cuidadora. Como expiación, se somete a los muchachos a diversas formas de humillación. Se les obliga inclusive a usar las mismas bombachitas que trataron de robar, como asimismo otras partes del ajuar femenino que jamás pensaron usar en público.

Se relata la historia en 48 capítulos excitantes. Cada capítulo tiene vívidas ilustraciones y contiene más de 400 palabras. Los capítulos se reproducen en vitela gruesa (aprox. de 5 1/2 x 8 1/2 pulgadas).

*El primer conjunto de 8 capítulos está pronto ahora... al precio de \$ 7. **

Envíe \$ 1 y se le enviará un listado de nuestro boletín anual ilustrado con

más de 35 temas interesantes y seleccionados. No olvide mencionar el Dep. E-6.

GARGOYLE SALES CORP.

Este texto está acompañado por una ilustración. Presenta un joven masculino, buen mozo, vestido con ropa americana masculina, informal, con un corte masculino, con un buzo con la inicial de su universidad. Está alerta al peligro. Detrás de él hay una ventana abierta con una cortina moviéndose; parecería que recién hubiera entrado en la habitación. Está a punto de sacar ropa interior de un conjunto de cajones, y de hecho hay abundancia de la misma. (La joven es indiferente; sobre los muebles se ve una paleta y trofeos varios.)

Cada detalle cuenta.

Los transvestitas informan que cuando eran niños se les puso ropa femenina, generalmente alguien del sexo femenino. Esto es mucho más frecuente en transvestitas que en ningún otro grupo de hombres (incluyendo aquellos con otras perversiones). No creo sin embargo que un episodio único de ser vestido con ropa de mujer produzca transvestismo. Otros varones que fueron tratados así no sufrieron daño alguno. Presumo que solamente un varón que de por sí sea susceptible —alguna incomodidad especial en el desarrollo de su sexo en los primeros dos o tres años de su vida— necesitará la estructura de la perversión para conservar la identidad.

“Para conservar la identidad”. ¿Contra qué? Contra la humillación. Y la humillación es, evidentemente, una cuestión de identidad, un ataque al respeto de si mismo (así nos dice el diccionario). Solamente aquellos que tengan suficiente confianza permitirán que otros penetren, permitirán una intimidad. Pero si tenemos motivos para sentirnos inseguros (por ej., si se nos humilló regu-

* Precio de principios de la década de los 60.

larmente durante los primeros años de la vida), estaremos en guardia, temerosos de lo que otros podrán encontrar allí donde los dejamos entrar, y cómo han de usar lo que encuentren. Entonces nos encerramos³, un proceso que nos deshumaniza. Luego, para estar doblemente seguros, deshumanizamos a los otros. Ellos se convierten en fetiches. Para aquellos que no temen una disolución, la intimidad es un goce, pero para aquellos que la temen, hay una amenaza aún más primitiva: si dejo entrar a alguien —si con ello nos sumergimos juntos— ¿no es posible que, como un espíritu maligno, ellos me posean, me prendan enteramente? Entonces, el gran terror consiste en que puedo perderme. Es contra semejante amenaza fundamental que se inventó la perversión.

Observen cómo la perversión conserva el trauma en su estructura. En este sentido, la perversión es audaz^{*}. Esto no es totalmente exacto. La forma exacta de expresar esto sería: la perversión *parece ser* audaz. Parece que se está corriendo un riesgo al acercarse al viejo peligro. Esto es un aspecto central de las experiencias excitantes (lo cual repito y repito, por temor que se ignore), la inseguridad, un zumbido tenso entre la posibilidad del triunfo y la posibilidad/recuerdo del trauma, el fracaso.

Vimos cómo funcionaba este mecanismo en el caso de Bruce King en la pornografía y nuestro Bruce King que lo compró. El peligro es real para el personaje de la ficción y ficción para el personaje real. Nuestro Bruce —el transvestita— simula el riesgo cuando lee la historia del trauma de Bruce King con las chicas de la universidad. Su excitación, como en todas las ensoñaciones, es teatro en tanto que él sabe de antemano —él ha preparado la escena de antemano— que él sufre el trauma solamente identificándose con el personaje descrito.

* Desde otro punto de vista es a su vez cobarde; como en el caso de otras ensoñaciones, pretende enfrentar cuestiones pero en realidad son para desalentar y evitar la intimidad con otros y con uno mismo. La perversión, a pesar de su masoquismo, es el rechazo de sufrir.

Piensen en ejemplos para rechazar la tesis. Tomen al exhibicionista. ¿Acaso no arriesga su reputación, su seguridad, su porvenir cuando él se expone a un riesgo o un arresto en el mundo real? Sí, seguramente. Pero, si mi explicación es acertada, él busca este riesgo real abiertamente porque mide su éxito en cuanto a evitar lo que para él inconscientemente es un riesgo aún mayor: la humillación. Ese asunto de correr riesgos defensivamente nos resulta conocido. Todos conocemos a personas que ponen un peligro activo en sus vidas —los toreros, los jugadores de fútbol, los soldados profesionales, los achacadores, etc.— para reforzar sus identidades, tratando de mostrarse a si mismos que están intactos, que son fuertes (mediante el aplauso del mundo y su propia conciencia corruptible). Las manifestaciones más violentas de masculinidad que algunos hombres se exigen a si mismos también ejemplifica este mecanismo.

Una vez que concienticemos este mecanismo, lo encontraremos por doquier. Bruce tenía un amigo, A., un transvestista que he conocido desde hace años. Un día, en un balneario, durante una reunión científica al que él también asistió, of que alguien llamaba mi nombre cuando estaba acostada en la playa. Levanté la vista y vi, saliendo del agua, una visión en rosado: un traje de baño rosado y un sombrero rosado en una mujer cincuentona que debía estar viviendo peligrosamente para estar tan rosadificada. Era A., gritando y luciéndose como si estuviera en el escenario ante una audiencia que estaba tomando el sol. Nadie podía dudar que estaba pidiendo atención a gritos. Parecía una mujer (histriónica, naturalmente), pero con un elemento extraño. En la parte inferior del traje de baño de “ella” había varias protuberancias grandes y puntiagudas, con aspecto de arbusto de pene. Acercándose a mí y al público que observaba este insólito, “ella” sacó de adentro de su traje de baño un conjunto de pedazos de coral que “ella” había colocado en él. Era un show increíble.

Otro ejemplo, también de transvestitas, ejemplifica esta misma dinámica. Cuando hombres transvestitas* se sientan con ropa de mujer en mi consultorio es típico que arreglen sus piernas de manera de revelar sus muslos superiores y un conjunto de ropa interior muy adornado y fru fru alrededor de los mismos.

Estos dos comportamientos —A en la playa y B, C y D en mi consultorio— tienen, según creo, la misma función: el transvestita plantea en el escenario la pregunta: “¿Cuando soy como una hembra, vestida con sus ropas y aparentemente como ella, he escapado al peligro? ¿Todavía soy macho o tuvieron éxito las mujeres en arruinarme?” Y la perversión —con sus muslos expuestos, con ropa interior de mujer, y la parte inferior pudorosamente cubierta— contesta. “No. todavía estás intacto. Eres un macho. Por más ropa femenina que te pongas, no perdiste esa insignia máxima de tu masculinidad, tu pene”. Y se excita. ¿Qué puede dar más seguridad al pene que una buena y fuerte erección?

Si estudiáramos el papel de la humillación en provocar la psicopatología, hallaríamos que funciona siempre que aparece el sadismo y el masoquismo, por ej., en respuestas paranoides (sadistas) o depresivas. Yo propongo que la humillación configura la vida erótica cuando el ataque se dirige a aquellas partes del cuerpo o de la psiquis involucradas en el comportamiento erótico o sexual.

LA DINAMICA(*)

Permítanme que repase la dinámica —el interjuego de deseos, de motivaciones, interpretaciones, textos, significados— que yo extraigo de los datos de

* Pero no transexuales primarios.

* Pero no expresada con el vocabulario analítico de etapas libidinales, energía psíquica, idesitificación proyectiva, castración, narcisismo de angustia, introyectos arcaicos, etc.

la perversión, tal como en las descripciones precedentes.

La perversión es teatro, la producción de un escenario, y los personajes —en la forma de personas, partes de personas, y objetos no humanos (incluyendo los inanimados)— constituyen el elenco. La performance se desarrolla ante un público, dentro del cual el ser decisivo es la persona perversa que lo está contemplando en su performance (en realidad con espejos, con fotos, o en la fantasía).

El transformar un acto erótico en una performance teatral sirve para proteger la excitación de ser arruinado por la angustia, la culpa o el aburrimiento, para permitirle al creador simular la realidad sin correr los riesgos que todos enfrentamos, a no ser que manipulemos la realidad, y especialmente a las personas reales. La perversión es un “détour” que, en el mejor de los casos, conduce asintomáticamente a la intimidad; pero nunca llega. Los peligros de la intimidad en realidad son demasiado grandes. (“La perversión no se centra en la pareja, sino en el ‘acto sexual’”).⁽¹⁴⁾

Eso, pienso, siempre ha sido la experiencia y por ende la expectativa de la persona perversa. El dolor y la frustración de tiempos pasados continúa, es algo no resuelto, que se lleva adentro, y siempre una fuerza amenazante potencial que lo motiva a uno a resoluciones que nunca funcionan del todo. ¿Qué excitante es, entonces, cuando el erotismo —que en su plenitud biológica y psicológica lleva a la máxima intimidad— es una defensa contra la intimidad: se ha vencido al riesgo!

¿Por qué fallan estas tentativas? Porque según su texto, están para dañar al objeto deseado, causar una restitución mediante la venganza. No es fácil lograr una intimidad segura y amorosa mediante la ira y el deseo de dañar ¿Cómo puede alcanzarse a otra persona si se la transforma a él o a ella, mediante los textos, en algo que él o ella no es, algo menos que su ser persona en su totalidad? Inclusive la cepillada aparentemente trivial del pornógrafo elimina la

verdad, esas pequeñas “manchas” que resultan inaguantables, antiestéticas.

Esto es la deshumanización. Con ella, como no podemos soportar las revelaciones de la intimidad, despojamos a otros de su completud. Los vemos únicamente como pertenecientes a determinadas clases o como poseedores de algunas partes o cualidades seleccionadas. Los anatomizamos. Y si aún esto resultara demasiado íntimo, nos alejamos de los seres humanos y vamos a los objetos inanimados, tales como la vestimenta, otorgando a tales objetos una cierta cantidad de lo humano sin necesitar a seres humanos. Haciendo esto, en la fantasía, por un instante, durante el rato en que podemos escribir, dirigir y producir el show, evitamos la angustia o quizás mismo la desesperación.

He puesto énfasis en cómo se deshumaniza al objeto para sentirse lo suficientemente seguro como para excitarse. Hay un precio: al hacer esto el deshumanizador se deshumaniza —y este conocimiento no siempre es inconsciente.

El trauma en el texto de la perversión —sea que el relato se cuente como una ensoñación, como pornografía o performance en la realidad— se convierte en un triunfo. Los atacantes de tiempos pasados son vencidos, deshechos, incapaces de persistir en sus ataques. Ahora bien, cada episodio nuevo del trauma se construye de manera que la víctima no sea vencida, aun cuando la experiencia se lleve a cabo usando los mismos elementos esenciales que anteriormente habían causado el desastre. Ahora la víctima es el ganador y el trauma el triunfo, el optimismo enloquecido de una erección completa. Si el relato está bien construido, no se siente culpa ni angustia. (Por lo menos conscientemente. La culpa y la angustia no son conscientes, y si aun se sintieran, se atribuyen a causas más aceptables. Esto último es una racionalización y puede, por ejemplo, transformar al pecador en santo o en fanático, y puede convertir al patricida infantil libre de culpa en un orgulloso regicida adulto.) En este “replay” (drama

repetido) brillante se ubica la idea de que los atacantes de antaño fueron desbaratados y por tanto humillados —y la humillación es la experiencia fundamental que se intercambia en estos episodios. Al humillar, se logra la venganza por haber sido humillado.

LA ESTETICA DE LA EXCITACION

A esta altura espero que Uds. hayan comprendido que un aspecto necesario de la excitación erótica en la perversión es que uno no sepa demasiado, que se evite saber lo que está pasando, que se evite conocer los motivos, las intenciones, los deseos propios. Es el viejo truco de comer la torta y de guardarla: ¿cómo se puede hacer que el conocimiento adquirido funcione para uno y al mismo tiempo girar la mirada en dirección opuesta para desdibujar la conciencia? (¿De qué otra manera podemos pecar? Por definición, si no somos responsables —si no sabemos lo que estamos haciendo— entonces lo que estamos haciendo no es pecar. El pecado requiere tener conciencia, libre albedrío (15). Lo que hace que la perversión sea un logro es que puede erigirse esta construcción compleja y luego usarse repetidamente. Eso si, no es fácil obtener los efectos deseados (por ej. el movimiento hacia el placer), pues en el momento en que se introduce un detalle que no se ajuste —porque dice demasiado o demasiado poco— hay que eliminarlo. Y más allá de las ensoñaciones, aquellos que ponen en práctica su perversión asumen un desafío aún mayor, porque no siempre resulta tan fácil manipular al mundo como mediante una ensoñación o el acto de comprar pornografía. De manera que el mundo real, con sus riesgos mayores, rinde una excitación mayor, y con el juego exitoso de la perversión, una gratificación mayor.

¡Cuán intrincado (*) y cuánto una cuestión de estética!?

* Más que la idea de Freud que la perversión es el escape de una pulsión infantil no modificada al comportamiento adulto.

Mi presentimiento me dice que la principal tarea estética, como en el caso de tantos otros comportamientos, es el tomar el conocimiento y tornarlo inseguro, ambiguo. Esta ambigüedad, pienso, agrada más cuando carece de toda costura, cuando no otorga indicios de que se construyó, cuando parece que hubiera brotado completa de las profundidades inconscientes. (Si no se creó espontáneamente —milagrosamente— entonces debería aparentar que lo fue). Arte. Artificio. Si el cuadro parece haber sido pintado por un mono, es arte únicamente si fue pintado por un mono; el giro de los textos, no el producto, es lo que determina nuestra respuesta. Aun la misma claridad platónica, absoluta, entonces, empieza a ser ambigua a medida que el crítico reduce su claridad preguntándose cómo se logró, por qué se logró, cuáles fueron las intenciones.

El exhibicionista sabe que fue humillado, sabe que fue traumático, sabe que hubo una repetición, sabe que él es vulnerable a esa humillación, sabe que en el ataque humillante contra él hay verdades acerca de sí mismo que él siempre supo, y él sabe que quiere la venganza, él sabe que debe escoger extraños, él sabe que todo el alboroto social es importante. ¡Sabe tanto! Su tarea estética es el seguir sabiendo lo que sabe y sin embargo al mismo tiempo no saber. (Freud llamó esto “escisión”). Y entonces aparecen los misterios y los secretos y las ilusiones y los textos (dramatizaciones). Obtenemos detalles que se incluyen no al azar sino porque expresan algo. Y obtenemos riesgos que son seudoriesgos. El actor sabe esto.

En realidad no sabemos que la perversión es teatro. Si no hubiera misterio, secretos, e ilusiones, habría insight —Dios no lo permita. Para la perversión el insight es la muerte de la excitación. Exigiría que uno pudiera llegar a un acuerdo con el trauma y pudiera desarrollar la capacidad de gozar de intimidad con alguien en vez de negarla con una explosión maníaca, la perversión.

DIFERENCIAS ENTRE MACHOS Y HEMBRAS

No puedo explicar las diferencias existentes entre hombres y mujeres en el comportamiento perverso. (El clima social de hoy en día es inconveniente cuanto a esta discusión pues estos temas están demasiado cargados textualmente como para permitir un razonamiento tranquilo.) Por consiguiente sólo expondré unas pocas opiniones.

1) La perversión es mucho más común en los hombres que en las mujeres, las mujeres no practican casi ninguno de los diagnósticos oficiales. No que esto sea un mero error numérico —que las perversiones de las mujeres mantienen escondidas de los investigadores. Tampoco creo que las mujeres sean menos perversas únicamente porque no se atreven, y que cuando la sociedad trate a las mujeres igual que a los hombres, las mujeres han de ser tan perversas como los hombres.

2) La testosterona (o sea como sea que llamemos a la compleja interacción del cerebro y de las glándulas endócrinas moduladas por los andrógenos) produce una diferencia en las necesidades eróticas de los hombres con respecto a las mujeres. (Los dos grupos —hombres y mujeres— deberán verse como dos curvas campana que parcialmente se superponen.) Especialmente a partir de la Pubertad, y luego en la vida adulta, la mayoría de los varones son más impulsados por su fisiología erótica que la mayoría de las chicas. (*) La pulsión se vuelve menos intensa con el transcurrir de los años, pero las exigencias de esa intensa necesidad erótica sobre la psiquis en años anteriores lleva a estilos diferentes de relaciones interpersonales eróticas y ayudan a impulsar el mecanismo fetichizante que es tan obvio en los hombres. (Quiero destacar que

* Esto ayuda a explicar, además de factores sociales, la energía furiosa que los hombres jóvenes gastan en deportes, en crímenes violentos, en accidentes automovilísticos y en la guerra.

el condicionamiento también desempeña su papel, aumentando los efectos de la dinámica de significado y motivación.) Al escuchar a los pacientes en análisis, oigo la urgencia de las pijas duras de la mayoría de los hombres, en contraste con la mayor capacidad de las mujeres de esperar, de posponer, de rechazar si sienten que eso es lo apropiado en el contexto del momento. Para los hombres —y cuanto más jóvenes más se cumple esto— el engullir domina al compromiso. (Pero no hace falta que sean Uds. analistas o investigadores para saber acerca de estas verdades. Son verdades que solamente se han cuestionado recientemente y fundamentalmente por razones políticas.) No digo con esto que las mujeres no pueden estar eróticamente frenéticas; todo el mundo sabe esto. ¿Pero en la mayoría de las mujeres, la necesidad proviene tanto de los genitales como en los hombres jóvenes? Lo dudo. Es más probable que se trate de una erotomanía, que es más un fuego en el alma que en el perineo.

3) La fetichización es la norma para los machos, no para las hembras. Si bien las mujeres hoy en día pueden admitir el mirar partes masculinas detenidamente, y si bien pueden excitarse tanto con (lo que se llama) pornografía de hombres como los mismos hombres, tengo la impresión que contemplar la personalidad de un hombre es un estimulante erótico más confiable para muchas mujeres que la personalidad de una mujer para la mayoría de los hombres. La pornografía de los hombres —sea heterosexual, homosexual, transvestita— no describe relaciones entre personas, no describe deseos de intimidad emocional, no enfoca el afecto y el amor. La pornografía de las *mujeres* si los describe. Los hombres se preocupan más de una performance erótica exitosa que las mujeres y vinculan su potencia con la masculinidad mucho más que lo que las mujeres vinculan la de ellas con la feminidad. En casi todas las culturas que conozco, las definiciones de la masculinidad tienden a una dirección *machista*, y el temor de un hombre de ser femenino se expresa con su capacidad de ser cruel, no

comprometido, físicamente peligroso, sin ternura y desinteresado en la mujer (como persona total), pues se espera de él que se zambulla en los órganos reproductores de la hembra —un país complejo de misterio y de miasma.

Las mujeres temen a la fuerza física y a la irritabilidad paranoide que la intensifica, y los hombres temen la fuerza psicológica de las mujeres y la paciencia que la intensifica. Las mujeres no tienen miedo de volverse menos hembras si intiman con hombres, pero los hombres tienen miedo de mezclarse con mujeres porque consideran que si lo hacen su masculinidad queda amenazada. Los hombres de las sociedades tecnológicas avanzadas comparten con aquellos de lugares primitivos el temor —que puede tornarse en terror— del interior de las mujeres, y de los hábitos, las funciones, los deseos y las secreciones de dicho interior. Nuestro primer humillador es una mujer. Pienso que eso se vuelve insoportable para la mayoría de los machos y soportable para la mayoría de las hembras. (La diferencia anatómica entre los sexos crea más que la envidia del pene y la angustia de castración.)

Machos típicamente heterosexuales en nuestra sociedad, a partir de los cinco años de edad, siempre apremian para quitarle la ropa a las hembras, aparentemente exigiendo una exposición completa, una revelación total. No obstante, si Uds. piensan acerca de esto hallarán que hay pocos hombres que pueden soportar la vista de una desnudez sin adornos; toda chica aprende que lo que vuelve loco a los hombres (como dicen en los romances más pastosos) es la anticipación de la carne, no el total acceso a la misma (16). La angustia de castración contribuye a evitar ese acceso total, pero comprenderemos mejor si recordamos que la identidad se ubica detrás de la anatomía. Los hombres no temen la pérdida de los genitales *per se* (angustia de castración) tanto como temen perder su masculinidad —y aún más fundamental— el sentirse machos.

Para salvarse a sí mismos, los hombres apartan la contemplación completa y

giran a la estética. Vemos esto en su modalidad más eficiente en la pornografía, con su arreglo premeditado de los escenarios, la iluminación, y de poses, como asimismo la importancia otorgada a clasificar a las hembras según su distribución de grasas, el color de la piel, la configuración facial, el porte y otros aspectos de características sexuales secundarias, que varían según las culturas. Esta fetichización del aspecto exterior quizás desplace la preocupación ‘del aspecto exterior quizás desplace la preocupación acerca de los genitales femeninos a otras zonas, pero pienso que los machos a su vez “parcializan” a las hembras para evitar la fusión, un peligro implícito en la aceptación inherente en una intimidad sin impedimentos: si uno se acerca demasiado a una mujer, uno será menos varonil. (La clásica película de cowboy —el gran mito americano— muestra al héroe peleando varonilmente contra la directora de la escuela que trata de llevarlo —castrarlo— para civilizarlo, empleando su ternura.)

Estoy de acuerdo con aquellos —casi todos— que piensan que en el período de elevada reproducción (la adolescencia y la madurez temprana), la mayoría de los machos difieren de la mayoría de las hembras en casi todas las sociedades. Si bien las curvas campana se superponen, los hombres jóvenes tienen más pulsión hacia el orgasmo que las mujeres jóvenes. (Estas, a su vez, cuando logran el orgasmo, son multiorgásmicas con mayor frecuencia que los hombres. Estoy en desacuerdo, sin embargo, con aquellos que sostienen que las mujeres en general, tratadas adecuadamente, son interminablemente orgásmicas.) Como consecuencia, ambos sexos simplemente no se entienden recíprocamente con lo que aumenta la hostilidad ya presente en los machos y el masoquismo de las hembras.

La dinámica descrita más arriba influye intensamente sobre la perversión en los hombres, según mi parecer, pero no olvido que estas generalizaciones toscas están teñidas por mi personalidad y no se han comprobado mediante estudios objetivos. (Del mismo modo lo están las ideas de aquellos que no están de

acuerdo conmigo.)

Reflexionemos ahora sobre la pornografía de las mujeres.

Habrá quien diga que no hay pornografía únicamente de mujeres.

Solamente hay pornografía supuestamente hecha para hombres que a su vez
atrae a las

mujeres. (Hay artículos periodísticos que informan sobre parejas heterosexuales que van a cines y moteles porno. Y las mujeres liberadas publicitan cómo su mirada queda atrapada por pantalones de hombres y/o penes. No sólo exigen derechos iguales sino también pulsiones iguales).

No obstante, hay una pornografía sólo para mujeres, aun cuando no se la reconozca como tal. Las propias mujeres, millones de ellas que la usan, no saben que la palabra que corresponde a esos materiales que las deleitan es pornografía. “Janet Dailey, autora de best-sellers, ha escrito 79 novelas de amor desde 1975. Se han impreso casi 100 millones de libros. Su técnica consiste — según le dijo a la revista de Redbook— en usar la insinuación sin ser muy específica. Habla de “la mano acariciante de él” sin decir qué partes del cuerpo está acariciando. De eso se encarga la imaginación de la lectora. Ser demasiado explícito no es, según esta autora, romántico.”(17)

Sin embargo, toda mujer sabe que ese tipo de historias resultan eróticas a las mujeres y no así a los hombres. Las mujeres hablan de películas “sexy” y de novelas “sexy”, y algunas saben que usan elementos tomados de estos relatos como base para sus ensoñaciones y a veces (en el caso de mujeres inhibidas) para una masturbación abierta o una criptomasturbación. Este tipo de texto o escena está tan lejos de la dinámica de la mayoría de los hombres, que estos, incluyendo aquellos que hacen las leyes, no pueden imaginarse que eso pueda provocar excitación. Estoy en desacuerdo con la insistencia de feministas que la

palabra “pornografía” deba usarse exclusivamente para la pornografía típicamente masculina. Con tal afirmación, las mujeres militantes se unen a su enemigo —los hombres— al degradar su propia vida erótica femenina. Al no reconocer ni siquiera en los tribunales que existe un material erótico femenino importante para la mujer que lo está leyendo o mirando, ambas partes niegan el derecho de la mujer de tener su vida erótica propia y única. A continuación verán extractos de un artículo de la primera página del WALL STREET JOURNAL (18), escritos obviamente por un hombre; la pornografía de una dama es un chiste para el caballero:

*LOS ROMPEDORES DE CORPIÑOS
UNA FORMULA DE INCENDIO SEGURO
PARA EL EXITO LITERARIO*

*Millones de Mujeres Devoran
Historias Románticas Triviales*

UNA DACTILOGRAFA SE HACE FAMOSA

por Stephen Grover

Reportero Jefe del WALL STREET JOURNAL

NUEVA YORK - Shannon es la heroína de una novela de amor histórica de 509 páginas tituladas “La Tierra Prometida del Amor”. “Arrastrada por el amor lejos de los lujos de los campos cultivados de Mobile al infernal calor de Panamá”, jadea la efusiva tapa, “se halló abandonada por el hombre al que habla dado su corazón, para hallarse a merced de otro cuyos particulares deseos dictarían su porvenir.”

Como lo pone la autora, cuyo seudónimo es Diana Haviland, “lo que le pasa a ella no le debería pasar a una perra”. Sin embargo, las aventuras de Shannon y sus semejantes hacen que millones de lectores —la mayoría muje-

res— den vuelta las páginas totalmente fascinadas. Estas devotas de la novela romántica histórica constituyen un mercado enorme para los editores, un mercado sumamente rentable para el negocio de libros, que de lo contrario estaría atravesando épocas sombrías.

Las novelas románticas históricas —o ‘los rompedores de corpiños’ como se les conoce en la jerga comercial— siempre han dado vigor a los listados de best-sellers. Pero recién en los últimos años han crecido a una escala de producción masiva, usando una fórmula que combina herramientas literarias que no fallan con una venta ambulante desenfadada para garantizar ventas enormes. Efectivamente, las floridas sagas, editadas casi siempre exclusivamente en forma económica, y presentando siempre una heroína de las aventuras con voluntad fuerte, han resultado ser la solución de los editores: son jugosas, baratas, predecibles y devoradas en cantidades increíbles por legiones de admiradoras leales...

El satisfacer tal demanda es una tarea prodigiosa. Jeffrey Hohman, comprador de B. Dalton, una importante distribuidora de libros, dice que de los aproximadamente 400 títulos de las nuevas ediciones en rústica que aparecen cada mes, “por lo menos la cuarta parte y a veces la tercera” son novelas románticas, ficción gótica o de sagas. “En términos de ventas, quizás no puedan equipararse a las ediciones en rústica más exitosas, pero constituyen un mercado enorme”, dice. Casi todas las ¡0 casas editoras de ediciones en rústica incluyen una extensa línea de novelas románticas históricas en sus listados actuales.

“Hay más o menos un millón de libros que salen “, dice Andrea Cirillo, una agente literaria que vende novelas históricas en rústica, “y cada título nuevo tiene más o menos un mes para tener éxito.” “Por consiguiente, la tapa

es tremendamente importante” dice Walter Meade, editor de A von.

Una tapa exitosa puede triplicar las ventas de la ficción menos selecta, dice la Srta. Cirillo. Y, en la iconografía propia de la novela romántica histórica, suministra una señal críptica del contenido. Habitualmente el héroe y la heroína se están abrazando. Pero hay una categoría de tapa, “el casi beso”, dice Rollene Saal, vice presidenta y editora en jefe de Bantam Books, “indica que el sexo es pesado “~ Luego hay otro tipo de tapa mucho menos sexy y que marcha mejor con historias de familias.

En cuanto a lo demás, las novelas románticas son entumecedoramente similares, y sólo rara vez se desvían del argumento clásico. El héroe gallardo y la joven despampanante “están absolutamente obsesos el uno con el otro”, dice el Sr. Meade. Y los argumentos relatan sus diversos encuentros y separaciones en una crónica que marea con su seguidilla de locales exóticos. “Las heroínas van tanto de un lado a otro” dice la Srta. Haviland, “que prácticamente viven con valijas en mano. Sus amoríos casi siempre se consuman en transatlánticos o en hoteles...”

Por lo que puedo deducir de los títulos, de la tapa ilustrada reproducida en este artículo, y después de quedar atrapado en unas pocas “películas de mujeres”, los temas de hostilidad están presentes en estos textos pero en forma diferente que en el de tipo masculino: hay un masoquismo iluminado y un éxito final de dominar al héroe. “Dulce Amor Salvaje”, “Remolino de Deseo”, “Amor Perdido, Último Amor”, “Sangre Sureña”, todos estos títulos son equivalentes a “Lo que el Viento se Llevó”, no a “El Violento” ni a “Redada de Bombachitas”. (Si Ud. quiere ser un pornógrafo, la mafia no se meterá si Ud. publica su “El Violento” o “Penthouse” o “Playboy” para mujeres.) Quizás lo increíble sea que los legisladores, los jueces y los jurados —e inclusive las mujeres, sin excluir

mujeres militantes y alertas— ni siquiera saben que la pornografía de las mujeres es pornográfica.

“La queja más importante sobre nuestras películas adultas proviene de mujeres que dicen que no están suficientemente orientadas hacia las mujeres”, dice Andrew Wald, vice presidente senior de programas televisivos ON. “Las mujeres no quieren pornografía, quieren sensibilidad y erotismo, películas donde queda algo para la imaginación. Hay una gran escasez del producto que llena ese molde. Pero la audiencia hogareña —hombres y mujeres— exigirán un entretenimiento de mucho más calidad que la que ha estado disponible en una película clasificada X”. (19)

Los hombres simplemente no entienden.

CONCLUSIONES

- 1) A continuación algunos pensamientos y dudas que han quedado.
 - a) El saber que el hilo central de la perversión es una fantasía de venganza no nos dice nada acerca del verdadero peligro de la perversión. Ese estimado está más allá de nuestra comprensión de la dinámica.
 - b) ¿Tiene la perversión una función positiva para la sociedad cuando la ira se somete a la fantasía o a un comportamiento *que* no inflige ningún daño a otros en la realidad?
 - c) ¿Cómo, cuándo o por qué la perversión y el arte son interdependientes?

2) Las ideas en este ensayo componen un sistema de explicaciones por la vía de textos —es decir, significados, interpretaciones. Pero no interpreten mal mis significados: no descuento al cerebro debajo de la mente. Las pulsiones y el grado de su intensidad accionan toda vida. (Para mis colegas psicoanalíticos:

creo más en las pulsiones que en la teoría de las pulsiones).

3) Estoy de acuerdo con aquellos que consideran que el criterio de la moralidad y de la ley se debe basar en el daño real que se inflige a otros, no en las fantasías de dañar. Únicamente los fanáticos igualan los pensamientos y los actos. Si bien la pornografía se apoya en el tema de la violación, un pensamiento sucio no es un acto sucio; y no tenemos datos desprejuiciados de que pensamientos muy viles necesariamente lleven a actos muy viles. (La herrumbre no es acero aunque ambos sean hierro.) El etiquetar a alguien “perverso” dice algo acerca de la psicodinámica de él o de ella, especialmente acerca de la *fantasía* de dañar. No dice nada ni en una dirección ni en otra acerca de las posibilidades de que la dinámica se convierta en una actividad que dañe a otra persona.

4) Cuidado con el concepto de “normal”. Está más allá del alcance de la objetividad. Trata de dar una connotación de validez estadística pero oculta juicios toscos sobre la bondad social y privada los que, si fueran aceptados, promoverían una honestidad y una modestia que por ahora no tenemos ni siquiera en los patriotas, los juristas, los psicoanalistas o los filósofos. Salvo en el caso en que deseen una polémica abierta, simplemente comuniquen los datos. No los resuman para declarar que sumados llevan a la normalidad. Como posición filosófica (aunque no la pueda recomendar como una verdad sólida), si me coloco en el trono psicoanalítico y veo los trozos y la complejidad del comportamiento en apariencia más simple —prefiero contemplar todo aquello como aberrante y luego clasificarlo según el grado de aberración. De esa manera expreso que todo comportamiento parcialmente proviene de nuestra historia vital y que necesariamente contiene elementos de traumas tempranos, aún no amaestrados, de frustraciones y de otros dolores. El hecho de que el producto final —el comportamiento— funcione bien poco, dice acerca de los acontecimientos originarios que se transformaron en la acción egosintónica.

5) Todo el mundo sabe que el deseo de dañar a otro es malo; sin querer ser

malvados, no seríamos sino animales brutos atacando para obtener alimentos. Pero el tener la fantasía de dañar, habitualmente es sólo una pequeña parte de nuestra experiencia erótica total. En las perversiones menores —aquellas que se llaman “comportamiento normal”— el mecanismo de hostilidad es un elemento que se ubica como que agrega picardía, diversión, sorpresa. Sirve para que el placer no se desgaste. Quizás ayuda una analogía. Todos los tejidos vivos tienen el carbono como elemento común, pero el tejido vivo es mucho más que carbono (*). A pesar del elemento común, las diferencias son inmensas. (Mi corazón se hace añicos cuando la gente me dice que mi teoría es que la excitación sexual depende de si la gente es mentalmente o físicamente cruel⁽²⁰⁾).

Encontramos este concepto en otra excitación: el humor. Hay cierto humor que es doloroso, hay Otro que es gentil, hay humor malicioso y lo hay tierno, hay humor burlón pero también comprensivo. Pero no hay ningún humor que implícita o manifiestamente no tenga víctimas ni ganadores. El chiste de una persona es el insulto de otro: a ambos les afectó el tema hostil, pero el que se ríe ha logrado un insight que el otro tuvo que rechazar. La hostilidad, tal como el átomo de carbono, es un *sine qua non*, ya sea apenas insinuado o metido espesamente. Aun así, el humor es mucho más que hostilidad. (Quizás la estética sea o estudie el medio por el cual la hostilidad pasa de ser peligroso a ser seguro.)

6) La no perversión (*) —la cuestión que yo les pedí al principio que mantuvieran como punto de apoyo silencioso de esta exploración de la perversión— no la defino por la anatomía usada, por el sexo de los participantes, sus

* La analogía no es perfecta. Sé que todo tejido vivo tiene carbono pero no sé si toda excitación erótica tiene hostilidad.

* El verdadero tema de mi interés: la perversión es sólo una herramienta para hallar dimensiones, o sea, para hallar una definición.

elementos teatrales, o su estética, sino por nuestra aceptación del sentimiento de nuestro ser y lo humano de aquellos a los que necesitamos. Cuando aceptamos (lo que exige aceptarse uno mismo), podemos intimar con (el cuerpo y la personalidad de) otro. Uds. deben darse cuenta entonces, que en el fondo de mis descripciones hay una moral, no una cuestión científica. La perversión, tal como lo planteo, es la solución a un fracaso de la intimidad, siendo mi prejuicio el que la intimidad —el dejar ser *a* una persona (Arendt)— es algo bueno.

La persona no perversa no teme desesperadamente la intimidad, porque él o ella no tienen miedo de que la intimidad lleve *a* una fusión que trague a su identidad. Para ser prácticos, lo mejor que podemos decir es que hay “perversión” cuando se usa un acto erótico con la finalidad de evitar intimidad —intimidad de la persona en su totalidad, no únicamente de la anatomía— con otra persona. Pero ese pensamiento nos conduce al afecto, al respeto, a la ternura, a la aceptación, a la libertad interior y al amor, temas aún más difíciles de discutir saludable y desprejuiciadamente que la crueldad, la venganza, la humillación y el odio.

NOTAS Y REFERENCIAS

- 1) a. **STOLLER, R. J.** *Perversión*, Nueva York, Pantheon, 1975.

b. **STOLLER, R.J.** *Sexual Excitement*, Nueva York, Pantheon, 1979.
- 2) ¿Son condiciones, o no son más que estados, o estilos, o rasgos o actividades?
- 3) **STOLLER**, 1975, *ibid.*
- 4) Sin embargo, vean **GILLESPIE, W.H.:** *The General Theory of Sexual Perversion*,
IJP: 37: 396-403, 1956, p. 397.
- 5) Es así que hallo que toda pornografía son perversiones pequeñas, y probablemente todas las ensoñaciones eróticas: una perspectiva muy estrecha. Esto no quiere decir que yo crea que la masturbación es dañina, solamente que está condimentada con un toque de maldad. Los pensadores modernos sobre el sexo dicen que la culpa en la masturbación es inducida por la sociedad (incluyendo a los padres). Si bien estoy de acuerdo, yo agregaría que si preguntáramos a la gente cuál es la línea de su relato al masturbarse, o si le preguntáramos exactamente qué hacen, nos acercáramos al por qué se sienten culpables.
- 6) **KRAFFT-EBING, R.V.** (1906): *Psychopathia Sexualis*. Brooklyn: Physicians and Surgeons Book Co., 1932, pp. 238-240.
- 7)a. **STOLLER**, 1975, *ibid.*

b. **STOLLER, 1979**, *ibid.*

8) En realidad no tengo ningún derecho a decir “típico”. No conozco a más nadie que describe la experiencia subjetiva de la que se habla aquí, y tendría que trabajar con muchos casos hasta saber verdaderamente qué es típico.

9) La explicación analítica clásica sigue a la de Freud: “En análisis, estas perversiones —y en verdad la mayoría de las demás— revelan una variedad sorprendente de motivos y de determinantes. La compulsión de exhibir, por ejemplo, también es estrechamente dependiente del complejo de castración: es una manera de insistir constantemente en la integridad de los genitales (masculinos) del propio sujeto y reitera su satisfacción infantil ante la ausencia de un pene en los genitales femeninos.” (1905, *ibid.*, p. 157, pie de página). Mi explicación —en efecto, la mía para las perversiones masculinas en generales similar. No obstante, veo a la angustia de castración *como* un nombre levemente fuera de lugar para una amenaza que se expresa mejor en términos de identidad; porque en la humillación se trata de “angustia existencial”, una amenaza a la identidad nuclear del sexo.

La segunda parte de la explicación de Freud —la satisfacción de los hombres de que las mujeres no tengan pene— no conforma, según mi criterio, con la realidad.

Freud tuvo una teoría anterior sobre el exhibicionismo que luego él no repudió sino que suplementé en años posteriores con la descripción citada más arriba: “los exhibicionistas ... exhiben sus propios genitales con el fin de obtener una visión recíproca de los genitales de la otra persona.” Eso no es verdad.

10) **STOLLER, 1975**, *ibid.*, p. 64.

11) Sentimos un momento de excitación —cualquier excitación, no solamente una erótica— como algo que se produjo espontáneamente e instantáneamente, como si NOSOTROS no desempeñáramos ningún papel en SU creación. Esto plantea dudas interesantes, que no consideramos aquí, con

respecto a la estética. ¿A partir de qué trozos y pedazos de la experiencia pasada, de los recuerdos, de las fantasías, etc., se hacen los juicios estéticos? ¿Cómo se mezclan y ajustan esos trozos y Pedazos en una tela intacta? ¿Cómo es posible que podamos sentir esta compleja actividad de construcción como algo espontáneo, no Complejo, no construido, no problemático?

12) Presumo que se me escapé más, porque cada vez que asisto, más superficie.

13) **KHAN, M.M.R.:** *Alienation in Perversions*, London, Hogarth, 1979.

14) **DEVEREUX, G.:** *From Anxiety w Method in the Behavioral Sciences*, The Hague-Paris, Mouton, 1967, p. 154.

15) ¿La conciencia y el libre albedrío son de alguna manera lo mismo? Si somos conscientes, ¿de algún modo sentimos que creamos todo lo que percibimos? Cuando somos impulsados por la adicción o el reflejo, por ej., ¿igual nos sentimos responsables de sentir —de captar— que somos impulsados? El observador se da cuenta que nuestro comportamiento está determinado, que no es libre, pero nosotros mismos no.

16) Freud, sin embargo, expresa el punto de vista de la mayoría: “La ocultación progresiva del cuerpo que se produce paralelamente al desarrollo de la civilización, mantiene despierta la curiosidad. (Estoy de acuerdo con eso.) Esta curiosidad trata de completar el *objeto sexual revelando sus panes ocultas.*” (**FREUD, 1905**): *Three Essays on the Theory of Sexuality*, S.E., 7:15, Londres, Hogarth, 1953. —La última frase simplifica demasiado una cuestión compleja.

17) Los Angeles Times, mayo 19, 1983, p. 2.

18) **GROVER, S.:** *The Bodice Busters*, Wall Street Journal, nov. 5, 1980, pp.

1-14.

19) The TV Pornography Boom, New York Times Magazine, sept. 13, 1981.

20) Un ejemplo de cómo alguien puede escuchar y entender todo al revés. “Mientras que Stoller ha sostenido que toda excitación sexual se basa en la hostilidad hacia el objeto sexual, otros investigadores... (incluyendo el autor de esta cita) han mostrado que la estimulación sexual está en correlación con respuestas afectivas positivas.” (HELMAN, J.R.: *Female Sexual Response Patterns*, Arch. Gen. Psychiat. 37: 1311-1316, 1980).

La interpretación errónea de mis afirmaciones proviene de que el autor no presta atención a cuántas veces he escrito que

1. la dinámica de la hostilidad que he propuesto es una hipótesis, no una ley;
2. cuando existe, frecuentemente es un murmullo, no un rugido, y sólo una parte, no el total de la excitación sexual;
3. dejo de lado (pero no estoy desinformado sobre) las cuestiones de las “respuestas afectivas positivas.”

NOTAS DE LA TRADUCTORA

1) He traducido el término inglés TRANSVESTISM por TRANSVESTISMO y TRANSVESTITE por TRANSVESTITA.

La primera palabra no plantea objeción alguna, seguramente, pero la segunda puede hacerlo. En la traducción francesa abreviada publicada en *La Nouvelle Revue de Psychanalyse*, LA CHOSE SEXUELLE, N° 29, año 84, habla si de TRANSVESTISME pero se refiere a la persona como TRAVESTI. Esta palabra también se usa en español, pero yo he preferido TRANSVESTITA, y explicaré el por qué de mi preferencia.

Sin duda hoy en el lenguaje del lego se ha incorporado la palabra TRAVESTI, palabra que sin embargo originariamente significa simplemente DISFRAZADO/A y nada más.

En el lenguaje psicoanalítico tiende a usarse TRANVESTIDO, con el interés evidente de mantener el prefijo TRANS, como en transsexual, etc.

No obstante, prefiero TRANSVESTITA. Quizás lo que sigue parezca un juego de palabras pero más bien me parece una adecuación lingüística. El artículo se usa de acuerdo al sexo del sujeto; e] sustantivo de acuerdo a su vestimenta. Tal como señala también el trabajo y como se sabe de la estadística, son mucho menos los casos de mujeres (las transvestitos). En el caso más frecuente de hombres cuya excitación sexual requiere la vestimenta femenina, corresponde hablar DEL TRANSVESTITA.

Me parece que se trata de una sutil precisión lingüística, y si bien en primera instancia puede sonar chocante, sin duda EL TRANSVESTITA tiene una connotación más extensa y precisa que la palabra más común TRAVESTI.

2) He traducido el término inglés SCRIPT por TEXTO en la mayoría de los casos y por ESCENA o ESCENARIO en otros. En realidad SCRIPT es el TEXTO de una pieza teatral.

3) Al traducir la parte de las revistas pornográficas, he conservado el mismo estilo del vocabulario en el original inglés.

4) En algunos casos quizás parezca que hay un uso excesivo de las palabras MACHO y HEMBRA en lugar de simplemente HOMBRE y MUJER, pero he sido fiel al original. Probablemente en español MACHO y HEMBRA

frecuentemente se usa con cierta modalidad peyorativa, lo que no ocurre en el inglés.

**MUERTE O
EMASCULACION
UNA ALTERNATIVA
SCHREBERIANA***

Daniel Gil

“De esta manera obtuve conocimientos sobre la naturaleza del proceso del pensamiento y sentimientos humanos que muchos psicólogos podrían por cierto envidiarme” (Pág. 140).

“Yo consideraría ya como un gran triunfo de mi capacidad dialéctica si con el presente trabajo, que está tomando la amplitud de una obra científica, obtuviera aunque más no fuera *el* resultado de suscitar en los médicos un cabeceo de duda acerca de si en mis aparentes delirios e ilusiones sensoriales no habrá quizás algo de verdad”. (Pág. 115).

Dr. P. Schreber

INTRODUCCION

Como sabemos el texto de Freud sobre Schreber sirvió como base para apoyar su reflexión respecto a la relación de la paranoia con la homosexualidad. Este objetivo lo llevó a una delimitación dentro del texto de las Memorias que le permitiera poner a prueba y desarrollar su teoría (**).

Sin embargo, si realizamos una lectura directa de las Memorias de Schreber —

* Este texto presentado en las “Jornadas sobre El Yo” organizadas por la A.P.U. en 1982, fue escrito antes de conocer el Seminario III, “Las Psicosis”, de J. Lacan. Hoy día tiene como único interés el mostrar una lectura diferente de la freudiana que, sin invalidarla, pone de relieve aspectos que la amplían, facilitando aunque sólo sea en una modesta medida, espero, la lectura de alguno de los desarrollos que efectúa Lacan (1986).

es decir, sin el presupuesto de encontrar allí lo que Freud ya había visto— y luego lo comparamos con los hallazgos de Freud, lo primero que tenemos que hacer es reconocer que Schreber dice mucho más que lo que Freud analiza, y lo segundo repensar los argumentos y las conclusiones de Freud para ver hasta que punto dan cuenta del hecho de la relación entre la paranoia y la homosexualidad y si eso es todo, es decir, si el delirio paranoico es sólo expresión del deseo homosexual o si nos plantea otras posibilidades y problemas.

En este sentido, en esta parte del trabajo trataremos de repensar el delirio de la transformación en mujer de Schreber, siguiendo el texto de las Memorias, con lo cual realizamos otra delimitación dentro del mismo texto, para luego articularlo con otros elementos del delirio.

Recordemos previamente los grandes pasos del proceso delirante de Schreber.

Luego de vivir una cincuentena de años en una aparente normalidad, cuando tiene que enfrentarse a tareas y roles que pueden exigirle una representación de un papel similar al del padre, se desencadena primero un cuadro hipocondríaco, seguido, tiempo después, por un delirio de negación, con un delirio del fin del mundo. Visto en la perspectiva de la polaridad yo-mundo, la hipocondría y el delirio de negación serían la expresión delirante del no-ser a nivel del yo, y el fin del mundo la del no-ser a nivel del mundo (*).

Pero junto con el delirio de negación y del fin del mundo aparece la temática de la transformación en mujer y la de la violación del orden del

** Todas las citas son extraídas de la edición de las “Memorias de un enfermo nervioso” traducidas por Ramón Alcalde en la Editorial Carlos Lohlé (1980).

* Para más desarrollos en este sentido véase el trabajo conjunto con Fanny Schkolnik (Algunas reflexiones a propósito del yo en Schreber”. (Inédito, presentado en las Jornadas de A.P.U. de 1982).

universo. En un segundo tiempo se establece un mecanismo de compensación y explicación, expresado a nivel del yo en la megalomanía, y a nivel del mundo en el delirio de persecución y perjuicio.

En el tercer tiempo del delirio se produce una restitución del orden del universo con un delirio de transformación en mujer de acuerdo a este orden.

A lo largo de estas etapas vemos que desde el no-ser se transcurre hacia una exaltación maníaca, donde Schreber aparece como un personaje privilegiado, único entre todos, elegido, aun persecutoriamente, por Dios, y restituido, finalmente, a un misión redentora para la creación de una nueva humanidad. Se produce, entonces, en esta serie, una oscilación desde el no-ser, hasta ser-el-único, el elegido.

Esta temática está entrecruzada por otras dos que funcionan como un par: la transformación en mujer es inseparable del tema del orden del universo. Desde luego que en este par-temático existen dos momentos:

El primero donde la transformación es contraria al orden del universo y el segundo que es acorde con él (**).

En esta perspectiva pensamos que el orden del universo, como más adelante desarrollamos siguiendo textos de Schreber, es un punto capital. El orden del universo, al cual Dios se debe someter, prevé la regularidad en la interacción de los fenómenos naturales o sociales. En más de un fragmento Schreber insiste sobre el desconocimiento que tiene Dios de los seres humanos. La violación del

** Para el primer momento ver págs. 110, 111: para el segundo págs. 127, 147, 148, 232.

orden del universo tendría que ver, como creemos poder demostrarlo, con el desconocimiento de Dios-Padre, hacia sus criaturas.

“En especial, sigue en pie el hecho de que Dios, que en circunstancias normales sólo mantiene trato con almas y con cadáveres —a fin de extraer y llevar hacia arriba sus nervios—, me trata con total desconocimiento de las necesidades que me resultan de la existencia de un cuerpo viviente, como si yo fuera un alma o, en ciertas circunstancias, como si fuera un cadáver; cree poder imponerme toda la manera de sentir y de pensar de las almas, su lenguaje, etcétera; me exige un gozo constante o un pensamiento constante, etcétera” (pág. 258). (Subrayado D.G.)

“Esta idea no había surgido espontáneamente en mí, sino que había sido suscitada en mí por las Voces que hablan conmigo, aunque luego yo la sostuve por mucho tiempo, hasta que caí en la cuenta de la falta de sentido de esa conducta. Que los Rayos me incitaren a una inmovilidad absoluta (“Ni el más mínimo movimiento”, rezaba la consigna que se me repitió muchas veces) es algo que tiene, a mi juicio, que ser puesto también en relación con el hecho de que Dios, por decirlo así, no sabía cómo comportarse con los hombres vivientes, sino que estaba acostumbrado exclusivamente al trato con cadáveres o a lo sumo con los hombres entregados al dormir (soñantes). De ahí surgió la pretensión, ciertamente desmedida, de que yo en cierta manera me comportase constantemente como un cadáver, lo mismo que una serie de ideas más o menos insensatas, porque todas iban en contra de la naturaleza humana” (págs. 121-122). (Subrayado D.G.).

EL DELIRIO DE LA TRANSFORMACION EN MUJER Y LA EMASCULACION

Si nos restringimos a Freud, la transformación en mujer y, más concretamente, la emasculación, sería la prueba más evidente del deseo homosexual de Schreber.

Una primera puntualización que cabe hacer es la de que si llamamos a este deseo, vinculado con la transformación en mujer, deseo homosexual, tenemos que reconocer que este es muy distante del que se puede encontrar en la homosexualidad del perverso quien, en todo caso, si algo no pone en riesgo es el pene y que estaría más próxima a la transformación en mujer que reclaman los transexuales, tal como lo ha mostrado entre nosotros José Luis Brum.

Que Schreber habla de su transformación en mujer y de su emasculación va de sí y en enorme cantidad de fragmentos de sus Memorias aparece este tema. Freud, que quería demostrar la articulación entre la paranoia y la homosexualidad tomó estos términos tal cual y nos parece que a partir de él ha faltado la pregunta sobre el ¿por qué de esa “transformación”? y el ¿qué quería decir Schreber cuando hablaba de la transformación y de la emasculación? y, fundamentalmente, ¿en qué consistía esta?

Aunque no analizado por Freud habría que dar explicación de este “deseo homosexual” que no coincide con el del perverso, cuyo quehacer está dirigido a manejar la angustia de castración y a inventar artificios, malabarismos, para desmentirla.

Schreber en cambio nos habla de la emasculación. No vamos aquí a entrar a discutir lo que se ha llamado “el deseo de castración”(*). Por el momento

* Punto que he tratado de analizar en mi texto: La castración. Reconocimiento, desmentido, deseo. (Inédito).

restringiremos nuestro análisis a los textos de Schreber donde nos habla de la transformación en mujer y de la emasculación para tratar de entender qué quería decir él con esto y si el concepto de emasculación que él maneja es el mismo que lo que la palabra significa.

Ya en el capítulo y, refiriéndose al judío errante, dice:

“El Judío Errante (en el sentido definido antes) tuvo que ser emasculado (transformado en una mujer) para poder engendrar hijos. La emasculación se llevó a cabo de esta manera: los órganos sexuales (externos) masculinos (escroto y miembro viril) fueron retraídos (Subrayado D.G.) hacia el interior del cuerpo, y mediante la simultánea reestructuración de los órganos sexuales internos, fueron transformados en los órganos femeninos correspondientes; se produjo tal vez durante un sueño de muchos siglos (Subrayado D.G.), porque era necesario que se sumara una modificación de la estructura ósea (pelvis, etcétera). Se produjo, pues, una involución o reversión del proceso evolutivo que en todo embrión humano tiene lugar en el cuarto o quinto mes del embarazo, según que la naturaleza quiera adjudicar el sexo femenino o masculino al futuro niño” (pág. 54).

En el capítulo XI comienza hablando de que casi todos sus órganos y miembros del cuerpo han sido “*transitoriamente*” (pág. 127) dañados por algún milagro y agrega:

“Los milagros que más hacían pensar en circunstancias acordes con el orden cósmico son aquellos que parecían tener alguna relación con una emasculación que debía llevarse a cabo en mi cuerpo. Al número de estos pertenecían especialmente todo tipo de transformaciones en mis órganos genitales, que en algunos casos (especialmente en la cama) se presentaron

como fuertes indicios (Subrayado D.G.) de una retracción real del miembro viril (Subrayado D.G.), pero que con frecuencia, cuando intervenían predominantemente Rayos impuros, como un ablandamiento que se aproximaba casi a la disolución completa (Subrayado D.G.); además la eliminación milagrosa de pelos de la barba y en especial del bigote; por último, una modificación de toda la estatura (reducción de la altura corporal), que probablemente se debió a una contracción de las vértebras dorsales y también quizás de la médula de los fémures. Este último milagro procedente del Dios inferior (Arimán) estuvo acompañado de ordinario con las mismas palabras de anuncio: “A ver si lo hago un poco más pequeño”; yo mismo tuve la impresión (Subrayado D.G.) de que mi cuerpo se hubiera hecho cuatro o cinco centímetros más pequeño y consiguientemente se hubiera acercado al tamaño corporal femenino” (págs. 127-128).

De estos fragmentos queremos destacar el carácter de *indicio* de la transformación y de la *transitoriedad* (subrayado por Schreber) de la misma.

Pero la parte más sustancial de lo referido en este tema se encuentra en el capítulo XIII. Las vivencias que a continuación transcribimos comenzaron en noviembre de 1885. Dice Schreber:

“En esa época aparecieron en mi cuerpo con tanta fuerza los signos de la fertilización que no pude sustraerme por más tiempo al conocimiento del fin inmanente al que tendía toda la evolución. En las noches inmediatamente precedentes, de no haber creído yo, siguiendo el impulso del sentimiento varonil del honor, que debía oponerle mi decidida voluntad, se hubiera llevado a cabo una verdadera retracción del órgano sexual masculino: hasta tal punto estuvo próximo a realizarse el milagro correspondiente. De todas maneras, la voluptuosidad del alma se había hecho tan fuerte, que yo mismo sentí la impresión de

un cuerpo femenino primeramente en el brazo y en las manos, luego en los huesos, en el pecho, en las nalgas y en todas las otras partes del cuerpo...”
“Pero ahora se me hizo consciente sin ninguna duda que el orden cósmico exigía la emasculación, de una manera imperiosa, con prescindencia de si me agradaba o no a mi personalmente, y que debido a ello, por motivos racionales, no me restaba sino resignarme al pensamiento de la transformación en una mujer. Como consecuencia ulterior de la emasculación sólo podía pensarse, naturalmente, en una fecundación por medio de Rayos divinos con el fin de crear nuevos hombres” (Subrayado D.G.) (pág. 147).

Es claro que Schreber, en este caso, no está hablando de que se produjera ninguna emasculación. Él afirma que “se hubiera producido” pero que no sucedió porque él opuso “una decidida voluntad”.

No es en lo genital en donde se nota esta transformación, allí hubo una oposición de su parte; *la vivencia de lo femenino está en otras partes del cuerpo*: brazos, manos, huesos, pecho, nalgas y “en todas las otras partes del cuerpo” quedando excluido, por lo tanto, lo genital.

De cualquier manera, en esta etapa la emasculación ya es acorde al orden del universo y afirma que “por motivos racionales, no me restaba sino resignarme al pensamiento de la transformación en una mujer”. La consecuencia ulterior de la emasculación sería la de la “fecundación por medio de Rayos divinos con el fin de crear nuevos hombres” (pág. 148).

En el capítulo XX dice: “un examen de mi cuerpo en cuanto a los rasgos distintivos de la feminidad tendría que producir aún ahora un efecto persuasivo sobre otras personas” (pág. 221), y en el mismo capítulo afirma:

“El propósito de convencer a otros hombres, por vía de una exposición

racional, de la verdad de mis supuestos ‘delirios’ e ‘ilusiones sensoriales’ me es, es sí y de por sí, naturalmente, ajeno. Sé bien que esto, por lo menos transitoriamente, sólo sería posible en una limitada medida. El que una modificación ulterior de mi constitución corporal, situada fuera del alcance de cualquier experiencia humana, pueda traer por sí misma la confirmación, es algo que he dejado en manos del futuro. Ahora quiero aclarar una sola cosa: que en todo momento va estaría dispuesto a permitir que mi cuerpo fuera sometido a un examen médico para verificar si es exacta o no mi afirmación de que todo mi cuerpo, desde los pies a la cabeza, está penetrado por nervios de voluptuosidad, cosa que sólo sucede en los cuerpos femeninos adultos, mientras que, en el hombre, por lo menos en la medida en que yo estoy enterado, los nervios de la voluptuosidad se encuentran sólo en los órganos sexuales y en la cercanía de ellos. Si tal examen diera como resultado el acierto de mi afirmación, y simultáneamente la ciencia médica se viera obligada a reconocer que carece de cualquier explicación humana-natural para semejante fenómeno en un cuerpo humano, entonces, mi ‘delirio’ de que mi cuerpo está sometido en una amplia medida al efecto de los milagros divinos tendría que aparecer también a sectores más amplios de personas bajo una luz esencialmente distinta” (pág. 222).

En el fragmento habla de la “verdad” de los supuestos delirios e ilusiones sensoriales y no menciona una transformación concreta y visible de su cuerpo, sino de su penetración por los nervios de la voluptuosidad. Los médicos lo que tendrían que comprobar sería esta penetración porque no existe ninguna evidencia material de la misma. Pero esta diferencia no es, para Schreber, relevante dado que: “¿Qué puede haber más cierto para el hombre que lo que experimenta y siente en el propio cuerpo? (pág. 128, n. 68)(*)

* Un hecho real para Schreber es aquel que es “subjetivamente cierto” para él, (pág. 78).

Sin embargo en el mismo capítulo dice:

“En los momentos de aproximación, mi pecho da la impresión de un seno femenino relativamente desarrollado; este fenómeno puede ser visto con sus propios ojos por cualquier persona que quiera observarme. Estoy, pues, por así decirlo, en condición de presentar una prueba remitiéndome a la toma de un examen ocular por otra parte, no sería suficiente una observación fugaz en un momento dado, sino que el observador en cuestión tendría que tomarse el trabajo de permanecer unos diez minutos o un cuarto de hora cerca de mí. En este caso cualquiera no podrá dejar de advertir e alternativo hincharse y deshincharse del busto. Naturalmente, en los brazos y en la fosa epigástrica subsiste el vello masculino, que, por otra parte, en mí sólo existe en un grado moderado; también las mamilas se mantienen en su tamaño menor correspondiente al sexo masculino. Pero independientemente de ello, me atrevo a sostener resueltamente que quienquiera me viese de pie frente al espejo con la parte superior del tronco desnuda —máxime cuando la ilusión está reforzada por algún adorno femenino— recibiría la impresión indudable de un torso femenino. No vacilo en aclarar que por mi parte no promovería una observación como la mencionada si residiera fuera del Hospital, pero que la permitiría a cualquier especialista que se sintiera movido a ello no por una mera curiosidad sino por un interés científico. Si, como también afirmo, nunca ha sido posible observar algo semejante en un cuerpo masculino, creo haber aportado una prueba que, aun en personas serias, tiene que suscitar la más grave duda de si todo aquello que en mí se ha considerado hasta ahora como ilusiones sensoriales y delirios no será verdad; y si, por consiguiente, la exposición que he hecho para explicar los extraños fenómenos en mi persona y en mi cuerpo no estará basada en la verdad” (Subrayado D.G.) (pág. 226).

Vemos otra vez más que la transformación se refiere ya sea a la penetración

de los nervios de la voluptuosidad, o, cuando se concreta, en transformaciones corporales que afectan distintas partes del cuerpo, *pero no los genitales*. Aquí claramente, y con un carácter alucinatorio, aparece una transformación del cuerpo, en la parte superior del tronco, que quien la viera “recibiría la impresión indudable de un torso femenino”. Pero en este fragmento hay un detalle curioso y es la condición que enuncia Schreber: “quienquiera que me viese de pie *frente al espejo*” No es entonces quien lo vea directamente sino que él introduce la imagen en el espejo. No aclara si esta transformación puede referirse a algo que se comprueba en él o algo que puede verse en su imagen en el espejo.

Esta diferenciación no es ociosa dado que Schreber en el capítulo XVII habla del “*dibujar*”.

“El dibujar (en el sentido de/lenguaje de las almas) es el uso consciente de la fantasía humana con el fin de producir imágenes (y, por cierto, principalmente imágenes de recuerdos) en la cabeza; estas son luego reconocidas por los Rayos”. Yo tengo la posibilidad de crear imágenes de todos los recuerdos de mi vida, de las personas, animales y plantas, de otros objetos naturales y utensilios de cualquier clase, mediante la vívida representación de ellos, con el resultado de que se hacen visibles en mi cabeza y también, según mi punto de vista, fuera de ella, tanto para mis propios nervios como para los Rayos que están en relación conmigo en el momento en que quiero conocer perceptiblemente las cosas en cuestión.

...puedo hacer, por ejemplo, que una casa arda delante de mis ventanas, etcétera, etcétera, todo ello, como es natural, sólo en mi imaginación, pero de manera tal, que los Rayos, a mi juicio, tienen una impresión como si los objetos e impresiones correspondientes existieran. Puedo “dibujarme” a mí mismo en un lugar distinto de aquel en que me encuentro realmente; por ejemplo, mientras estoy sentado en el piano, me dibujo parado al mismo tiempo frente al

*espejo con adornos femeninos en el cuarto adyacente; puedo, cosa que para mí las razones dadas en el capítulo XIII, es de gran importancia, mientras estoy de noche acostado en cama, **crearme a mí mismo y a los Rayos la impresión de que mi cuerpo está dotado de senos y órganos sexuales femeninos.** El dibujarme un trasero femenino en mi cuerpo —honny (sic) soit qui mal pense— se me ha vuelto hasta tal punto una costumbre, que al agacharme lo hago siempre involuntariamente. Por esta razón, pienso que puedo calificar con derecho al “dibujar” en cierto sentido un milagro invertido.*

*De la misma manera como por obra de los Rayos se colaron en mi sistema nervioso, especialmente en sueños, ciertas imágenes que se desea ver, **yo, inversamente, estoy en condiciones de poner a mi vez delante de los Rayos aquellas imágenes cuya impresión quiero crear en ellos.** “...me es preciso representarme a mí mismo, por lo menos durante la noche, con ayuda de mi fantasía como un ser femenino, y para esta ilusión hubiera sido naturalmente el bigote un inconveniente casi insuperable” (Subrayado D.G.) (págs. 189 a 191).*

Y en cita al pie de página:

*“Tal vez interese conocer la continuación del “pequeño estudio” mencionado supra, que trata del dibujar en sentido **humano**, por ello lo incluyo a continuación: el dibujar, en sentido humano, es la representación de cualquier objeto sobre una superficie (en contraste con la representación corporal, plástica) sin empleo de colores (en contraste con la pintura; o también puede decirse que la pintura es un dibujar en colores), y, por cierto, o tanto un mero dibujar copiando (dibujar según la naturaleza), es decir, reproducir objetos que se han visto realmente en el mundo exterior, y en ese caso queda fuera de juego la **fantasía humana**, como una creación de imágenes que aún no existen en el mundo externo, sea para fines exclusivamente artísticos (representación de lo bello, para deleitarse uno mismo y a otros hombres) o para fines prácticos, es decir, para construir luego realmente objetos correspondientes a esas imágenes*

(modelos, bocetos de edificios, etcétera); en este último caso, por lo tanto, se trata de un predominio de la fantasía (Einbildungskraft) [fantasía **Phantasie**], la palabra alemana permite comprender claramente el concepto de **configurar dentro** (Subrayado D.G.) [hineinbilden](*) **de la cabeza o la conciencia humana algo que no existe externamente** (Subrayado D.G.), por consiguiente también, como expresión de una fantasía enfermiza, el “figurarse” (simular) cosas (esperanzas, etcétera) imposibles de realizar, como motivos de una conducta impropia, errónea” (pág. 190).

Subrayamos entonces que el sentido de dibujar, (donde también aparece una parte referida al espejo) tiene este carácter de configurar dentro de la cabeza, o de la conciencia humana, algo que no existe externamente.

Destaquemos una vez más, que lo que tiene carácter alucinatorio de “la transformación en mujer” es la modificación de distintas partes del cuerpo *con exclusión de los genitales*. La transformación en mujer a nivel genital, es decir, la emasculación, es algo a lo cual Schreber se opone y que en todo caso se producirá en el futuro.

“Durante muchos años después de los cambios de mi propia concepción descritos en el capítulo XIII, he vivido con la suposición definida de que finalmente habrá de llegarse en mí a una emasculación real (transformación en una mujer); es decir, mientras creí que el resto de la humanidad había perecido, esta me pareció la solución incondicionalmente adecuada para una renovación de la humanidad”.

“Dios está ahora ligado indisolublemente a mi persona por la fuerza de atracción de mis nervios, que hace mucho tiempo se ha vuelto invencible; cualquier posibilidad de liberarse nuevamente de mis nervios —a lo cual tiende la política seguida por el propio Dios— está excluida durante el tiempo que me queda de vida, salvo quizás en el caso de que aún pueda llegarse a una

emasculación”, (pág. 228) (ver cita del “Judío Errante”, pág. 54).

Por un lado la *emasculación* aparece como controlada, la voluntad de Schreber *se opone a ella*, (pág. 111), por otro lado aparece como *proyectada en un futuro lejano*, (pág. 183) y por Otro como *transitoria*. Schreber dice que el Dios superior puede restituirle los genitales masculinos.

“La facultad de llevar a cabo el milagro de la emasculación descrito es propia de los Rayos del Dios inferior (Arimán); los Rayos del Dios superior (Ormuz) tienen la capacidad de restaurar la masculinidad si se presenta el caso” (pág. 55).

Pero además, en los textos estudiados, fundamentalmente el referido en el capítulo XIII (pág. 147), Schreber no habla de una ablación del órgano sexual masculino sino de una *retracción*.

Resumiendo:

- 1) La emasculación no se ha producido.
- 2) Si se produjera sería de acuerdo a un orden cósmico y al final de los tiempos.
- 3) De la emasculación que él habla no es de una ablación, sino de una retracción de los genitales.
- 4) Que pueden ser restituidos.
- 5) Pero además, lo que describe es la fantasía de lo andrógino (págs. 227 y 229):

*“Para no ser mal interpretado, tengo que señalar aquí que al hablar del cultivo de la voluptuosidad, que, por así decirlo, se ha convertido para mí en un deber, no aludo nunca a una concupiscencia sexual respecto de otros seres humanos (personas femeninas) ni tampoco a un trato sexual con ellos, **sino a representarme a mí mismo como hombre y mujer en una sola persona, realizando el coito conmigo mismo, dedicándome a cualesquiera actividades***

tendientes a la excitación sexual —las que quizás en otras circunstancias resultarían obscenas—, etcétera, en lo cual, por supuesto, está excluido todo pensamiento de onanía o cosas semejantes”.

“El acierto de esta interpretación me ha sido corroborado de manera indudable por una experiencia de años; creo, incluso, que puedo permitirme expresar la opinión sobre la base de las impresiones recibidas, de que Dios nunca llegaría a una acción de retirada (con lo cual en cada oportunidad mi bienestar corporal empeora considerablemente y de inmediato), sino que la atracción se produciría sin ninguna resistencia y con un permanente equilibrio, si me fuera posible hacer siempre el papel de una mujer que yace conmigo mismo en abrazo sexual; dejar que mi vista reposara siempre en seres femeninos; con templar siempre figuras femeninas, etcétera” (págs. 227 y 229).

Pero aun en los momentos en que la transformación en mujer y la emasculación eran contrarias al orden del universo, la preocupación de Schreber no radica solamente en ellas.

“En el primer período los milagros eran, en lo que respecta a su efecto corporal y espiritual, en parte de naturaleza temible y amenazante, de suerte que yo estuve día y noche lleno de las más serias preocupaciones por mi vida, mi virilidad y posteriormente por mi razón; en el segundo período los milagros cobraron —aunque a través de transiciones muy graduales y no sin algunos retrocesos— un carácter cada vez menos nocivo, por no decir ridículo y pueril, aunque en parte aún adverso” (pág. 104).

Vemos claramente que tres son las “más serias preocupaciones”: la vida, la

virilidad y la razón.

Más adelante, ya en el segundo período cuando la transformación en mujer es acorde con el orden del universo, da otra pista que vale la pena atender:

“A partir de entonces yo tomé con plena conciencia como bandera el ejercitar la feminidad y lo seguiré haciendo, en la medida en que lo permite el respeto a quienes me rodean, piensen de mí lo que quieran otros hombres para quienes están ocultas las razones sobrenaturales. Quisiera ver a un hombre que, puesto ante la opción de convertirse en un hombre idiota con porte masculino o en una mujer de gran cultura, no elegiría esto último” (pág. 148).

Allí, al mismo tiempo que reclama su derecho a ejercitar la femineidad, nos plantea otra alternativa: la de volverse idiota (perder la razón) o transformarse en mujer.

En otro fragmento la alternativa se amplía:

“En cada interrupción de mi actividad de pensamiento Dios considera inmediatamente que mis facultades espirituales se han extinguido, que la destrucción esperada por él de mi intelecto (la “idiotez”) se ha presentado, y que con ello se ha dado la posibilidad de retirarse” (pág. 170).

Y en llamada al pie de página:

“Que este sea el propósito buscado, es algo que antes era con gran frecuencia confesado en la frase procedente de/Dios superior, escuchada innumerables veces por mí: “Queremos destruirle el intelecto”. Últimamente esta frase se emplea con menos frecuencia, porque debido a la constante repetición termina siempre por convertirse en una forma del pensar-sin-pensamiento-denada” (pág. 170). Ya en el cap. VII había dicho: *“En todo esto predominó la idea de “dejarme olvidado” es decir, de **abandonarme**, cosa que en la época de la cual estoy tratando se pensó que podía lograrse mediante la emasculación y la entrega de mi cuerpo como prostituta femenina y, ocasionalmente, también*

matándome y luego destruyendo mi razón (convirtiéndome en idiota)
(Subrayado D.G.) (pág. 86).

Como vemos, la transformación en mujer está articulada con otros dos elementos: el perder la razón y el perder la vida, o sus equivalentes: quedarse idiota o dejarlo olvidado, abandonado.

Desde luego, y es legítimo pensarlo, esto podría ser interpretado como un disfraz para la expresión de su “deseo homosexual”, pero con esto perderíamos las alternativas que, por lo visto, vivencialmente, se le presentaron a Schreber. En su delirio tenía que elegir entre perder la vida, perder la vida intelectual (volverse idiota) o transformarse en mujer.

EL ORDEN DEL UNIVERSO Y LA EXISTENCIA

Como ya vimos, es muy claro en las Memorias que la transformación y la emasculación pasan por dos etapas: una primera contraria al orden del universo y una segunda y última acorde con él. Recordemos que quiere decir para Schreber el orden del universo, el orden cósmico. Nos parece que este es un punto cardinal para pensar la problemática de Schreber.

El orden cósmico, Schreber lo toma directamente de la religión iraní^(*)(^{**}) ya que los dioses que intervienen en su delirio son Ormuz y Arimán.

En la concepción iraní el orden del universo se encuentra por encima de los dioses y estos tienen como función la de vigilar su cumplimiento. El orden del universo que establece la relación entre los objetos naturales, correspondería a las leyes de la naturaleza y el que establece la relación entre seres humanos correspondería a las reglas sociales. Schreber dice:

* Este es un concepto que también forma parte del pensamiento filosófico y se encuentra en Platón: Dios, o la divinidad, toma como modelo de su acción creadora el mundo de las sustancias eternas. Esto está relacionado con el concepto de Dios como demiurgo o artífice.

** Aunque ajeno al propósito de este trabajo, no queremos dejar de señalar aquí la posibilidad de articular teóricamente el orden del universo con los conceptos lacanianos de lo simbólico y la ley.

*“El concepto de moralidad existe sólo dentro del orden cósmico, es decir, del vínculo natural que mantiene a Dios unido con la humanidad; cuando el orden cósmico se quiebra, sólo resta una lucha por el poder, en la cual decide el derecho del más fuerte. Lo moralmente chocante en mi caso consistió, pues, tan solo en que Dios se había colocado fuera del orden cósmico, **que también para él era obligatorio**; más a ello se vio, si no directamente obligado, por lo menos motivado de resultas de una tentación muy difícil de resistir, que le habla sido montada mediante la presencia del alma impura (“jorobada”) del profesor Flechsig en el cielo. Por otra parte, el orden cósmico conservó toda su grandeza y sublimidad, en la medida en que, hasta en un caso tan contrario a las reglas, rehusó al propio Dios los medios necesarios para alcanzar un propósito contrario al orden cósmico. Todos los intentos dirigidos a perpetrar un almicidio, a la emasculación parafines contrarios al orden cósmico (es decir, a la satisfacción del apetito sexual de un hombre), y posteriormente a la destrucción de mi mente, fracasaron. Salgo vencedor de la lucha aparentemente tan desigual de un solo hombre débil con el mismo Dios, aunque después de muchos amargos sufrimientos y miserias, porque el orden cósmico está de mi lado. Mi situación externa y mi salud corporal mejoran actualmente de año en año. Por ello vivo con la confiada fe de que toda esta confusión no representará sino un episodio que finalmente llevará de una manera u otra al restablecimiento de condiciones acordes con el orden cósmico” (Subrayado D.G.) (pág. 59)(*) (ver pág. 201).*

Y en una nota al pie de página efectuada en noviembre de 1902, dice:

“Las ideas expuestas precedentemente podrían estar afectadas de cierta

* Schreber se coloca aquí en la línea cartesiana y leibnitziana respecto a los poderes de Dios, en contraposición a H. More o Newton.

*falta de claridad, en la medida en que en ellas se caracteriza el “orden cósmico”, y por ende algo impersonal, como algo que está por encima aun de Dios, o es más poderoso que Dios u obligatorio para el propio Dios. La falta de claridad, sin embargo, no existe en realidad. “Orden cósmico es la relación legal dada de por sí en virtud de la esencia y los atributos de Dios, que existe entre Dios y la creación por él evocada a la vida. **Dios no puede llegar a cabo aquello que está en contradicción con sus atributos y fuerzas en lo que atañe a la humanidad** o, en mi caso, a un hombre individual que ha entrado con él en relaciones especiales(**). En la medida en que Dios, la fuerza de cuyos Rayos es por naturaleza constructiva y creadora, intentó conmigo en circunstancias anómalas una política principalmente dirigida a la destrucción de la integridad corporal y de la mente, entró en contradicción consigo mismo. Debido a ello, tal política no podría sino dañar tan sólo transitoriamente, no provocar ningún efecto duradero. O bien, para valerme de un oxímoro, en la lucha llevada a cabo por Dios contra mí tuve a Dios de mi lado, es decir, estuve en condiciones de hacer entrar en el campo de batalla como armas incondicionalmente protectoras para mi autodefensa los atributos y fuerzas de El” (Subrayado D.G.).*

Visto en esta perspectiva podríamos expresar la alternativa de Schreber como un enfrentamiento de términos de distinta naturaleza, produciéndose una contradicción antagónica, (no dialéctica), y por lo tanto inconciliable: por un lado el problema se juega en el *orden del ser* y por otro lado en el orden del tener: perder la vida (dejarlo abandonado, quedar idiota), o perder el pene y “transformarse” en mujer.

Desde nuestra perspectiva la expresión delirante en esta alternativa es la

** Este argumento es típicamente cartesiano: Dios no puede ser un genio maligno.

condensación (podríamos decir la reducción a una sola) de dos alternativas:

ser/-no ser		
		→ser/no-tener
tener/no-tener		

La construcción delirante que Schreber expresa nos dice que él sólo puede *ser* no teniendo el pene, *no teniendo*, es decir, “transformándose” en mujer.

Esta discriminación en dos tiempos que planteamos nos permite ver que el problema tal como lo expresa el delirio, es la mezcla de una angustia por su existencia, con la angustia de castración (expresada delirantemente como emasculación y transformación en mujer).

Esta mezcla y condensación en el delirio no nos extraña por dos motivos: el primero, porque todo ser humano, a partir del complejo de Edipo y de castración, solamente se puede representar como hombre o mujer, no hay otra alternativa, toda otra posibilidad queda excluida. Esta es la característica básica de la polaridad fálico-castrado, que se traduce por la instauración de lo que Laplanche ha llamado *la lógica fálica* (tener - no tener el pene).

El segundo elemento, es que cuando se producen regresiones dentro del yo, como diría Freud, hacia el autoerotismo o al narcisismo (esquizofrenia o paranoia) los delirios se van a expresar *inevitablemente* en la temática de las etapas al cual el sujeto ha podido acceder en su desarrollo libidinal. No hay lugar a dudas de que Schreber pudo llegar a la polaridad fálico-castrado. Las fallas de la constitución de su *yo* quedaron durante muchos años compensadas y, por lo tanto, encubiertas, pero en determinado momento, cuando este *yo* se vio exigido a la realización de tareas para las cuales no estaba capacitado, o las vivía como prohibidas (más el fracaso rotundo de sus expectativas de ser padre,

debido a los múltiples abortos de su mujer), apareció esta falla radical a nivel de suyo a través de los distintos momentos de su delirio, culminando, como se sabe, en el derrumbe esquizofrénico al final de su vida.

Por más que la alternativa de Schreber tenga el aspecto de la polaridad fálico-castrado, esta polaridad ya no es más una polaridad estructurante, propia del nivel edípico, y pasa a ser una alternativa vital, propia de lo preedípico.

La renuncia al pene (“emasculación”) es, en realidad, la única posibilidad que le resta para poder vivir.

El problema básico en Schreder estaría ubicado en la identificación primaria y en el yo, pero su expresión delirante sería la entremezcla en la temática de la identificación primaria con los temas de la identificación secundaria. En este sentido el transformarse en mujer no sería solamente la única posibilidad (si no se es hombre, se es mujer), sino que también estaría facilitada por los aspectos edípicos negativos que, mientras que en el neurótico se expresan como una posición femenina (pasiva) frente al padre, en la situación delirante aparecen como una transformación en mujer.

Somos conscientes que con este planteo hemos trasladado el centro del problema desde la homosexualidad a la posibilidad de la existencia, trasladándolo, con ello, desde la identificación secundaria a la identificación primaria.

Con este desplazamiento podríamos hacer nuestras las palabras de Freud a Groddeck cuando, el 17 de abril de 1921, termina diciéndole: “Dice Ud. también que me alejó del erotismo. Mi próxima obrita le mostrará que, si bien lo hago, no por ello dejo de llevar a Eros en mi viaje”.

RESUMEN

A partir del texto original de las Memorias de Schreber nos planteamos en este trabajo una reconsideración de la tesis de Freud sobre la vinculación de paranoia y homosexualidad.

A lo largo del análisis de los fragmentos de Schreber creemos poder demostrar que esta transformación en mujer no implica una pérdida del pene ya que si bien en distintos momentos alucina la transformación de distintas partes de su cuerpo en un cuerpo de mujer, la emasculación, de acuerdo a lo que él describe, es algo que si se produce será en el fin de los tiempos; consiste en una retracción y no en una ablación; el Dios superior puede hacerla reversible; y, por último, la fantasía que expresa es, en realidad, la del andrógino.

Con todo ello vemos que la tal emasculación no es una castración, y que, por el contrario, se sigue manteniendo el valor narcisista del pene.

En nuestra perspectiva creemos entender que el delirio de Schreber tendría que ver con una falla en la identificación primaria, y, por ende, en la constitución del yo, que hace que le, que esté en juego no sea la posesión del pene sino la existencia misma.

En el delirio aparecen entremezclados aspectos de la identificación primaria (ser no-ser), con aspectos de la identificación secundaria (tener no-tener el pene) que, delirantemente, equivale a transformarse en mujer.

En este sentido el delirio Schreber sería la creación (delirante) de la posibilidad de su existencia, con la restitución (delirante) de un orden del universo que ha sido violado por el Dios-Padre.

El drama de Schreber es fundamentalmente esta lucha desesperada por su existencia, es decir, por la posibilidad de ser reconocido como un ser humano.

DEATH OR EMASCULATION. A SCHREBERIAN ALTERNATIVE?

Starting out from the original text of Schreber's *Memories*, we suggest in this paper that Freud's thesis about the relationship of paranoia and homosexuality be reconsidered.

Analyzing Schreber's fragments we are able to demonstrate that this *transformation* into a woman does not imply the loss of the penis, since although at different times Schreber hallucinates the transformation of different parts of his body into a woman's body, emasculation, according to how he describes it, is something which would take place at the end of all times; it consists of a retraction rather than of an ablation; the Supreme God can reverse it; and thus the fantasy as stated is the androgyne one.

Therefore such emasculation is not a castration; on the contrary, the narcissist value of the penis is kept.

According to our point of view, Schreber's delirium has to do with a failure in primary identification and consequently, in the building of the ego, and thus what is involved is not the possession of the penis but rather its existence.

In Schreber's delirium, aspects of primary identification (to be/no to be) are intermingled with aspects of secondary identification (to have/not to have a penis) which, in raving terms, is equivalent to changing into a woman.

In this sense Schreber's delirium is the (delirious) creation of the possibility of his own existence, with the (delirious) restitution of an orderly pattern of the universe which has been infringed by God-Father. Schreber's drama is fundamentally this desperate battle of his existence, that is, the wish to be recognized as a human being.

**LA PSICOSIS Y
EL YO-CUERPO
A PROPOSITO DE
SCHREBER***

Héctor Garbarino

La investigación de las “Memorias” de Schreber fue iniciada en nuestro medio por los trabajos de José Brum ⁽²⁾, Daniel Gil ⁽⁷⁾, y D. Gil y Fanny Schkolnik ⁽⁸⁾. Estos autores abrieron importantes líneas de investigación *que* nosotros, por nuestra parte, hemos procurado proseguir. No es de extrañar, por consiguiente, que en la exposición que hacemos a continuación existan algunas coincidencias con lo sostenido por esos autores.

Como es sabido, Freud entendió que la patología de Schreber obedecía a trastornos de índole sexual, y que, por consiguiente, no se trataba de complejos diferentes a los observados en las neurosis, sino que su especificidad residiría en mecanismos particulares “de la formación de síntomas o de la represión”.

Nuestro punto de vista difiere del de Freud en tanto entendemos que en la patología de Schreber debemos distinguir los trastornos de índole sexual, que remiten a su condición paranoica, de los trastornos de índole narcisista, que dan cuenta de su desintegración esquizofrénica, y que a medida que progresaba su enfermedad se iban haciendo más y más predominantes.

El mismo Freud, cuando se refirió al diagnóstico no dejó de distinguir

* En este trabajo colaboraron los integrantes de un grupo de estudio que se hallaba bajo mi coordinación, constituido por los siguientes colegas: George Albert, Nibya Boccarato, Maria del C. *Carpy*, David Cibils, Oscar López, Maria del C. Montiel, Corina Nin, Marta Rodríguez. Myriam Rogido, Diego Speyer, Gonzalo Varela, Luis Villalba, Isabel Wilhel. Sus aportes y comentarios durante la discusión de las “Memorias” constituyeron un permanente estímulo para mí, y contribuyeron al desarrollo de las ideas expuestas en este trabajo.

estos dos aspectos: “Nuestros supuestos sobre las fijaciones predisponentes en la paranoia y la parafrenia permiten entender sin más que un caso pueda empezar por síntomas paranoicos y desarrollarse, empero, hasta una demencia: que fenómenos paranoicos y esquizofrénicos se combinen en todas las proporciones, y pueda producirse un caso como el de Schreber, que merece el nombre de “demencia paranoide”; da razón de lo parafrénico por la relevancia de la fantasía de deseo y de las alucinaciones, y del carácter paranoico por el mecanismo de proyección y el desenlace”.

Sin embargo, Freud consideró que la patología de ambos aspectos era esencialmente la misma, es decir, de naturaleza sexual(*).

En cuanto a la relación entre paranoia y esquizofrenia entendemos que la posición paranoica, si bien fue rebasada por la posición esquizofrénica, no desapareció nunca completamente, y más aún, pensamos que al final de la segunda enfermedad, volvió a tomar predominio, ayudó al restablecimiento parcial de Schreber y lo impulsó a escribir ese alegato reivindicador que son las “Memorias”.

Las dos primeras enfermedades de Schreber estuvieron precedidas de traumas narcisistas que afectaron tanto al área de su narcisismo fálico como al área de los ideales del yo y de las satisfacciones propias del yo ideal narcisista. Con respecto a lo primero, no había podido tener descendencia y ya antes de la primer enfermedad, había tenidos dos hijos nacidos muertos. Con respecto a lo segundo, también antes de la primer enfermedad, sufrió un revés político: se había presentado en las elecciones legislativas como representante del partido liberal contra el partido reaccionario de Bismarck y no fue elegido. No se sabe con certeza si cayó enfermo antes o después de no haber sido elegido, pero de

* Muy probablemente, no hubiera pensado lo mismo, si hubiera investigado el caso Schreber después de “Introducción del Narcisismo”, escrito alrededor de dos años después.

cualquier manera es muy posible, como destaca Baumeyer (1), que se haya sentido contrariado en su deseo de autoafirmación.

En cuanto a los antecedentes que precipitaron la segunda enfermedad deben destacarse cuatro hijos más nacidos muertos y su nombramiento como presidente del Alto Tribunal de Sajonia, alto cargo honorífico, brillante culminación de su carrera como jurista, que se sintió incapaz de desempeñar a poco de ser nombrado.

Se podría tener una idea de la importancia de este trauma narcisista, como derrumbe de su tremendo “afán de autoafirmación y despliegue de poder” si se recuerda lo que dice Schreber en su “carta abierta al señor consejero privado, profesor doctor Flechsig”; esta “alma probada”, (se refiere al alma de Flechsig) que adolecía de errores humanos como todas las almas no purificadas, sé habría dejado llevar luego —conforme con el carácter de las almas, en la medida en que lo conozco con certeza— sin ser refrenada por nada que equivalga a la voluntad humana, por el sólo afán de autoafirmación y despliegue de poder...”

En los comentarios que hace Schreber sobre las angustias que le deparó la asunción de su nuevo cargo, vuelve a referirse a su necesidad de autoafirmación y prestigio narcisistas, que nos parece mucho más fundamental que la rivalidad edípica con sustitutos paternos:

El 1^o de octubre de 1893 asumí mi nuevo cargo de presidente de Sala en el Tribunal Superior Provincial de Dresde. La carga de trabajo con que me encontré al llegar era, según ya comenté, extraordinariamente grande. A ello se sumó el afán, que de mi parte estaba inspirado por la ambición, pero que también era en sí mismo conveniente para los intereses de la función, de conquistar desde el primer momento, mediante la incuestionable eficacia de mis actualizaciones, el indispensable prestigio ante mis colegas y los otros sectores interesados (abogados, etc.). Esta tarea era tanto más difícil e imponía exigencias tanto más grandes en lo referente al tacto en las relaciones personales, cuanto que

los otros miembros del colegio (integrado por cinco jueces) cuya presidencia tenía yo que desempeñar, me superaban casi todos mucho en edad (hasta en 20 años) y estaban más familiarizados con la práctica del tribunal, al menos bajo ciertos aspectos, y yo entraba en él por primera vez. Así fue como a las pocas semanas quedé espiritualmente agotado. El sueño comenzó a faltarme...

Esta infamante derrota del paranoico, en su afán megalomaniaco de poder y prestigio, es resarcida con creces en el delirio, donde Schreber vence al mismísimo Dios:

Los hombres de mentalidad religiosa, que generalmente están poseídos por la idea de la omnipotencia, omnisciencia y bondad absoluta de Dios, tienen que considerar inconcebible que Dios de pronto haya querido presentar-se como un ser tan minúsculo, que resultase superado en el aspecto intelectual y moral por un hombre solo. Frente a esto tengo que recalcar expresamente que mi superioridad en ambos aspectos tiene, empero, que ser entendida de una manera totalmente relativa. Acepto tal superioridad sólo en la medida en que se trata de la situación, contraria al orden cósmico, que surgió de la conexión nerviosa permanente, que luego se transformó en indisoluble, con un solo hombre. En esa medida, soy yo la parte más inteligente y al mismo tiempo mejor.

Vemos, pues, que las dos primeras enfermedades estuvieron precedidas de importantes frustraciones narcisistas.

Haremos ahora algunas consideraciones sobre la primera enfermedad, por la cual estuvo internado unos nueve meses, desde octubre de 1884 a junio de 1885. Como es sabido, se trató de un grave episodio psicótico caracterizado por manifestaciones de hipocondría delirante y trastornos de índole melancólica.

Pero lo que nos interesa destacar es que ya en esta primera enfermedad, las

manifestaciones hipocondríacas traducían graves alteraciones de la representación del propio cuerpo, consistentes en una vivencia de adelgazamiento pronunciado (creía haber adelgazado de quince a veinte kilos de peso, cuando en realidad había aumentado dos kilos) y un sensación de debilidad general por la cual se veía imposibilitado de caminar. Estas alteraciones del esquema corporal se acompañaban de la sensación de una muerte física inminente. Como esta vivencia de adelgazamiento no es compartida por los médicos (le prohibieron el uso de la balanza) suscitó la desconfianza paranoide: se lo engañaba intencionalmente sobre su peso.

Esta inminencia de la pérdida de la imagen de sí, equivalente a la muerte psíquica (J. Mc Dougall) determinó que pidiera insistentemente que se lo fotografiase repetidas veces, como un intento desesperado de fijar la imagen de sí antes de su derrumbe.

Después de recuperarme de mi primera enfermedad viví con mi esposa ocho años, que en conjunto fueron muy felices, pródigos también en honores externos y sólo perturbados temporariamente por la reiterada frustración de la esperanza de recibir la bendición de los hijos. En junio de 1893 me fue comunicada (primero personalmente por el señor ministro doctor Shurig) la noticia de mi inminente designación como presidente de Sala del Tribunal Supremo Provincial de Dresde.

La incompetencia de Schreber en desempeñar su cargo de presidente del Senado, motiva los sueños de reaparición de la primera enfermedad:

En esa época se sitúan algunos sueños, a los cuales entonces no presté especial atención, y a los cuales ahora tampoco prestaría mayor atención, siguiendo el refrán “los sueños son espumas”, sino tuviera que pensar, a raíz de las experiencias que he tenido en el ínterin, por lo menos en la posibilidad de que tuvieran relación con la conexión nerviosa divina establecida en mí. Se dio

varias veces en mí el sueño de que había reaparecido mi enfermedad nerviosa anterior, por lo cual, naturalmente, me sentí en el sueño tan desdichado, como feliz después de despertarme de que se hubiera tratado sólo de un sueño.

Y junto a estos sueños, la fantasía de ser mujer:

...Además, una vez, de mañana temprano, cuando estaba aún tendido en la cama (no recuerdo si semidormido o despierto ya), tuve una sensación que, al reflexionar después sobre ella en estado completo de vigilia, me impresionó de manera muy particular. Fue la representación de que tenía que ser muy grato ser una mujer que es sometida al coito. Esta representación era hasta tal punto ajena a toda mi manera de pensar y la hubiera rechazado, me atrevo a decirlo, con tal indignación de haber estado plenamente consciente, que no puedo descartar por completo, en razón de lo que en el ínterin he vivido, la posibilidad al menos de que hayan estado en juego influjos externos de alguna clase, para inspirarme tal representación.

Freud interpreta esta fantasía como la expresión del deseo homosexual de Schreber por Flechsig, es decir, como manifestación de su Edipo negativo: “Si ponemos a esos sueños y a esa representación fantaseada, que en Schreber son comunicados en la contigüidad más inmediata, también en un nexo de contenido, tenemos derecho a inferir que con el recuerdo de la enfermedad despertó también el del médico, y la postura femenina de la fantasía valía desde el comienzo para el médico”... “Un avance de libido homosexual fue entonces el ocasionamiento de esta afección”.

Nosotros dudamos que el deseo homosexual de Schreber —que existe indudablemente— se manifieste en esta fantasía. Pensamos más bien, que no se trata de una fantasía perversa homosexual puesto que no desea, siendo hombre, gozar como una mujer, sino convertirse en mujer y gozar como tal, en un

vínculo heterosexual.

Se trata, en realidad, de una fantasía transexual, pero tampoco es una fantasía transexual perversa, porque la emasculación, como ha señalado Daniel Gil ⁽⁷⁾, no supone una castración de sus genitales, sino que los conservará durante siglos:

... La emasculación se llevó a cabo de esta manera: los órganos sexuales (externos) masculinos (escroto y miembro viril) fueron retraídos hacia el interior del cuerpo, y mediante la simultánea reestructuración de los órganos sexuales internos, fueron transformados en los órganos femeninos correspondientes; se produjo tal vez durante un sueño de muchos siglos, porque era necesario que se sumara una modificación de la estructura ósea (pelvis, etcétera).

Estamos, por consiguiente, frente a una fantasía transexual psicótica, que sólo tiene vigencia en el delirio, porque a diferencia del transexual, no pretende hacerse la ablación de sus genitales y convertirse en mujer. Sólo se trata de una ficción delirante.

Con respecto a la homosexualidad de Schreber, conviene destacar que tampoco es perversa, sino igualmente psicótica, constituyendo la defensa, como señala Freud, del deseo homosexual perverso. Es vivida, como la fantasía transexual, como viniendo de afuera:

Los nervios femeninos o de voluptuosidad que para entonces habían penetrado masivamente en mi cuerpo no pudieron, por consiguiente, lograr ninguna influencia sobre mi conducta o manera de pensar durante un lapso de más de un año. Yo reprimí toda conmoción de ellos apelando a mi sentimiento viril del honor y al mismo tiempo mediante la santidad de las ideas religiosas que me dominaban casi del todo, y sólo advertí de veras la presencia de los nervios femeninos cuando los Rayos en ciertas ocasiones los pusieron artificialmente en

movimiento para provocar una tremenda excitación en ellos y “representarme” así como un hombre estremecido de angustia femenil.

Esta homosexualidad vivida en forma delirante, da origen, como enseñó Freud, a la paranoia con Flechsig.

Nosotros distinguimos, por consiguiente, la homosexualidad, que constituye uno de los posibles destinos de la libido sexual, del transexualismo psicótico, que consideramos como un destino de la libido narcisista, a pesar de su apariencia sexual.

Así como la homosexualidad se vincula con la paranoia, la fantasía transexual estaría relacionada con la desorganización parafrénica. Vemos a esta última dependiente de la identidad de sujeto y no de la identidad sexual.

Estuvo precedida de los sueños de reaparición de la primera enfermedad, y esta había sido vivida muy trágicamente por Schreber, deseando morir e intentando suicidarse. Podemos suponer entonces, que este anuncio de reaparición de la primera enfermedad reavivó las angustias de pérdida de la representación de sí vivida en aquella oportunidad, de modo que la fantasía transexual que sobrevino poco después y que Schreber pone en conexión con aquellos sueños, podemos concebirla como la primera manifestación de los intentos de reconstitución delirante de la identidad de sujeto.

Este punto de vista encuentra apoyo en las propias manifestaciones de Schreber:

A medida que este fenómeno (se refiere a la “voluptuosidad del alma “de carácter femenino) fue apareciendo cada vez más claramente con el correr del tiempo, Dios pudo tomar conciencia de que la emasculación no servía para

“dejar-me olvidado ‘ es decir, para liberarse del efecto de atracción de mis nervios. Se le ocurrió entonces el pensamiento de “mantenerme del lado masculino”, pero —si se lo mira a fondo, hipócritamente— no hacer nada para devolverme mi salud, y sí en cambio para trastornarme el entendimiento o tornarme idiota...

“Mantenerme del lado masculino” equivale a perder el entendimiento, de modo que la salud está identificada con el sexo femenino. La transformación en mujer aparece, pues, destinada a evitar la destrucción del “sí mismo”, a conservar la existencia. Ser mujer estaría en la línea de la recuperación narcisística del ser, un intento desesperado por restablecer su narcisismo tráfico.

¿Podríamos explicarnos en este mismo sentido el efecto notable que tenía en Schreber el tocar el piano?:

Mientras toco el piano se acalla la cháchara sin sentido de las voces que hablan conmigo.

La recuperación del investimento narcisístico con la madre a través de la música, restablecería transitoriamente el narcisismo tráfico, lo que provoca el cese de las alucinaciones.

Como hemos visto, Freud señaló la existencia en Schreber tanto de una paranoia como de una parafrenia, e indicó también que la paranoia había sido rebasada por la parafrenia, así como la combinación de ambas (*), pero no procuré distinguir en la sintomatología de Schreber estos dos aspectos, probablemente porque consideró que la patología de ambos era esencialmente la misma, es decir, de naturaleza sexual, y que sólo diferían por la mayor o menor antigüedad a los puntos de fijación del desarrollo libidinal sexual.

* Freud empleaba indistintamente la designación parafrenia o esquizofrenia. Según estos desarrollos que estamos proponiendo, podría considerarse la parafrenia como una combinación de paranoia y esquizofrenia.

A nosotros nos parece que se clarifican mucho las cosas si se diferencia la libido sexual de la libido narcisista. Tendríamos entonces dos clases de síntomas:

a) Dependientes de la parte esquizofrénica, adscritos a destinos de la libido narcisista. Esta parte ha perdido la identidad individual y su parte paranoica y vana busca recuperarla en el delirio que construye a punto de partida de la disolución de su yo en el mundo (yo-cuerpo).

b) Dependientes de la parte paranoica, adscritos a destinos de la libido sexual (*) que conservan la identidad individual, y por consiguiente las coordenadas espacio-temporales propias del yo individual (¹²). Por el contrario, en la parte esquizofrénica, se pierden estas coordenadas, a causa de las graves alteraciones producidas a nivel de su imagen corporal.

Según Schilder, el esquema corporal unifica las sensaciones procedentes de las diversas partes del cuerpo dándoles la vivencia de unidad del cuerpo, y estableciendo sus límites. Esto no ocurre “al principio, donde el cuerpo es a la vez sujeto y objeto y el mundo y el cuerpo se confunden”. Y también: “al principio, el límite entre mundo interno y mundo externo no existe”.

Pensamos que a este punto regresa la parte esquizofrénica de Schreber, a la condición de yo-cuerpo, al desestructurarse su esquema corporal.

Freud (⁶) enseñó que el yo es “primero y ante todo un yo corporal, no es solamente un ser de superficie, sino que es él mismo la proyección de su superficie”.

* No desconocemos la importancia del narcisismo en la paranoia, pero creemos, con Freud, que en esta afección la homosexualidad juega un papel determinante. Por otra parte, a pesar de su megalomanía, el paranoico conserva la integridad de su yo, a diferencia del esquizofrénico.

Entendemos esta conceptualización de Freud al modo como lo hace Koolhaas (10): el yo consciente sería un “ser de superficie”, y el yo corporal un “ser de profundidad”, en unión no discriminada con la madre, un yo oceánico, sin límites y sin tiempo, infinito y eterno.

Si la vinculación madre-niño es adecuada, se originarán identificaciones primarias normales que darán lugar finalmente a la constitución de una superficie corporal, cuya proyección es el yo consciente. Con él se adquieren las nociones de espacio y tiempo que caracterizan al “yo realidad definitivo”. (Freud).

En Schreber las identificaciones primarias han sido mal constituidas, de lo cual no tenemos ninguna duda, teniendo en cuenta la fantasía psicótica, de “los hombres hechos ala ligera”, con la cual Schreber expresaba muy certeramente su condición de un yo mal cohesionado narcisísticamente y, por consiguiente predispuesto a la regresión psicótica, hasta el nivel, pensamos nosotros, del yo corporal. Esta fantasía era proyectada en los demás, de modo que veía, “en cientos de ocasiones, cómo figuras humanas eran esbozadas durante un breve tiempo mediante un milagro divino para disolverse luego o disiparse; las voces que hablaban dentro de mi designaron estos fenómenos como “hombres hechos a la ligera”, que en parte habían muerto hacia mucho...”

No puede pedirse mejor descripción de la vivencia de muerte psíquica que acarrea un yo mal constituido narcisísticamente, cuando regresa a la condición de yo oceánico (yo-cuerpo). Es lo que Schreber llamaba “el almicidio”.

De esta situación “catastrófica”, Schreber emergía, merced a la “reconstrucción delirante” (Freud): se vuelve Dios. Recrea en sí mismo, en su delirio, el mito de Aristófanes, por el cual los seres primitivos habrían sido andróginos, es decir, compuestos de hombre y mujer, divididos por los dioses como castigo en dos mitades que se buscan mutuamente para volver a unirse y reconstituir la

unión original. El sexo es un castigo porque nos enfrenta a la insuficiencia.

Schreber supera esta insuficiencia en su delirio, con lo cual se constituye en Dios, dando origen, él solo, a una nueva raza de hombres. Detrás de esta fantasía está la fantasía de autoengendramiento: él es el principio y fin de todas las cosas, es decir, Dios.

Freud se planteó el problema de la alteración primaria en la psicosis, si consistiría en un proceso libidinal o en un proceso yoico, decidiéndose por lo primero, entendiendo que el trastorno en definitiva era de origen sexual, como en las neurosis y consistía en un desasimiento de la libido de los objetos. Pero el genio de Freud dejó abierta la puerta contraria, por la que procuramos transitar nosotros:

“No se puede desechar la posibilidad de que las perturbaciones libidinales ejerzan unos efectos de contra-golpe sobre las investiduras yoicas, como tampoco lo inverso, a saber, que alteraciones anormales en el interior del yo produzcan la perturbación secundaria o inducida de los procesos libidinales. Y aún es probable que procesos de esta índole constituyan el carácter diferenciador de la psicosis”. (Freud (³)).

Las alteraciones producidas a nivel del yo hacen que este pierda su imagen corporal, y esta pérdida conlleva, en definitiva, la pérdida de la piel como membrana limitante del cuerpo.

Una de las primeras manifestaciones de la alteración del esquema corporal es la pérdida de lo que Freud llamó el dispositivo protector antiestímulo.

...cada palabra que se pronuncia cerca de mí, dirigida a mí o a otra persona, cada paso de un ser humano que escucho, cada silbido de un tren, cada tiro de mortero que disparan los vapores en viaje de placer, etcétera, lo siento acompañado de un golpe aplicado en mi cabeza, que provoca en ella una sen-

sación más o menos dolorosa: más dolorosa cuando Dios se ha retirado a una distancia mayor; menos dolorosa cuando se encuentra en mayor proximidad.

Los fenómenos sobrenaturales, la presencia de los milagros, aparecidos en la segunda enfermedad, están condicionados en Schreber a esta desestructuración del esquema corporal.

...Que aquí se trate de una excitación, fundada en una acción milagrosa, de los nervios humanos pertinentes, es algo que no admite la menor duda, porque en cada oportunidad se presenta el fenómeno descrito anteriormente (capítulo VII y capítulo XV), consistente en que junto con las palabras pronunciadas siento al mismo tiempo un golpe aplicado contra mi cabeza, que tiene un efecto más o menos doloroso.

Los órganos sensoriales dejan de ser amortiguadores y se va borrando la distinción del adentro y el afuera, hasta desaparecer por completo en el delirio. No hay interior y exterior, hay continuidad no discriminada entre el adentro y el afuera. Por eso Schreber puede decir que habita los planetas y que vivirá miles de años.

Schreber ha perdido su continente propio, y sus contenidos van en busca de un continente que los albergue, que puede ser ya otro objeto, ya los mismos planetas funcionando como objeto-habitación. Pero a pesar de su fantasía de habitar los planetas, Schreber no podría evitar su sensación de desparramo que su parte paranoica proyectaba en otros objetos.

...Para mi atención particular parece haber sido designado un guardián, en quien creí reconocer, quizá por una semejanza casual, el ordenanza del Tribunal Supremo Provincial, que durante mis seis semanas de desempeño de mi cargo de Dresde solía traerme a mi casa las actas; como no he podido conocer su nombre, lo designé como el "Ordenanza del Tribunal Supremo". Por su-

puesto, (o considero, al igual que a todas las figuras humanas que vi, sólo como “hecho a la ligera”. No puedo ni aún ahora convencerme de que esa suposición haya sido errada, pues me parece, por ejemplo, recordar con precisión que vi más de una vez, en las claras mañanas de junio, a este “ordenanza del Tribunal Supremo”, que dormía en la misma habitación que yo en otra cama, consumirse completamente en la cama, es decir, desvanecerse progresivamente, de manera que su cama quedaba luego vacía, sin que yo hubiera advertido que se levantase y abriese la puerta para salir del cuarto. ()*

En otros momentos siente que su cuerpo terrestre se comunica directamente con los planetas.

No ignoro que una concepción según la cual habría que pensar a mi cuerpo, situado en nuestra Tierra, como ligado a otros astros mediante nervios expandidos, es casi imposible de concebir para los hombres, dada la enorme distancia de aquellos; sin embargo, me es imposible abrigar ninguna duda sobre la realidad objetiva del fenómeno, dadas las experiencias que he tenido diariamente en el curso de los últimos seis años.

El cuerpo que Schreber conocía antes de enfermar, era el cuerpo del esquema corporal estructurado, que ha unido las diversas sensaciones procedentes del cuerpo, y que, metapsicológicamente, se vincula con el narcisismo trófico; en cambio, el cuerpo de los milagros es aquel que ha perdido aquella unidad de lo diverso sensible y que nosotros vinculamos a la acción del narcisismo tanático.

...sólo puedo asegurar que casi ningún otro recuerdo de mi vida es para mí más seguro que los milagros referidos en este capítulo. ¿Qué puede haber más cierto para el hombre que lo que experimenta y siente en su propio cuerpo?

* Freud (5) ha sugerido que la investigación de la psicosis deberla comenzar por la alucinación negativa.

Y poco más adelante:

Con mucha frecuencia tuve la sensación —y tal sigue siendo aún ahora cotidianamente el caso con periódicas reiteraciones— de que toda la cubierta de mi cráneo se habla adelgazado durante un tiempo, y el proceso consistía a mi juicio en que el material óseo de mi cubierta craneana era transitoriamente pulverizado en parte por la acción destructora de los Rayos puros, especialmente mientras dormía. Que mediante todos estos procesos tenían que originarse sensaciones muy desagradables, es algo que resulta imaginable si se reflexiona que los Rayos —que de alguna manera están mecánicamente anclados en sus puntos de partida— constituyen todo un mundo, y se lanzaban desde todas partes hacia mi cabeza y trataban de desarticularla —como sucede en un descuartizamiento— o de hacerla astillas.

“La acción destructora” del narcisismo tanático en su cuerpo es atribuida por Schreber a los Rayos. Cuerpo descuartizado, desarticulado, hecho astillas. Los efectos del narcisismo tanático desestructurando el esquema corporal determinan que el yo pierda el gobierno del cuerpo y es esta pérdida de la autonomía del cuerpo propio junto a la confusión de lo interior y lo exterior, que Schreber vive como un fenómeno sobrenatural.

Para mi derrumbe espiritual fue particularmente decisiva una noche en la que tuve un número absolutamente desusado de poluciones (quizás media docena) esa sola noche.

A partir de entonces aparecieron las primeras indicaciones de un trato con fuerzas .sobrenaturales, es decir, de una conexión nerviosa que el profesor Flechsig mantuvo conmigo, de tal manera que hablaba a mis nervios sin estar presente personalmente.

La primera noticia que recibe Schreber del derrumbe de su yo, es a partir de la sensación de vaciamiento de su cuerpo, con motivo de unas poluciones. Concibe la existencia de Dios a partir de esta pérdida del gobierno del cuerpo propio, que considera efecto de una acción milagrosa. Lo comprueba, por ejemplo, en “el milagro de la orientación de la mirada”. Si él no dirige la mirada, es Dios quien la dirige. Y adquiere también la certidumbre de que Dios puede leer sus pensamientos, puesto que sabe, en cada momento, dirigir su mirada para encontrar al objeto buscado:

Acerca de la objetividad de este proceso (se refiere al milagro de la orientación de la mirada) no tengo yo, después de su repetición por millares de veces, la más mínima duda, puesto que yo, por propio impulso, seguramente no consideraría merecedoras de una atención especial a cualquier mosca, cualquier avispa y cualquier mariposa, etcétera, que apareciese cerca de mí. Se me creerá si digo que yo tengo conciencia de si mis ojos son, por así decirlo, girados de la manera dicha hacia cualesquiera objetos para mí y en sí indiferentes, o si yo los dirijo libremente hacia algún punto de mi ambiente.

Y en una nota al pie de página:

Hago, por ejemplo, cada día, la comprobación de que, cuando busco entre mis libros algún libro en particular o entre mis notas una libreta en particular o cualquier objeto pequeño (una aguja, el cortador de cigarros o algo semejante) que por su pequeñez el hombre no habría advertido en ese momento, mi mirada es dirigida mediante un milagro (el girar 105 ojos) hacia el objeto buscado. Este fenómeno, de cuya objetividad me es imposible dudar, es a mi entender de la más alta importancia fundamental para el conocimiento de las cualidades y fuerzas divinas. Surge de aquí, primero, que los Rayos (cosa que también, por lo demás, es para mí indudable por miles de razones) pueden leer mis

pensamientos (puesto que de otra manera no podrían saber qué es lo que en ese momento estoy buscando) y, segundo, que en cada oportunidad saben dónde se encuentra el objeto buscado.

Schreber establece una conexión directa entre su sensación corporal de vaciamiento y la aparición de las alucinaciones, ya que ambas son motivadas por la pérdida de los límites corporales. Ha perdido la noción de espacio en que se mueve el yo individual (*). En este sentido, podríamos considerar a las alucinaciones como la consecuencia de esta pérdida del espacio propio del yo individual. Los pensamientos propios son sentidos entonces como voces que vienen del exterior.

¿Pero cómo es posible hablar de un interior y un exterior, si cuerpo y mundo exterior aparecen indiscriminados? Nos parece que esta dificultad puede allanarse, si tomamos en cuenta que Schreber no es únicamente un esquizofrénico, sino también un paranoico y que conserva además, como todo psicótico, una parte sana (**).

Tanto esa parte, como la paranoica, conservan la coordenada espacial propia del yo individual y, por consiguiente, la distinción del adentro y el afuera. Podemos suponer, entonces, que lo que aparece como espacio indiscriminado para la parte esquizofrénica es vivido por la parte paranoica —o la sana— como espacios confundidos o interpenetrados. Entonces Schreber habla, por su parte paranoica, que observa a la parte esquizofrénica, como silo interior haya pasado a ser exterior, y lo exterior interior, cuando en realidad se trata, para la parte esquizofrénica, de un borramiento de la distinción cuerpo-mundo exterior.

* Hippolitte (9) señala, como característica de la enajenación, esta pérdida de las distinciones del adentro y el afuera.

** Freud (4) señaló la existencia de una parte sana en la psicosis, punto de vista desarrollado posteriormente por Bion.

El sujeto y sus personajes, sus representaciones, pasan a sustituir los personajes del mundo exterior:

Al jardín del hospital, el parque anteriormente mencionado, fui una sola vez, y por cierto el día de mi llegada, para un paseo de alrededor de una hora; vi en él algunas damas, entre ellas a la esposa del pastor W., de Fr. y a mi propia madre, como también algunos señores, entre los cuales estaba el camarista del Tribunal Supremo Provincial K., de Dresde, pero este último tenía una cabeza agrandada de una manera deforme. A un que quisiera ahora persuadirme de que fui engañado sólo por semejanzas pasajeras en la apariencia exterior, esto no me basta para explicarme las impresiones que entonces recibí, puesto que podría encontrarlo comprensible en dos O tres casos, pero no así el que, como surgirá de lo que Sigue, casi toda la población de pacientes del hospital, esto es, varias docenas de hombres por lo menos, llevara el sello de personalidades que habían estado más o menos cerca de mí en mi vida.

Y también el exterior pasa a ser interior, de modo que “hombrecillos” se pasan por su cabeza como si se tratase de un parque:

Otros “hombrecillos” se reunían en esa época en mi cabeza, casi siempre en gran número. Entonces se los designó con el nombre de “diablillos”. Estos iban formalmente a pasear por mi cabeza, corriendo curiosos a cualquier parte donde hubiera algo nuevo que ver en materia de perturbaciones provocadas en mi cabeza mediante milagros...

Si esto fuera así, podríamos formular de otro modo la famosa fórmula de Freud: “lo cancelado adentro retorna desde afuera”. La “catástrofe interior” sería el derrumbe del esquema corporal con sus coordenadas espacio-temporales: no habría cancelamiento interno y retorno desde afuera, sino disolución del sujeto en el mundo.

Para explicar estos fenómenos “milagrosos” sobrevenidos a nivel de su cuerpo, Schreber construyó la teoría de un trato directo con los nervios divinos o Rayos y concibió a estos como “desprendidos de la totalidad de la Masa”, de modo que la desestructuración de su esquema corporal fue proyectada en Dios por su parte paranoica. Muy certeramente Schreber homologa esta desestructuración al fin de su “existencia independiente” y, por consiguiente, a su muerte psíquica. Para evitar esta terrible situación no le queda otro camino que su transformación en mujer:

Para la misma ¿poca en que llegué a tener la concepción modificada de ¡as cosas expuesta precedentemente, se produjo —y en verdad por las mismas razones— un vuelco esencial en la situación del cielo. La disolución en mi cuerpo de los Rayos (nervios divinos desprendidos de la totalidad de la masa) provocada por la fuerza de atracción significaba para los nervios en cuestión el fin de su existencia independiente, y por lo tanto algo semejante a lo que, para ¡Os hombres, es la muerte. Por eso era perfectamente inteligible que Dios pusiera en juego todos los recursos para evitar el infortunio de extinguirse en mi cuerpo a través de nuevas partes de la masa total, para lo cual no se tuvo ninguna clase de escrúpulos en cuanto a los medios. La fuerza de atracción perdió su carácter terrible para los nervios en cuestión, cuando y en la medida en que al entrar en mi cuerpo se encontraron con el sentimiento de la voluptuosidad del alma, de la que ellos participaban.

De manera que la transformación en mujer le significó restablecer parcialmente su esquema corporal lo cual trajo aparejado un gran alivio de la angustia.

He creado en mí, por medio de la práctica de la voluptuosidad en el sen ti- do mencionado anteriormente, un estado corporal tolerable o hasta un bienes- tar sensible que lo rebasa.

Pero este restablecimiento parcial era seguido de un nuevo movimiento de desestructuración:

Pero, de todas maneras, el sentimiento de la voluptuosidad del alma no se daba siempre en mi cuerpo con intensidad equivalente.

Y más adelante:

...los gritos de “¡Socorro!” de la totalidad de la masa de nervios divinos que se siguen desprendiendo, resuenan con tanta mayor claridad cuanto a mayor distancia se ha retirado Dios de mí y cuanto mayor es, por consiguiente, el camino que estos nervios, que manifiestamente se encuentran en algún estado de angustia, tienen que recorrer.

Todos estos fenómenos se repiten cientos de veces cada día y han sido percibidos, consiguientemente, por mí en el transcurso de los años cientos, si no miles, de veces con perfecta regularidad.

Los gritos de “¡socorro!” de los nervios divinos son la réplica especular de los aullidos de Schreber, ligados a la desestructuración de su imagen corporal:

...en mi persona, la aparición del milagro ululatorio, por el cual aquellos de mis músculos que sirven para los procesos respiratorios son puestos en movimiento por el Dios inferior (Arimán), de manera tal que me veo obligado a emitir aullidos,...

Esta fluctuación entre movimientos de estructuración y movimientos de desestructuración de su esquema corporal son atribuidos por Schreber a movimientos de acercamiento y alejamiento de Dios con respecto a su persona:

...no bien Dios se retira a una distancia excesiva, suscita una sensación

sumamente desagradable y que puede estar unida —tal es por lo menos el sentimiento que yo tengo— con la sustracción de una parte de la sustancia ósea de la cubierta de mi cráneo.

Y pocas líneas más adelante:

Pero siempre subsiste el hecho fundamental, a saber, el intento, aparentemente irresistible para Dios, de retirarse no bien se deja de hallar en mi cuerpo la voluptuosidad del alma o no puede reconocerse en mi lenguaje y mi actividad la prueba directa de la existencia de un hombre en plena posesión de sus fuerzas espirituales.

Y finalmente:

No hay que imaginarse a Dios como un ser limitado espacialmente por los límites de un cuerpo, como el hombre, sino como una pluralidad en la unidad o una unidad en la pluralidad.

Nos parece que Schreber no sólo vuelve aquí a mostrar que proyecta en Dios la pérdida de sus límites corporales, en tanto esquizofrénico, sino que también nos da, en forma sintética, una magnífica descripción de su cuadro patológico, ya que la unidad correspondería a su parte sana y paranoica, y la pluralidad a su parte esquizofrénica.

Serían estas modificaciones a nivel de su imagen corporal, es decir, las modificaciones a nivel de la estructura, las que suministrarían básicamente los contenidos del delirio. (*)

Para facilitar la comprensión de las ideas expuestas en este trabajo, adjuntamos el esquema de la página 69.

* Por supuesto, esto no significa desconocer, como se ha sostenido, la participación en el delirio de las prácticas torturantes infligidas por el padre.

THE EGO-BODY AND PSYCHOSIS WITH REGARD TO SCHREBER

For several years have studied psychoses starting our from the hypothesis that they come about from specific narcissistic disorders.

Thus we have found it useful to differentiate the narcissistic libido from the sexual libido. We believe that the primary disorders are produced at the ego level and not at the object level, as Freud thought; and WC attribute such disorders to a pathology of primary identifications.

With this pathology later on the ego makes a regression to the ego-body condition,
i.e. an “oceanic” ego without any spatio-temporary limits. This occurs at the level of the psychotic’s schizophrenic part.

As we believe we have demonstrated concerning the Schreber case, al the side of the schizophrenic part there exists *a* paranoic part, which, contrary co the first one, keeps the bodily scheme with its spatial-temporary coordinates.

The disorders at the level of the schizophrenic part, once the bodily scheme disintegrates, provide the material for raving (delirium) which the paranoic *and the healthy part of’ the individual interpret and project, leading co paraphrenic raving.*

BIBLIOGRAFIA

- 1) **BAUMEYER, F.** Citado por P.C. Racamier y Chasseguet-Smirgel. *El caso Schreber. Imago 9. Delirios.*
- 2) **BRUM, José L.** *El cuerpo en el transexual.* Revista Uruguaya de Psicoanálisis - 61.
- 3) **FREUD, S.** *Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber).* Tomo XII. Amorrortu Editores.
- 4) **FREUD, S.** *Introducción del Narcisismo (1914).* Tomo XIV. Amorrortu Editores.
- 5) **FREUD, S.** *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños (1917-15)* Tomo XIV. Amorrortu Editores.
- 6) **FREUD, S** *El yo y el ello (1923).* Tomo XIX. Amorrortu Editores.
- 7) **GIL, Daniel.** *Muerte o emasculación. ¿Una alternativa schreberiana?* Jornada sobre el Yo. Publicación interna de la A.P.U. 1982.
- 8) **GIL, Daniel y SCHKOLNIK, Fmny.** *Algunas reflexiones a propósito del yo en Schreber.* Jornada sobre el Yo. Publicación interna de la A.P.U. 1982.
- 9) **HYPPOLITE, Jean.** *Comentario hablado sobre la Verneinung de Freud (1954).*
Escritos 11. Jacques Lacan.
- 10) **KOOLHAAS, G.** *La humanización del esquema corporal.* Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Tomo III. Núm. 4, 1960.
- 11) **Mc DOUGALL, Joyce.** *Alegato por cierta anormalidad.* Ediciones Petrel.

12) **SCHOPENHAUER, Arturo.** *El mundo como voluntad y como representación.* Editorial España Moderna. Madrid.

**ACERCA DEL
CONCEPTO
DE CURACION**
Fanny Schkolnik

**¿PODEMOS HABLAR DE CURACION
EN PSICOANALISIS?**

Tropezamos de entrada con una primera dificultad terminológica. La idea de curación —en tanto proviene de la medicina— evoca la noción de la desaparición de lo enfermo o del borramiento de los síntomas y no es este el camino que nos permite entender el objetivo del psicoanálisis, aunque eventualmente los síntomas puedan desaparecer como resultado de la tarea.

Recurriendo a la etimología⁽⁵⁾, surgen dos vertientes en relación a la palabra curación. Por un lado, remite a cura, que en latín quiere decir cuidado, solicitud. Por esta vertiente, la palabra nos lleva tanto a la tarea del párroco como a la del médico. La otra vertiente corresponde al término curioso (curiosus) que significa cuidadoso, pero también, ávido de saber. Pienso que esta vinculación con el saber es esencial para el concepto de curación en psicoanálisis, aunque no deje de estar presente también —en alguna medida— el otro aspecto de cuidado más propio de la curación médica.

Pero también, el análisis implica algo del orden del cambio, y la curación entendida como proceso se relaciona precisamente con esos cambios que se dan a lo largo de todo el trabajo del análisis y no

específicamente, en forma puntual, al final del tratamiento, marcando pautas para la terminación del mismo. Es importante discriminar entonces el proceso de curación, de la terminación del tratamiento.

Al ubicar al psicoanálisis como un procedimiento curativo le damos al cambio que se produce en el analizando una cualidad particular que importa destacar. Y es que se trata de un cambio vinculado y movido por la necesidad que tiene el paciente de superar dificultades que, de una u otra manera, lo hacen sufrir, aunque las formas en que se expresa ese sufrimiento pueden ser muy distintas, pudiendo incluso no aparecer como tal en la conciencia del paciente.

Por otra parte, algunas ideas que se manejan actualmente en filosofía de 70 la ciencia se basan en una concepción esencialmente dinámica de la curación que se aproxima mucho a lo que se da en el proceso de análisis. Canguilhem⁽⁴⁾ plantea que ya no se piensa en la curación como restitución o restablecimiento de un estado anterior, desarrollo que pertenecía a la postura mecanicista de la termodinámica clásica. Y es que con la segunda ley de la termodinámica, que postula la irreversibilidad y la no vuelta a un estado anterior de la materia, se produce un vuelco radical en cuanto a la forma en que se pensarán muchos problemas en el ámbito de las ciencias.

Un aporte muy interesante, en este sentido, que constituye uno de los desarrollos más recientes de la termodinámica, es la concepción de los sistemas disipativos, por la cual Prigogine obtuvo el Premio Nobel 1977 (20). Estos sistemas disipativos se refieren a los fenómenos de fluctuación que se dan dentro de una única fase de la materia. La fluctuación constituye una actividad intrínseca del sistema, que lo desestabiliza, promoviendo un nuevo orden espacial y temporal y determinando así una innovación. Si bien estos sistemas fueron estudiados primeramente en química, se aplicaron luego a la fisiología, óptica cuántica, electricidad, ecología y sociología. Con este aporte, podríamos pensar la curación en psicoanálisis en relación a las posibilidades que habría en

el paciente, de desestabilización y fluctuación, que permitirían acceder, mediante el tratamiento, a la innovación y el cambio.

Estos nuevos conceptos hacen que también en el ámbito de la medicina actual, salud y curación se vinculen al cambio y a una forma distinta de relación consigo mismo y con el mundo. La salud se entiende como un estado de equilibrio dinámico inestable. El organismo se concibe en una constante interacción con el medio, quedando atrás la *noción de homeostasis apoyada en el* concepto de un organismo sujeto a una economía cerrada.

Sin embargo, creo que se mantiene la diferencia entre el concepto de curación en medicina y en psicoanálisis, en función de los objetivos que se plantea cada una de estas disciplinas. Mientras la medicina apunta directamente a lograr un nuevo equilibrio dinámico que lleve a un mayor bienestar, el psicoanálisis tiene por objetivo el conocimiento del inconsciente, en el entendido que esto traerá por consecuencia una nueva relación consigo mismo y con el mundo. El conocimiento de sí y las posibilidades de un mayor disfrute y vinculación con el mundo, se entrelazan de tal forma que no pueden ser pensados separadamente y están en la base de las peculiaridades del proceso de curación psicoanalítico.

El papel relevante que, como vemos, tiene el conocimiento (conocimiento de sí, conocimiento del propio inconsciente), nos aproxima a otro concepto al que se vincula la noción de curación en psicoanálisis; es el concepto de aprendizaje. Podríamos compartir la idea de Bion(1), de que el análisis es una experiencia de aprendizaje (el paciente está “aprendiendo de la experiencia”). Pero importa subrayar que se trata de un aprendizaje muy particular, es un aprendizaje acerca de sí mismo que implica un cambio estructural. No es lo mismo psicoanalizarse que aprender psicoanálisis. Sin embargo, en este sentido, también el problema es complejo.

En discusiones acerca de la formación psicoanalítica en la Sociedad Psicoanalítica de París(13), Favreau introdujo el término de transmisión, que por ser etimológicamente vecino al de transferencia daba cuenta de la proximidad entre la experiencia de formación y el análisis personal. De ahí que el aprendizaje del psicoanálisis no pueda hacerse independientemente del propio análisis.

Todo esto me lleva a pensar que el concepto de curación en psicoanálisis tiene puntos de contacto, pero no coincide estrictamente, con la noción de curación en medicina ni con el aprendizaje.

LA ZONA DE CRUCE

Si intentamos pensar en qué consiste ese cambio peculiar que llamamos curación y que se da cuando alguien hace lo que podríamos calificar como una buena experiencia de análisis, tendríamos que plantear el problema de distintas maneras según el marco teórico con que lo abordemos. En una primera aproximación, tanto la técnica como los objetivos del análisis aparecen como muy diferentes, en función de las distintas teorías. No cabe duda que hay un nivel en el cual se manejan conceptos diferentes o que un mismo concepto se plantea en registros netamente distintos. En este sentido resulta muy útil la noción de incommensurabilidad con la que han pensado este problema M. Nieto y col. (9).

Pero teniendo en cuenta que los pacientes se benefician del tratamiento, más allá de teorías y técnicas diferentes, tal vez se pueda postular algo así como una zona de cruce por la que, en alguna medida, pasan todas ellas. E. Zetzel⁽²⁴⁾ dice que “un paciente con capacidad de analizarse, que esté con un analista capacitado, trabajará bien, ya sea que el diván esté en Nueva York, en Londres o en Buenos Aires

La hipótesis de una zona de cruce surge entonces como una necesidad para explicar algo que pasa en la experiencia clínica y que desde las distintas teorías puede pensarse de diferentes formas. La validez epistemológica de la zona de

cruce podría estar dada, precisamente, por el hecho de que todas ellas estudian el mismo campo de fenómenos.

En cuanto *a* los contenidos de la zona de cruce, pienso que serían: fundamentalmente, todo lo que se refiere a los objetivos del tratamiento (un mayor conocimiento de sí a través de la experiencia de análisis), y por otro lado, algunos pilares de la técnica que se mantienen más allá de escuelas diferentes (asociación libre, transferencia, regla de abstinencia). Para discutir mejor este punto pienso que vale la pena recordar los diferentes desarrollos teóricos *que* se han hecho acerca de la curación desde las distintas escuelas.

LA CONCEPCION FREUDIANA

Las ideas de Freud acerca de la cura se van modificando paralelamente a los cambios que hace en la teoría y en la técnica a lo largo de su vida. En los primeros tiempos, como muy bien lo muestra Widlocher^{23~}, lo que está en la base es la ecuación fundamental síntoma-recuerdo. El tratamiento apunta a la recuperación de los recuerdos para borrar los síntomas. En esa época el concepto de trauma es esencial. Lo patógeno está vinculado al afecto no abreaccionado ni ligado a la cadena asociativa que sobreinvierte determinadas representaciones. Son estas representaciones patógenas las que se descargan a través de la palabra dejando de ser mera repetición en el síntoma para transformarse en recuerdo.

En un trabajo anterior²²⁾ me referí al proceso del análisis como un movimiento de la reminiscencia a la rememoración. Los síntomas serían reminiscencias (retorno en acto de lo patógeno) y para que cese su efecto patógeno tienen que deslizarse *a* la rememoración a través de la palabra. Esta forma de plantear el problema responde *a* lo que se desprende fundamentalmente de los

primeros textos freudianos, en particular, “Estudios sobre la histeria”.(8)

Pocos años después, aunque sin renunciar al valor patógeno que tendrían ciertos acontecimientos infantiles como hechos traumáticos determinantes de los síntomas, Freud descubre la importancia de las fantasías. Con la comprensión del papel que estas tienen en tanto expresión de los deseos inconscientes, marcados por la pulsión, la dirección de la cura se ubica de otra manera. El psicoanálisis lleva al paciente a saber del conflicto entre sus deseos inconscientes y conscientes. Mejor dicho, lo lleva a saber de sus deseos inconscientes y así quedar enfrentado al conflicto que ellos le provocan.

Podríamos decir que lo que en los primeros años está centrado en recordar acontecimientos posteriormente pasa a ser saber acerca de sus deseos inconscientes que están esencialmente intrincados con la historia infantil.

Los deseos tiñen de alguna manera los acontecimientos con los colores que le impone la pulsión. Todos sabemos que Freud nunca abandona la idea de la importancia de los acontecimientos infantiles (basta recordar su preocupación por este tema en “El hombre de los lobos”)(10), pero con la jerarquización del deseo inconsciente la concepción de la cura cambia en forma importante. La meta del análisis sigue siendo que el paciente pueda llegar a conocer la propia historia sin las lagunas impuestas por la represión. Pero llenar las lagunas de la memoria no es sólo conocer los acontecimientos infantiles olvidados, es también conocer los deseos inconscientes vinculados a la sexualidad infantil, estrechamente ligados a dichos acontecimientos de la infancia. Y esa historia no viene sólo en forma de recuerdos. Aparece también con los síntomas, fantasías, operaciones fallidas y en algo que se va destacando cada vez más como un instrumento clave de la cura: la transferencia.

En los trabajos sobre técnica Freud desarrolla la noción de neurosis de transferencia como una neurosis artificial que permite el desprendimiento de las

catexis de los objetos infantiles para investir entonces al analista. El posterior desprendimiento del analista permitirá al paciente abordar una solución diferente buscando objetos de satisfacción aceptables para el yo. Las consecuencias serán una mayor capacidad de goce y creatividad.

Con la segunda tónica, la conceptualización de la cura se basa en la transformación de las relaciones entre ello, yo y superyó. Hay que fortalecer al yo debilitado para que pueda enfrentar de otra manera las exigencias de ello, el superyó y el mundo exterior. El yo se fortalece en base al mayor conocimiento que adquiere de lo que procede de las otras instancias.

En la postura de los últimos años, que aparece en “Análisis terminable e interminable” (11), el cambio promovido por el análisis queda ligado a una rectificación con posterioridad del proceso represivo originario en la medida en que puedan constituirse diques más adecuados para tolerar las oleadas de acrecentamiento pulsional. Pero el logro de estos resultados quedará supeditado en gran medida a las resistencias.

En este mismo texto, Freud habla de una “roca de base”, algo esencialmente inmodificable, de lo cual persistirán siempre restos, a pesar del tratamiento, y que estaría en última instancia en relación con lo biológico. Sería entonces en lo biológico que estarían los límites del conocimiento de sí y las posibilidades del propio método psicoanalítico.

LA ESCUELA KLEINIANA

El punto de partida de Klein es esencialmente distinto del de Freud, en tanto el acento está puesto en la posibilidad de reducir y modificar las ansieda-

des persecutorias y depresivas a través del análisis. Sólo si estas ansiedades no son excesivas se desarrollan libremente la capacidad de amor y las relaciones objetales. En un trabajo sobre transferencia⁽¹⁵⁾ Klein jerarquiza la importancia del análisis de la transferencia negativa tanto como de la positiva. Es a consecuencia de que dichas ansiedades son revividas en la transferencia que las ansiedades terroríficas tempranas sufren un cambio esencial en la mente del paciente. El fuerte clivaje entre las figuras idealizadas y persecutorias disminuye y las pulsiones libidinales y agresivas se acercan. El odio es mitigado por el amor. La curación implica entonces una mayor integración del yo por disminución de los clivajes originados en la infancia.

Por otra parte H. Segal⁽²¹⁾ al hablar de curación, pone el acento en el insight como elemento terapéutico esencial del psicoanálisis. El insight que implica la posibilidad de conocimiento del propio inconsciente sólo puede experimentarse en la relación transferencial. Es terapéutico porque conduce a la recuperación de partes escindidas del yo permitiendo así un desarrollo normal de la personalidad. La reintegración del yo va acompañada de una percepción más correcta de la realidad. El conocimiento reemplaza a la omnipotencia y por lo tanto capacita a la persona para manejar sus propios sentimientos y su relación con el mundo exterior de un modo más realista. Curar, para esta misma autora, significa devolver al paciente el acceso a los recursos de su propia personalidad incluyendo la posibilidad de evaluar correctamente la realidad externa e interna así como establecer mejores relaciones de objeto.

Bion comparte esencialmente los conceptos de Klein en relación a la cura, pero entre sus interesantes aportes, me parece importante lo que plantea en relación al vínculo K (conocer) la transformación de K en O, que estaría en la base del cambio, el crecimiento y el insight⁽²⁾. El O representa lo incognoscible, lo desconocido, la cosa en sí misma. El paciente lograría —a través del análisis— entrar en contacto con su realidad psíquica, más allá de saber acerca de ella. La

transformación en O sería algo así como “ser lo que se es”. Sólo cuando se da la transformación del saber acerca de sí a “ser” ese algo, habría un efecto de cambio y maduración. La brecha entre conocer los fenómenos y ser realidad se asemeja, para este autor, a la brecha entre conocer sobre psicoanálisis y psicoanalizarse.

Meltzer piensa que toda la psicopatología podría plantearse como una consecuencia del autoengaño. El análisis apuntaría a modificar la historia, que en un comienzo está compuesta por memoria y mitología familiar, por otra historia. Otra, no necesariamente porque hayan surgido hechos distintos, sino porque el sentido de los acontecimientos y la actitud del paciente hacia ellos es diferente.

Continuando la línea de reflexión de los post-kleinianos, Bleger⁽³⁾ plantea que la curación en psicoanálisis tiene objetivos mayéuticos, en el sentido de que promueve una mayor síntesis del yo, con mayor capacidad de sublimación y mejor funcionamiento de los clivajes en relación a los aspectos no discriminados. Menciona también otro tipo de curación, por depositación o por efectos transferenciales que, si bien puede resultar de utilidad en ciertos casos, no podría ser considerada una curación psicoanalítica propiamente dicha.

EL PLANTEO DE LACAN

La cura vendría por añadidura y no constituye el objetivo específico del análisis. ¿Cómo pensar entonces el cambio que se da en el paciente, a propósito de la experiencia del análisis? Hay un concepto central en la teorización de Lacan que puede servir de punto de referencia para plantearnos el problema. Me refiero a los tres registros: lo real, lo imaginario y lo simbólico. Los cambios que surgen con el análisis, se vinculan a la posibilidad de que el sujeto acceda a lo simbólico y aunque estará siempre moviéndose en los tres registros, escapará —en alguna medida— de estar alienado en lo imaginario o perdido en lo real

(16).

A través de la palabra y en la transferencia, va en busca de su historia. Pero más que una reconstrucción —como postula Freud— es una verdadera construcción de la historia, dado que es recién en la transferencia que la palabra permite nombrar el deseo y darle existencia como tal. No se trata entonces de encontrar algo que ya estaba, aunque no disponible para el sujeto. Se trata de crear una historia que permitirá al sujeto inscribirse en lo simbólico. Curarse sería entonces poder estar inscripto en una red de significantes, escapar al desconocimiento alienante y patógeno, quedando inserto en el mundo de la cultura, con la aceptación de los límites que eso implica. O para decirlo de otra manera, es tener una mejor relación con la finitud y la falta.

La situación analítica, es una demanda de amor al Otro puesta en acto en la transferencia. Y es precisamente en esa situación de transferencia que la palabra se hace acto y produce los efectos propios del psicoanálisis. Para Lacan —como para Freud— la transferencia es repetición, alrededor del analista, de una situación de infancia. Es puesta en acto de la realidad del inconsciente (17).

El amor de transferencia constituye una situación que implica un cierre y al mismo tiempo una apertura para el inconsciente. El que da lugar *a* la transferencia es el sujeto supuesto saber y lo que se repite es precisamente una demanda de amor dirigida hacia un sujeto que supuestamente sabe. El analista, en tanto sujeto supuesto saber, es alguien que tendría que dar lo que no tiene. En tanto no accede *a la* demanda del paciente, da lugar *a* la emergencia del deseo y la palabra del analizado, fijada en síntoma, adviene al discurso como significante presente. Así es como surge en el discurso y en la conciencia la verdad del inconsciente. Sólo a través del amor de transferencia puede producirse un cambio estructural. Al no ser seducido por la demanda del paciente el analista le

abre las posibilidades para la sublimación, que implica el acceso a la palabra verdadera y la identificación con el padre simbólico⁽³⁴⁾.

En este movimiento, la relación con el analista ha sufrido una transformación capital: desde la identificación con el padre imaginario, *a* quien se dirige la demanda de amor, a la identificación simbólica, en la cual emerge el deseo del sujeto que —enfrentado a la castración— puede asumir la función del padre real, representante de la Ley.

ZONA DE CRUCE Y CONOCIMIENTO DE SI

A través de este breve recorrido por las distintas teorías, parece quedar en evidencia que el objetivo del análisis sigue siendo el conocimiento del inconsciente y que ha desarrollado una técnica para alcanzar estos fines. La curación tendría que ver entonces con los cambios en relación consigo mismo y con el mundo que surgen precisamente de ese mejor conocimiento de sí.

Nos esperan nuevas oscuridades. ¿A qué llamamos conocimiento de sí? Por un lado nos preguntamos qué tipo de conocimiento es este que nos conecta con lo inconsciente, si el inconsciente en sí mismo es una inferencia, incognoscible en su naturaleza real. Y por otro lado, ¿qué entendemos por conocimiento?

En cuanto *a* la noción de conocimiento, me ha parecido útil apoyarme en la descripción fenomenológica que surge de la filosofía (7). Conocer es el acto por el cual un sujeto aprehende un objeto, que a partir de ese momento pasa a estar —de alguna manera— en el sujeto. Pero ¿cómo está? No está ni física ni metafísicamente sino que está representado. Es decir que el conocimiento implica la posibilidad de representar al objeto.

Si volvemos a pensar en lo que llamábamos conocimiento de sí, vemos que en este caso el objeto es lo que del propio sujeto permanece desconocido (por inconsciente), que con el proceso del análisis podría llegar, en alguna medida, a ser aprehendido-representado. Sin embargo, creo que en este caso el conocimiento desborda el plano de la representación, que le daría el carácter de un proceso esencialmente intelectual. El conocimiento que se adquiere a través del propio análisis, se da en la situación analítica y en la transferencia, donde se ponen en juego algo del ser y de la vivencia. Interpretación y transferencia constituyen un motor que determina la dinámica del proceso de curación, permitiendo un procesamiento en el cual se intrincan representación y afecto.

Cuando trataba de precisar mejor este concepto, me encontré con un trabajo de Etchegoyen (6) que hace un estudio sobre el concepto de insight en el cual plantea una propuesta que me pareció interesante. Habla de dos tipos de insight: descriptivo y ostensivo. El descriptivo correspondería a los momentos de descubrimiento en el paciente, que corresponden a un conocimiento verbal que va de palabra a palabra. En cambio, el insight ostensivo sería aquel por el cual el paciente se siente de pronto en contacto directo con una determinada situación psicológica. Mientras que el primero sería un insight intelectual, el ostensivo sería esencialmente emocional. El proceso de re-elaboración, descrito por Freud en 1914, podría ser pensado entonces como un movimiento en dos tiempos: del insight descriptivo al ostensivo en un primer tiempo y del ostensivo al descriptivo en el segundo. Si se da solamente el insight ostensivo, el proceso queda solo en el plano de la abreacción y no lleva a la integración.

Creo que este planteo de Etchegoyen ayuda a entender mejor el camino por el cual se llega a este conocimiento de sí, que surge de una complementación entre lo intelectual y lo afectivo. Pero en cuanto al conocimiento en sí mismo surgen nuevos interrogantes. Lo que se conoce, lo que en la conciencia aparece

como forma de representar el inconsciente, ¿no será distinto según la teoría que esté presente en el tratamiento analítico? Y este, sí, es un problema difícil de desentrañar.

Para Freud, lo que se puede llegar a conocer procede de lo reprimido y está esencialmente vinculado a la sexualidad. Se trata de conocer acontecimientos y deseos vinculados a la sexualidad infantil que sufrieron la represión. Esto a su vez determinaría cambios entre instancias y con el mundo externo.

Para Klein, el análisis permite acceder al mundo interno del paciente, con sus objetos, deseos y ansiedades. La disminución de los clivajes permite una mejor integración del yo y eso a su vez permite el mejor conocimiento del inconsciente. El conocimiento aparecería entonces como una consecuencia de la disminución de los clivajes.

Para Lacan, lo que se llega a saber con el análisis se vincula con los límites y la castración. Se trata de saber acerca de la finitud y la falta, permitiendo el acceso del sujeto a lo simbólico. El conocimiento implicaría un saber acerca de los propios límites.

Me he puesto a pensar por ejemplo en el historial de Dora (⁹), tal como fue planteado por Freud y cómo podría ser pensado por Klein y Lacan, en cuanto a lo que se hubiera esperado que Dora llegara a conocer.

En el marco de la concepción freudiana, lo que Dora tendría que haber llegado a conocer (hacer consciente), sería: por un lado, el deseo incestuoso por el padre y la venganza por no haber sido satisfecha en ese deseo. Esto mismo vuelve a reeditarse en relación con el Sr. K. y con Freud (transferencia). Y por Otro lado, el amor homosexual por la Sra. K.

La aproximación al historial que puede hacerse desde Klein, tal como se

propone H. Garbarino(12), llevaría a pensar que Dora tendría que haber recorrido un camino que le permitiera hacer insight de los deseos y ansiedades propios del Edipo temprano. Junto a los deseos orales y genitales por el pene del padre, estaría el ataque envidioso al cuerpo de la madre. Es precisamente la culpa persecutoria por los ataques a la madre que obstaculiza el desarrollo del Edipo positivo. El fracaso en la posición femenina se vincula a la imposibilidad de reparar a su madre por no poder salir de la posición esquizoparanoide.

En el comentario que hace Lacan de este historial (18) jerarquiza lo que él llama inversiones dialécticas, como pasos esenciales para el desarrollo de la verdad. La primera inversión *dialéctica* apunta a mostrarle a Dora su parte en el conflicto, su complicidad en la relación del padre con la Sra. K. La segunda inversión es la que muestra el interés por la Sra. K. que se esconde tras sus celos. Y la tercera, es la que permite ver qué es la Sra. K. para Dora. No es un individuo sino un misterio, el misterio de su propia feminidad, que ella no puede alcanzar en tanto no puede aceptarse como objeto de deseo del hombre.

Se podrían simplificar las cosas y decir que en las tres situaciones está en juego el Edipo. Pero sería un error. El Edipo temprano de Klein no es el de Freud y ninguno de estos dos se podría asimilar al concepto de Edipo que describe Lacan.

Desde la teoría, habría que aceptar entonces que hay que pensar las cosas de manera distinta. Pero desde la clínica, me sigue pareciendo válida la noción de zona de cruce. Algo así como que el análisis de Dora hubiera sido exitoso si se hubiera logrado en la transferencia, y a través de las interpretaciones, que transitara el camino para asumir su femineidad, aunque el tránsito hacia esta meta fuera muy distinto según la teoría que sustentara el trabajo analítico. Lo que se mantiene común, es la aceptación de que los cambios pasan por el reco-

nocimiento de sus deseos y limitaciones. Esto apunta *a* la posibilidad de acceder a una historia a través de nuevas significaciones, procesando lo no elaborado y mediante el trabajo de re-elaboración.

ABOUT THE CONCEPT OF CURE

This paper forwards the idea that “cure” is a process related to changes which occur in the patient as a consequence of analysis, during the period of treatment, and not: specifically, at its end. As to the validity or adequacy of using the word “cure” in psychoanalysis, the similarities and differences with the medical concept of cure are discussed. Although, just like in medicine, the aim is to diminish the patient’s suffering, the task of analysis is rather a larger knowledge of oneself and, as such, it comes close to the experience of learning.

The access to a larger knowledge of one’s own unconscious allows a different relationship with oneself and with the world, increasing the capacity to enjoy and allowing for a larger development of the individual’s creativity.

There is a difficulty however in specifying how this knowledge which has to do with the unconscious really is, and how it could be differentiated from the one stemming from a mere intellectual process. Perhaps we could come closer to this knowledge if we were to apply the idea of insight, or what Bion describes as “becoming what one is”. We have to keep in mind that it is a knowledge which comes about in an analytic situation, in transference, where being and experience are set in motion. It is thus that the intellectual and the affective side are intermingled, complementing each other essentially within the process of cure.

In spite of the differences in the manner in which “cure” is focused upon theoretically, this paper underlines that there are points of view which are the same at the clinical level, approaches and coincidences which build a real area of intersection.

We explain at the end the meaning of this “area of intersection” with Dora’s case history viewed from different theories (Freud, Klein and Lacan). The criteria which are shared as concerns the process of cure are related to the possibility that Dora might have approached her unconscious wishes and her limitations differently, which would have allowed her to move along a path where she could have taken up her womanhood by granting a new meaning to her history.

BIBLIOGRAFIA

1) **BION, W. R.** *Aprendiendo de la experiencia.* Paidós. Buenos Aires. 1975.

2) **BION, W. R.** *Transformaciones.* Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. 1972.

3) **BLEGER, J.** *Criterios de curación y objetivos del psicoanálisis.* Rev. Psicoanal. Vol. XXX, N^o 2.

4) **CANGUILHEIM, G.** *Une pédagogie de la guérison est-elle possible?* Nouvelle Revue de Psych. 17-1978.

- 5) **COROMINAS, J.** *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana.* Gredos. Madrid. 1976.
- 6) **ETCHEGOYEN,** *Insight.* Trabajo de Psicoanálisis. Vol. II, N^o 6. 1983.
- 7) **FERRATER MORA, J.** *Diccionario de filosofo.* Sudamericana. Bs. As. 1975.
- 8) **FREUD, S.** *Estudios sobre la histeria.* 1. 11, Amorrortu.
- 9) **FREUD, S.** *Caso "Dora".* T. VII. Amorrortu.
- 10) **FREUD, S.** *Caso del "Hombre de los lobos".* T. XVII. Amorrortu.
- 11) **FREUD, S.** *Análisis terminable e interminable.* T. XXIII Amorrortu.
- 12) **GARBARINO, H.** *Sueños de Dora.* Rey. Urug. Psicoan. N^o 62.
- 13) **GIRARD, C.** *La parte transmis.* Congres des psychanalystes de langue française 43eme. Paris. Mai, 1983.
- 14) **JURANVILLE, A.** *Lacan et la philosophie.* Presses Universitaires de France. 1984.
- 15) **KLEIN, M.**
- 16) **LACAN, J.** *Le séminaire. Livre I* Seuil. 1975.
- 17) **LACAN, J.** *Le transfert.* Ed. mimeografiada.
- 18) **LACAN, J.** *Intervención sobre la transferencia.* Escritos I. Siglo XXI

Editores. 1971.

19) **NIETO, M. y col.** *Relato presentado al XIV Congreso Psicoanalítico de América Latina.*

20) **PRIGOGNINE, I y Stengers, I.** *Le nouvelle alliance.* 1979.

21) **SEGAL, H.** *Factores curativos en psicoanálisis.* Rev. Urug. Psicoan. Vol. VIII N° 2/3. 1965.

22) **SCHKOLNIK, F.** *La historia de Juan o de la reminiscencia a la rememoración.*

Inédito.

23) **WIDLOCHER, D.** *Freud et le probleme du changement.* Presses Universitaires de France. 1970.

24) **ZETZEL, F.** *El proceso psicoanalítico.* (En Psicoanálisis de las Américas). Paidós. Bs.As. 1968.

**ALGUNAS
REFLEXIONES SOBRE
TEORIA DE LA
TECNICA EN
ANALISIS DE NIÑOS***

Myrta Casas de Pereda

El objetivo de estas líneas es comentar una sesión analítica desde una perspectiva centrada en poder reflexionar acerca de la Teoría de la Técnica en Psicoanálisis de Niños.

Transcribimos, pues, la sesión a comentar para luego reproducir, por escrito, lo que fue la transmisión de algunas de mis reflexiones en el Taller de Teoría de la Técnica realizado en las 60 Jornadas de Psicoanálisis de Niños y Adolescentes en Buenos Aires, setiembre de 1985.

MATERIAL CLINICO

Presentador:

Dr. José Tosun**

El siguiente material ha sido seleccionado con la intención de mostrar a un niño jugando, como punto de partida para intercambiar ideas y experiencias acerca del lenguaje lúdico, como expresión de lo inconsciente y las múltiples interpretaciones, desde diversos esquemas referenciales, que de él pueden hacerse.

* Consideraciones leídas en las 60 Jornadas de Psicología de Niños y Adolescentes, Bs. As. 1985 y presentado en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en diciembre de 1985.

En noviembre de 1984, fui consultado por una joven pareja, debido a que Mateo, de 3 años de edad, “no había controlado nunca de noche”.

La madre, de 26 años de edad, embarazada a término, se mostró como la causa indiscutible de la incontinencia del niño, llamándome la atención entonces, la constante “humedad” de sus ojos.

El padre, de 31 años de edad, “comprendía” a su mujer, haciéndole más llevadera su culpa. “Se hacia cargo”, del problema, con una “excelente” disposición a rápidas soluciones, tendientes a evitar choques entre la madre y el hijo: —“Yo me levanto más temprano, lo cambio a él y las sábanas, porque si no... ella se pone terrible”— El pensaba que todo era cuestión de tiempo.

Dada la inminencia del parto —ocurrió a las cuatro horas de la última entrevista—, les sugerí entonces, postergar la iniciación del tratamiento, conviniendo que se comunicarían conmigo, cuando se sintieran dispuestos a comenzar.

En marzo de 1985 comenzó el tratamiento, acordando que Mateo tendría 2 sesiones semanales, en tanto que ellos, 1 sesión semanal.

MATERIAL CLINICO

En cuanto a las entrevistas con los padres, considero útil rescatar el siguiente fragmento:

En esta sesión, se trataba el tema de las diferencias sexuales, en base a preguntas que Mateo les formulara y que los había inquietado mucho. La madre planteaba sus dudas, cuando el padre irrumpiendo en su discurso dijo: —“Pero él lo tiene muy claro, él sabe que las mujeres tienen tetas y pito ; . . .er tss... quiero decir pito y tetas! ...“

** Miembro de la Asociac. Psicoanalítica Argentina.

Este lapsus fue de gran utilidad, no tanto en lo que hizo al material, como en lo que permitió, dar cuenta de la presencia de lo inconsciente, factor que destaco, debido a que el padre hasta ese momento se mostraba como “aceptando” la idea, pero a partir de allí la vivencia del hecho, pareció transformar cierto escepticismo inicial en una especie de “fascinación”, por lo analítico.

SESION

Trae su “portafolios” (un ataché en desuso, que le regaló el padre) se encamina decidido al consultorio de niños y dice:

P: Hoy quiero jugar al “don”... José.

(Se trata de un juego inventado por él, que consiste en comernos un asado campero, durante el cual, él se pone muy “impaciente” por lo que tarda el mismo —como parte del juego— hasta que decide comérselo “crudo”).

—Nno... mejor... bueno, pero después jugamos al doctor.

(Este juego, consiste en que, luego de comer, él siente que le duele mucho “la barriguita”, por lo cual yo le pregunto: ¿Qué comió, señor? y él responde con sonidos de diferentes animales o cosas, por ej. —muuu... y frente a mi “sorpresa”, él dice: “Me comí una vaca”).

A: Bueno.

Disponemos los elementos: almohadones, platos y cubiertos.

P: ¡Tome Don! (tirándome el almohadón) ¡acá tiene el “asao”!

Comemos.

P: Quiero hacer pis.

A: Bueno.

P: (volviendo del baño) ¡Ché, José, tu baño está inundado!

Efectivamente, por un desperfecto de la válvula del depósito, el baño está inundado.

P: ¿Y ahora qué hacemos?

A: Y, secamos un poquito.

P: Uuuy... qué lío, José.

El baño es parcialmente secado, lo dejo en él, hace pis y retorna al consultorio.

P: Ya está...

Saca unos pliegos de papel crepé de su caja.

P: Buenoo... ahora vamos a dormiir... nos tapamos con esto..., y listo.

Apoya la cabeza en el almohadón, lo imito, nos tapamos con el crepé.

Silencio.

P. ¡JJJJ! (hace un ruido semejante a un rugido de felino).

A: ¿Eh?...

P: ¡JJJJ!... ¡El monstruo! (se acuesta nuevamente).

Silencio.

P:(incorporándose) José, ¿Me hacés un monstruo de plastilina?

Me incorporo, me dirijo hacia la caja, tomo la plastilina.

A: ¿Cómo querés que sea el monstruo?

P: Como un fantasma...

Hago un conoide de plastilina, parecido a un fantasma.

A: ¿Lo hacemos varón o mujer?

P: Y... hacelo mmm... hacelo varón.

Le hago un genital masculino, insinuado en un bultito, en lo que podría suponerse como la ingle del fantasma.

A: ¿Así?

P: (lo inspecciona) No, José, hacele un pito!

Le hago un “pito”, en posición no erecta.

P: (lo inspecciona y cambia la posición del pene a: erecta): Así..

Creo oportuno señalar que en otras sesiones, me ha contado que se hacia pis “hasta acá”, señalándose el cuello, lo que me hizo suponer que tal vez estuviera en erección en ese momento.

P: (vuelve a acostarse, se tapa) José... apagá la luz...

La apago, el consultorio sigue iluminado por la luz tenue del atardecer.

Silencio.

P: ¡JJJJ!... ¡ufa, otra vez!

Se levanta, va hacia el “monstruo” y lo despedaza, luego lo une todo, haciendo un “*bollo*” de plastilina, al que tira contra la pared. El tipo de material (caucho lauferin), rebota y le pega en un brazo, esto parece disgustarle, lo toma y lo tira varias veces contra las paredes del consultorio.

A: Qué lindo seria poder tirar bien lejos las cosas que asustan, ¿no?

P: (contesta con un gesto de asentimiento nostálgico, levantando las cejas, al mismo tiempo que mueve la cabeza lentamente, hacia arriba y hacia abajo...)

Silencio.

P: Bueno... y ahora al doctor. (se recuesta boca arriba.)

A: ¿Qué se comió?

P: ¡MUUU!

A: ¿Una vaca?

P: ¡GUAU!

A: ¿Un perro?

P: ¡JJJJ!

A: ¡Ahá!... ¿así que el monstruo anda por ahí adentro?, ¿no?

P: (riéndose a carcajadas) ¡JJJJ! ... (sigue riéndose)... ¡dale de nuevo!

A: ¿Qué se comió?

P: ¡JJJJ!... (se ríe)...

Surgen en la presentación dos elementos que serían motivo de mayores profundizaciones y que están muy entramados a lo que podemos inferir como estructura de este niño; me refiero al Motivo de Consulta y al abordaje terapéutico que elige el analista.

La enuresis aducida por los padres queda cuestionada desde la edad del niño. A los 3 años no podemos hablar de enuresis, pero entendimos que en la lectura del material surgen elementos para vislumbrar que esto que sólo podemos llamar “síntoma” entre comillas, es un lugar de anudamiento de vivencias que emergen como *conflicto* y expresión de angustia.

Damos por supuesto que el analista tuvo motivos claros para tomar este niño en tratamiento, que no aparecen explicitados, y que tal vez pertenecen a otro ámbito, (de las subdivisiones operativas de las Jornadas, “Demanda de análisis”, “Criterios de analizabilidad”). Por todo esto lo dejamos de lado, no sin antes señalar que el segundo elemento que mencioné antes y vinculado a lo anterior es el modo que elige el analista de encarar el tratamiento. Recordemos que “Cada visión engendra los problemas que deberá resolver posteriormente” O) y que este abordaje terapéutico, que debemos suponer bien fundamentado, articula por un lado lo percibido, tal vez, por el analista como seriedad de pronóstico, con una propuesta técnica de abordaje acorde al mismo y que. Al no estar explicitada no podemos entrar a trabajarla. Lo dejamos pues para el intercambio posterior.

Lo que nos surge como el primer elemento para el desarrollo es la primera frase que prologa al material, “*lenguaje lúdico*, como expresión de lo incons-

ciente”. Es decir que estamos ante otra cosa diferente como “expresión de lo inconsciente” que en el adulto. Lenguaje lúdico sí, pero veamos algo más de cerca en qué consiste: son movimientos a veces organizados en un juego, gestos, actos y palabras. Privilegio el lado del *acto* y todo podemos subsumirlo en él, actos con sentido (a develar), actos sin sentido, acciones, vacilaciones, actos de palabra. La palabra se emite como un *acto* de fonación y según Fonagy ⁽⁶⁾ que realizó un estudio psicoanalítico muy cuidadoso, la fonación reposa sobre bases pulsionales y aun muestra en su trabajo que la evolución fonética del niño es paralela a la evolución pulsional tanto en su progreso como en sus avatares. El “Agieren” domina la escena y creo que importa darle el lugar y “dejarlo hablar”. El juego *como puesta en acto* con su contracara de puesta en escena, deberá ser “escuchado” esperado en sus despliegues que abarcan espacio y tiempo para poder realizar la puesta en sentido. El niño pone en escena, (puesta en acto) y el analista acompaña el jugar, lo sigue, sin adelantársele (también “puesta” en acto) hasta el momento en que emerge en palabras, la puesta en sentido. Dos momentos, pues, de la interpretación analítica en la sala de juegos.

Pienso que ese *seguir al niño en el juego*, es equiparable al *silencio del analista con el adulto*; ambas son *conductas, activas*, determinadas por un sentido, sostenidas por una teorización.

El jugar, desde Freud en adelante, fue sin cesar comparado al soñar, como unas vías facilitadas de expresión de Proceso Primario similar al sueño pero sin el cierre de la motilidad. Esto conlleva por un lado una propuesta metapsicológica y por otro una perspectiva de diferentes niveles de simbolización.

Sólo enunciamos lo primero para abrir un espacio que requiere reflexión y sistematización. En un trabajo anterior realicé una aproximación freudiana al jugar-representar.(1)

Desde la simbolización podemos pensar que esa puesta en acto implica un nivel de abstracción menor que la palabra. Con ella (la palabra), la pérdida de lo

nombrado es más acabada y el sentido (o el no sentido) emerge más nítido, entramado en metáfora, metonimia, (condensaciones, desplazamientos). Se cumple el mayor grado de simbolización que dispone el ser humano en el sentido lingüístico.

Pero el acto, es también, en un nivel menor, simbolización, y en tanto tal, hay también pérdida y adquisición en el mismo movimiento.

Me refiero aquí a la posibilidad de hacer emerger sentidos y a lo que implica de diferentes niveles de abstracción.

Hay sin duda una necesaria referencia a precisar qué concepción utilizamos de simbolización.

Tomo de la ciencia del lenguaje (Ducrot-Todorov) (5) el que el “signo sea a la vez señal y ausencia”, y de que en el procesamiento a código, a lenguaje, se producen por este carácter especial del signo, la posibilidad de servir al encadenamiento de sentidos. A su vez habría tres relaciones de la parte perceptible del signo:

- con la cosa real - denotación.
- con la imagen psíquica - representación.
- con lo decible - significación.

y a su vez “denotación y representación son partes de un uso más general del signo que llamaremos *simbolización oponiendo así el signo al símbolo*”.

En la lingüística símbolo se define por oposición al signo, en la medida que la relación entre dos elementos (Simbolizante y Simbolizado) *es no necesaria*, arbitraria, independientes entre sí y por lo tanto esa relación es motivada, a diferencia del signo donde la relación entre dos elementos (Significante y Significado) es una relación necesaria, necesitándose mutuamente (Saussure), arbitraria, pero fija al mismo tiempo.

El juego y el lenguaje, ahora en la perspectiva psicoanalítica, remiten a uno y a otro y privilegiamos su proximidad con símbolo en tanto permite la motivación y el enlace por un sentido que anuda el deseo Inconsciente. Es decir que en los movimientos de significación, simbolización emerge el Deseo.

A su vez simbolización también implica un proceso de paso a código-lenguaje con un nivel mayor de abstracción.

El interés que me anima es investigar como lo instrumental lenguaje-juego, articula con lo inconsciente en la peripecia particular del juego en la sesión analítica.

Estos problemas —así como alguna hipótesis que formulo en esta presentación— serán desarrollados en un próximo trabajo (*).

Las puestas en acto del analista, equivalentes del silencio, a veces de señalamientos, en el análisis de adultos, con su carácter de simbolización menor que la palabra, se prestan también para vehiculizar interpretaciones. En esto debe estar atento el analista de niños, a los sentidos nuevos que su “jugar” aporta y acudir cuando es necesario y oportuno al segundo momento de puesta en sentido por medio de la palabra.

Veamos entonces la sesión para pensar en los problemas que surgen desde el enfoque de teoría de la técnica en análisis de niños.

De la trama del juego en Mateo se desprende un elemento de interés; surgen las Fantasías Originarias, las Fantasías Sexuales Infantiles, coito oral, en el primer juego por ejemplo, Escena Primaria en el segundo.

Muchos de los despliegues lúdicos del niño en la sesión son formas de representar las Fantasías Sexuales Infantiles. Nos planteamos entonces la pregunta de si debemos interpretarlas o no.

* “La Interpretación acontecimiento de la Transferencia. Puesta en Acto - Puesta en Sentido”. M. Casas de Pereda - 1986.

Pensamos en el niño como un ser en desarrollo, con un aparato psíquico formado y formándose al mismo tiempo en el sentido de que el niño construye sus representaciones tanto como es construido por ellas. Estructura en movimiento, articulando sentidos y pulsiones en un interjuego representacional.

Maldawsky (9) se refiere a las Fantasías Sexuales Infantiles como teorías explicativas inconscientes que estarían armadas en Representaciones Cosa surgidas de las diversas vicisitudes que vive el niño. A su vez las teorías ordenan el ámbito de las R. C. específicas según ciertos sentidos universales. Sostiene un carácter dinámico de un inconsciente en formación, donde la puesta en palabras o en actos es también parte del proceso.

Widlocher (12) por otro lado ubica a las Fantasías Originarias en la base de toda fantasía inconsciente y citando a Laplanche dirá que las Fantasías Originarias son un esquema anterior capaz de operar como organizador.

Freud nos daba en este sentido una explicación filogenética. Retomando entonces, lo dicho, suponemos Fantasías Originarias en la base de las F.S.I. y estas son a su vez de lo que dispone el niño para su encuentro con el mundo; debemos atender cuidadosamente este “discurso” para desentrañar lo singular de cada estructura. En mi trabajo antes citado decía que “Un aparato psíquico en formación implica despliegue de procesos naturales que incluyen la disponibilidad de las F.S.I.; esto se *intrinca en los avatares del proceso cognoscitivo* y la adquisición paulatina de nociones lógicas y operacionales de pensamiento”.

La trama propia y particular de cada pacientito estará tejida con estas fantasías universales.

El juego-acto permite la reinscripción del sujeto a través del decirse (nuevo) de su fantasma fundamental, de su singular variante de una fantasía originaria, creando entramada su particularidad, en la trama de los discursos que lo

determinan.

El conflicto hará mella en dicha trama y su emergencia en la sesión promoverá la emergencia de la interpretación. Pero podríamos pensar que la interpretación sistematizada de F.S.I. en sí no debe ser un objetivo en la tarea analítica.

Realicemos ahora una mirada más pormenorizada del material.

En los primeros enunciados del niño para emprender un juego compartido se nos destaca una vacilación verbalizada; luego de proponer un juego, algo pasa en él que cambia, vacila: *No... mejor... bueno... pero*. El “no” y el “pero” darían cuenta de cierta lucha, entre deseos distintos, un cambio, una disyuntiva y finalmente una elección.

Pienso que estos instantes, en un niño *jugando debemos privilegiarlos*. Como expresión de deseos contrapuestos, de emergencia de lo inconsciente, en el sentido de poderlos equiparar a un trastabilleo, un lapsus, una contradicción en el lenguaje del adulto en análisis.

Muchas veces en el despliegue (imaginario) de un juego ocurren esos pequeños cambios sin sentido, una modificación bizarra introducida, un movimiento del cuerpo sin sentido (en el momento). Así como el lapsus o los sueños se privilegian en el discurso adulto, pensamos que se debe otorgar valor *a los actos dentro de los actos* (que es el discurso infantil).

Y acá la vacilación en el planteo de los juegos incita al analista con el contenido de esos juegos a ubicarnos en la escena del conflicto de Mateo. La escena Primaria, el embarazo de la mamá.

Y es precisamente en el despliegue secuencial de esa puesta en escena (puesta en acto-juego) que vemos emerger, en el contexto de la escena primaria, lo relativo a su “síntoma”; dice “quiero hacer pis”, es decir, el motivo de consulta de los padres. Aquí interviene la casualidad para ayudar a la situación analítica incrementando la imaginarización: ¡El baño del analista está inundado!

Y creo que es entonces que se explicita el nivel de conflicto en una pregunta angustiada que remite también al hacer.

¿Y ahora qué hacemos? dice Mateo.

Y frente al hecho, el analista “hace” y diciendo “Y secamos un poquito” pone manos a la obra.

A esto aludíamos antes como puesta en escena del conflicto porque precisamente la incontinenencia nocturna que es aludida cuando Mateo expresa su deseo de orinar desencadena la evidencia de la falta de sostenimiento total por parte de los padres. Se fija como situación traumática, posible evolución a síntoma, por el modo en que es recibido por los padres; una incapacidad total por parte de la madre en recibir, “absorber” sus angustias, y el padre que en intrincado y sobredeterminado manejo, (el cambio de ropas para que la madre no las viera) lo fija en la realidad de una conducta problema (“¿Qué hacemos?” pregunta el niño ante la “inundación”).

Esto que es expresión de su angustia “ ¡qué lío, José!” es lo que motiva una respuesta analítica.

El analista no interpreta, simplemente responde con tranquilidad, sensatez, y actúa, seca el baño. Es la respuesta que no encontró en los padres, la que el analista pone en acto. Sin alarmas, sin ocultamientos en una conducta natural. Continentando, actuando el rol faltante de los padres.

“La interpretación, es la puesta en acto (mise en act) de la Transferencia” dice Nassio (10). Pienso con el niño la interpretación pasa por dos niveles diferentes de simbolización, desde la puesta en acto a la puesta en sentido y que no siempre el niño puede oír la interpretación verbalizada de la puesta en sentido, pero sí “oye” la puesta en acto.

Y creemos que ocurre un cambio en la *repetición* y Mateo visiblemente aliviado “Ya está...” se dispone a seguir trabajando.

Va a continuar en su despliegue lúdico de vivencias traumáticas y dramati-

za “*la cama*”.

Me detendré en la consideración del analista “...lo imito.

Creo que es sin duda, un punto de alto interés para la reflexión en el tema que nos ocupa.

Si bien puedo evocar (en mi experiencia) algunos gestos imitados para ayudarme en una verbalización, ayudando a mostrar como se mostraba el paciente, considero que es un recurso técnico que merece ser pensado.

- ¿Pantalla proyectiva viva que reproduce la imagen?
- ¿Reproducción especular que ayuda a representar-imaginarizar?
- ¿Necesidad de lo especular en la constitución del si mismo?
- ¿En los tempranos, especialmente, el contexto altamente narcisista del juego, obligaría más a ese recurso?
- Riesgos del acto especular: Actuación (acting).

Desde hace varios años, acompaño al niño en jugar, especialmente en los tempranos, en los púberes espero siempre su pedido, lo sigo, cuidando de no adelantarlo en sus fantaseos participo con él en roles propuestos.

Seguir un juego puede ser captar la necesidad de participación en una manipulación, requerida a veces con un gesto, otras explicitada, “teneme acá” “ponele el vestido”, o una propuesta directa de roles, “vos sos la mamá y yo la hija” o vos sos esta (por una muñeca) y yo esta otra”. Al hacerme cargo de un rol suelo preguntar de a poquito lo que debo hacer, o cómo es el personaje, una indicación de libreto digamos, que podemos rellenar entendiendo la consigna. *La transferencia nos marca el camino* y no se debe constituir en algo librado a la creatividad o imaginación del analista. Sino que la plasticidad necesaria debe, como atención flotante, remitir al espacio transferencial.

Así el juego compartido se vuelve trama donde se despliega el sentido, y emerge el deseo Inconsciente.

¿Y cuándo interpretamos?

Muchas veces en la trama se promueve la producción de sentido y allí casi naturalmente surge la puesta en palabras —interpretación—.

Otras veces en nuestro estado de atención flotante, algo rechina, algo molesta y allí también surge la interpretación, o un límite o un cambio en el juego que va en necesitar una explicitación posterior. En un breve ejemplo personal puedo ejemplificarlo un poco más: Celia había iniciado un juego que consistía en ser ella la maestra y debía ser la alumna. Me ponía cuentas y yo las realizaba. Buscaba afanosamente todo rastro de error y no anotar lo que me llevaba en la columna correspondiente, era motivo de airados reproches, de ataques francos, no un rezongo sino un trato cruel y ofensivo; a veces debía equivocarme para poder explicitar mejor su necesidad de castigo. Varias veces interpreté este modo de relación sádico con el objeto en frases comprensibles, directas, la Identificación proyectiva de ese modelo de relación, (en relación a sus imágenes parentales y en Transferencia cuando podía ser claro). Sin embargo el juego se prolongaba, semanas y semanas con pocas modificaciones que circunscribían o reafirmaban lo mismo. Hasta que en una sesión yo experimenté una vivencia de angustia, necesité *actuar* de otra manera, me sentí llevada, sin proponérmelo, a un cambio en el juego; empecé a “contestarle” a la maestra, que furiosa me amenazó con llevarme a la dirección. Le dije que me parecía bien, que yo también quería ir. Me dijo que entonces debía ir con la mamá a hablar con la Directora. Fui entonces (como mamá, ella era la Directora) y frente a las quejas de la Directora que no eran sino acusaciones hostiles contra “mi hija” y que estaba la amenaza de echarla del colegio, le contesté que precisamente eso pensaba yo hacer, sacar a mi hija de ese lugar tan injusto y llevarla a otro donde se respetara al niño.

Causó tal desconcierto en ella como alivio en mí. Se le fue la furia y co-

menzó a serenarse.

Sin duda aliviada comenzamos otro período de juegos diferentes.

Hubo pues una puesta en acto precedida por numerosas interpretaciones y luego sobrevino la P. en sentido pero se necesitó la primera para que pudiera “oír”. Lo escuchado fue entonces algo que tuvo valor de interpretación. Intervengo con una palabra-acto (juego) que desarmando la repetición, abre el camino para otra posición subjetiva.

Decíamos que seguir un juego, equivale a saber escuchar en silencio (con el paciente adulto) las cadenas asociativas.

Acá esa escucha es acto compartido y por lo mismo debe ser sutil y no intrusivo.

Por otra parte el jugar que se da en el encuentro analítico, con el concurso de la Transferencia realizado ante un otro, que sostiene su “decir”, no actuando (en el sentido del acting) sino poniendo en acto, da lugar a la *producción de sentido*, significa esto que se pierde uno y surge otro. Producción de Sentido que es en última instancia trabajo (arbeit) analítico.

Interesada en discriminar puesta en acto de acting, un trabajo de Silicett (11):

“El acting-out realización de una respuesta, producción del inconsciente”, en la perspectiva de la teorización lacaniana, me permitió un punto de partida para ese otro trabajo que estoy realizando en esta línea de intentar sistematizar el juego y la interpretación en la clínica de niños. En este sentido adelanto una reflexión o una propuesta que merece mayores afinados.

El juego en tanto acto tendría *valor significante*, diferenciándose del acting y del pasaje al acto.

“El acto con su efecto Significante, su corte estructurante, conduce al Sujeto a reaparecer luego del acto, otro, modificado”.

A diferencia del acting que tendría valor de signo, el acto, más próximo del símbolo, implica no quedar coagulado en su sentido sino estar siempre referido

a otro Significante que lo precede o que lo sucede. Un Significante es lo que representa al Sujeto para otro Significante ⁽⁸⁾. Regidos a su vez por las leyes del Proceso Primario, desplazamiento, condensación, Metáfora y Metonimia, es el modo de funcionamiento de la cadena Significante.

Movimiento Significante, *producción de sentido*, o en una formulación más rigurosa como lo propone Juranville ⁽⁷⁾ “de lo que es Significante ignoramos el sentido, sólo se puede hablar de advenimiento de sentido”. Hay pues un factor temporal en juego.

Como vemos, en esta línea teórica signo y símbolo se trabajan como opuestos.

En el caso que nos ocupa el analista, a lo largo de toda la sesión con Mateo, sólo interviene una vez en el sentido más clásico de interpretación. Poco antes le permitió proyectar, llevar al punto de urgencia a la representación plástica ^(*) como esa *intermediación necesaria en el niño, de mediatizar la simbolización por una puesta en acto antes de lograr el mayor grado de simbolización que es ¡puesta en sentido por medio de la palabra^(**)*

Y si observamos toda la secuencia, la intervención verbalizada del analista surge cuando el niño alcanza un grado de angustia muy alto que lo hace “actuar en forma distinta de lo ocurrido hasta ese momento. Nos ubica ante un acto de destrucción y luego de rechazo. Despedaza al monstruo y lo tira contra la pared. Y allí interviene el analista y lo hace aludiendo a la necesidad de simbolizar una situación traumática.

“...qué lindo sería poder tirar bien lejos las cosas que asustan...”

El condicional alude a que esa tarea no se resuelve así tirando, proyectando.

* El fantasma, monstruo de plastilina.

** Simbolización más lograda no implicaría emergencia de significantes que pienso que puede ocurrir tanto en el gesto-acto del juego como en el lenguaje verbal.

Pero es un modo de decir que lo entiende en su incapacidad de metabolizar (por ahora) el conflicto de otra manera.

Alude a una dificultad (donde se aúnan conflicto y estructura de aparato psíquico) para la que no dispone de instrumentación. (Represiones sucesivas, sublimaciones) pero le ofrece la continentación de su comprensión.

Y allí asistimos de nuevo al alivio del niño y a la reinstalación de trabajo analítico.

El niño termina la sesión en una propuesta de reiteración del juego “¡Dale de nuevo!”.

Seguramente necesitará desplegar muchas veces sus fantasmas que serán iguales y nuevos a la vez dando cuenta de la repetición pulsante de los deseos para organizar representaciones, resignificaciones, nuevas represiones, aparato psíquico.

Para concluir, desearía retomar mi propuesta de puesta en acto-puesta en sentido y reclamar la atención sobre el material desde esta perspectiva; ya que la mayor parte de la intervención del analista fue precisamente la de puesta en acto, y dejar planteado como problema o como pregunta si esto constituyó un nivel de interpretación eficaz.

Diciembre, 1985

SUMMARY

With reference to a clinical clipping, I dwell on a series of thought about the analytic task with children.

For several years I have been concerned with reviewing Freud's "agieren", which has moved my thoughts toward repetition-"acting" in childhood discourse, i.e. play.

Thus I take this action (play-speech) as an event full of meaning which takes place during the patient-analyst meeting.

I suggest that joining the child in his play (a frequent alternative in this task) is an analytic behaviour which is absolutely comparable to the silence of an adult's analyst.

From this point of view the aim of the analytic task should not lie in a systematized interpretation of childhood sexual fantasies but in a variant of his fundamental fantasies which we must derive from our listening to the plot of the patient's conflicts.

This special kind of listening actually found in the actions within the actions, allows hesitations, stumbling and incongruencies to emerge and all of these are equivalent to the lapsus, contradictions in the adult's verbal language.

I point out that analytic interpretation may participate in the "making" of play, and what matters is to know about the mediation of the meanings of our actions-playing.

I stress the importance that this saying-doing of the analyst has within the listening to the child (and the re-elaboration), and I leave the door open to think about the scope of these "actings".

BIBLIOGRAFIA

- 1) **CASAS de PEREDA, M.**, *“Representar - Representaciones. El escenario infantil”* (1983). *El juego en Psicoanálisis de Niños*. Ed. Biblioteca.
- 2) **CASAS de PEREDA, M., FERNANDEZ, A., F. de GARBARINO, M., GIL, D.,**
M. de PREGO, V., M. de PIZZOLANTI, G., PLOSA, I., *“De la novela a la Historia La Transferencia en análisis de niños”*. *Rev. Urug. de Psic.* N° 60, 1980.
- 3) **CASAS de PEREDA, M., FERNANDEZ, A., F. de GARBARINO, M. de PREGO, y., M. de PIZZOLANTI, G., y. de HOFFNUNG, P., PLOSA, I.,** *“Agresión e Imagen Corporal en Análisis de Niños”*. *Anales del XIII Congreso Latinoamericana. De Psic.* Río de Janeiro, 1980.
- 4) **CASAS de PEREDA, M., FERNANDEZ, A., F. de GARBARINO, M., de PIZZOLANTI, G., M. de PREGO, y., PLOSA, I., V. de HOFFNUNG, P., I. as.** *Jornadas APA -APU sobre Psic. de Niños*. Buenos Aires, 1982.
Introducción al Material Clínico. Winnicott, Caso The Piggie”.
- 5) **DUCROT, O., TODOROV, T.**, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del Lenguaje*. Siglo XXI, 1975.
- 6) **FONAGY, T.**, *“Las bases pulsionnelles de la phonction”*. *Rey. Fr. de Psych.*, T.XXXIV, 1970.
- 7) **JURANVILLE, A.**, *“Lacan et le philosophie”*. PUF., 1984.
- 8) **LACAN, J.**, *Escritos.*, 1.1., p. 330.
- 9) **MALDAWSKY, D.**, *Teoría de las Representaciones*. Nueva Visión, 1977.
- 10) **NASSIO, J.D.**, *“El inconsciente, la transferencia y la interpretación del analista; una visión lacaniana”*. *Rev. Arg. de Psic.*

1985.

11) **SILICET.,** 6,7 1976. "Ed. du Seuil". "*L'acting-out réalisation d'une réponse pro-duction de l'inconscient*".

12) **WIDLOCHER, D.,** *Los dibujos de los niños*". Herder, Barcelona 1979.

REVISTA DE LIBROS

Alain Juranville:

LACAN ET LA PHILOSOPHIE

ED. PRESSES UNIVERSITAIRES DE

FRANCE-COL. PHILOSOPHIE

D'AUJORD'HUI

Este autor y el tema que su libro desarrolla merecen, más que un resumen de su contenido, un comentario especial. Editado en febrero de 1984, este texto se hizo accesible a nosotros pocos meses después y vino a llenar un vacío importante que varios entre nosotros habíamos querido llenar, sea con otros textos o con la aproximación a filósofos de nuestro medio. La posibilidad de un encuentro entre ambas posturas, de un lenguaje común, de un acercamiento que permitiera entendernos, fue siempre un desencuentro infructuoso. Creo que el gran valor del libro de A.J. es el de llenar plenamente ese vacío.

Tenemos que comprender que la obra de Freud, Klein y aún más Lacan son muy recientes y revolucionarios para que se les acepte y comprenda en toda su significación. Si bien no estamos en la situación de un Galileo, vale recordar la conmoción que provocó en tiempos recientes Darwin o Einstein. El destino de la obra psicoanalítica ha sido su rechazo, anexión a otras disciplinas o su consideración como una nueva concepción metafísica o doctrinaria cuando no la vulgar diatriba contra su inmoralidad.

El libro de A. J. en toda su extensión 94 nos remite a una dialéctica de la interacción recíproca entre filosofía y psicoanálisis. La lectura no es simple ni fácil a pesar de lo cual es enormemente esclarecedora en ambas disciplinas. En primer lugar A. J. nos ubica en relación a la filosofía contemporánea (fundamentalmente a través de Hegel y Heidegger) sobre todo en lo que se refiere a epistemología, lógica (simbólica o combinatoria) y en cuanto a conceptos como los de verdad y saber parciales. Procede de la misma manera en lo que tiene que ver con el inconsciente freudiano y el aporte de la obra saussuriana.

Se trata de un texto en el cual en ningún momento se produce una “adaptación” de la filosofía al psicoanálisis o viceversa, o a corrientes contemporáneas de la lingüística o la lógica. Tampoco su lectura es una sobre simplificación de la concepción lacaniana a pesar de lo cual la comprensión de su obra se ve permanentemente aclarada y sistematizada. El psicoanálisis no puede desentenderse de una ontología y una antropología tanto como la filosofía puede hacerlo en relación al inconsciente.

Si bien creo que no cabe señalar capítulos de mayor o menor importancia en lo que se refiere a nuestra tarea como psicoanalistas, hay indudablemente algunos

que recorren caminos que estamos acostumbrados a transitar. A pesar de ello es aconsejable una lectura completa del texto, ya que el valor didáctico de A. J. nos permite una reubicación del psicoanálisis en relación a todo el pensamiento contemporáneo.

Moses Laufer y Eglé Laufer

ADOLESCENCIA Y

DESMORONAMIENTO

EN EL DESARROLLO

Una consideración psicoanalítica

Yale University Press. 1984

La publicación de esta obra, editada por la Yale University Press, ¡984, es un acontecimiento muy auspicioso para todos aquellos psicoanalistas interesados en el tema sobre Adolescencia. Contribuciones psicoanalíticas específicas al estudio sobre la adolescencia y sus trastornos son escasas en la literatura. Moses Laufer y Eglé Laufer son ambos analistas de formación de la Sociedad Británica de Psicoanálisis y han trabajado durante muchos años en el Brent Consultation Centre, servicio donde se atienden jóvenes entre las edades de 16 y 21 años.

Esta obra intenta aplicar los descubrimientos psicoanalíticos para la comprensión de los desórdenes del adolescente, su evaluación y tratamiento. Su experiencia, tanto con adultos como con adolescentes, los han convencido que este periodo hace una contribución específica y esencial a la vida psicológica. Los desórdenes psíquicos de este período necesitan ser entendidos diferentemente de aquellos de la infancia y la adultez. Dichos autores parten de que esta diferencia resulta del hecho que la adolescencia comienza con la madurez física sexual, un evento que altera el curso del desarrollo psíquico y da un sentido a la Psicopatología que no es similar dinámicamente a la de otras etapas. Ponen un

especial énfasis en destacar la relación entre la patología y el cuerpo sexual, planteando problemas para su evaluación diagnóstica y tratamiento. La vulnerabilidad a una ruptura con la realidad se incrementa marcadamente en la pubertad y durante la adolescencia. Esto es lo que llaman desmoronamiento (*breakdown*) del desarrollo. En líneas generales, intentando a grandes rasgos una síntesis de tan cuidadoso estudio por parte de los autores, esto respondería como parte de una reacción frente a la intensidad de fantasías conteniendo deseos tanto sexuales como agresivos relacionados con su propio cuerpo, fantasías que pueden ser contrarias a la imagen corporal idealizada. La imagen que el adolescente tenía de sí mismo antes de la pubertad podría contener la fantasía inconsciente de tener un cuerpo diferente del que él sabía que tenía en la realidad y es, durante la pubertad, cuando su cuerpo se vuelve físicamente, sexualmente potente, que sus esfuerzos en repudiar lo que es verdad (tanto ser hombre o ser mujer) le falla. Algunas construcciones delirantes, proyecciones paranoides, violentos ataques a su propio cuerpo como se ven en los intentos de suicidio y automutilación, las alucinaciones del adolescente, pueden ser entendidas como parte del desmoronamiento en el desarrollo donde el adolescente rechaza su cuerpo sexual maduro y perpetúa, en cambio, una relación fantaseada con un cuerpo diferente del que actualmente tiene. En este sentido, la secuencia de la diferenciación femenino-masculino, y su ligazón con la resolución original edípica tiene importancia para la evaluación de la severidad del desorden. Como se va desprendiendo, estos autores parten de la importancia que Freud daba al cuerpo y la primera relación con su propio cuerpo vía la madre, siendo esto el fundamento de la futura estructura psíquica, esto es, el Yo cuerpo como el antecesor de la organización del Yo. Siendo esto así, la relación con el propio cuerpo permanece como una relación central durante toda la vida, a pesar que el sentido psíquico se altera drásticamente de un periodo de desarrollo al siguiente. Esto es particularmente significativo durante la pubertad hasta el final de la adolescencia.

Un correcto diagnóstico y tratamiento durante la adolescencia puede ser de vital importancia para todo el futuro de vida de la persona. Sostienen su urgencia, al contrario de otras opiniones, en tanto todavía se puede ayudar en el progresivo desarrollo y ayudarlo en la integración de su funcionamiento genital hacia su organización sexual final. Durante el tratamiento psicoanalítico proponen como fundamental tarea la de establecer lo que ellos llaman “la fantasía masturbatoria fundamental”, fenómeno universal que nada tiene que ver con la patología. Lleva tiempo construir en la mente del analista cuál es la fantasía del paciente, pero las guías están en el material clínico, con todas las gamas de sus derivados del inconsciente, como repetidos ensueños diurnos, relaciones objetales que toman sentido para el paciente, las fantasías que acompañan la masturbación u otras actividades sexuales, formas repetitivas de conductas que pueden ser entendidas como un deshacer la represión. Establecer el núcleo de ella es parte necesaria del tratamiento y del desmontaje de la enfermedad. Integra la experiencia transferencial del paciente y frecuentemente es la base secreta de gratificaciones obtenidas durante el tratamiento. ¿Por qué? Durante la infancia el niño encontró formas de gratificación pulsional en su propio cuerpo o a través de un *objeto*. El niño en etapas preedípicas puede tener una gran cantidad de actividades autoeróticas, juegos, y fantasías que lo ayudan a recrear y satisfacer su relación gratificante con la madre. Después de la resolución del complejo de Edipo, toda satisfacción de sus deseos pulsionales y demandas en relación con su primer objeto de amor, su madre, no puede referirse en los mismos términos, aparece con la internalización del Superyo el juzgarse si es aceptada o no. Por lo tanto la fantasía masturbatoria fundamental queda fijada con la resolución del complejo de Edipo. Ella contiene las varias satisfacciones regresivas y las identificaciones sexuales más importantes. Con el desarrollo físico de los genitales el contenido de la fantasía toma un nuevo sentido, y hace demandas al Yo que difieren cualitativamente de las más tempranas. La organización

defensiva está bajo mayor stress. Se le agrega la vivencia de fuerza apremiante, cualidad que despierta temor por el poder de destructividad que puede agregada a la fantasía y por la facilidad con que la realidad puede ser negada en el momento en que es vivida. Muchas de las actuaciones que asociamos con el comportamiento del adolescente y generalmente son aceptadas como parte normal de su desarrollo, reflejan el esfuerzo del adolescente por encontrar nuevas maneras de integrar la fantasía masturbatoria fundamental. Algunos de los desmoronamientos o episodios psicóticos temporarios, representan la única solución posible al Yo en el esfuerzo por integrar este contenido dentro del contexto de la genitalidad. Entiéndase que esta fantasía no supone que el paciente se masturbe o no.

Otro de sus aportes a la concepción del desmoronamiento en el desarrollo es su supuesto de una clara interrelación entre la unificación de la imagen corporal, diferenciación última femenino-masculino, la resolución del conflicto edípico, y el momento en que la psicopatología se establece. Un importante factor sería que el adolescente emocionalmente experimente su cuerpo maduro como que le pertenece o si reacciona como si todavía es de su madre, quien primero lo cuidó, sin control sobre él, al que sienten como su enemigo o algo muy separado de ellos. En su necesidad de crear el sentimiento de que sus cuerpos eran tanto no-existentes como libres de peligro, recurren a varios medios, suicidio, drogas, comer compulsivo.

Describen también la adolescente mujer, su relación con el cuerpo y la masturbación. También la importancia el Superyo, la imagen corporal idealizada y la pubertad.

La segunda parte del libro se ocupa del proceso de tratamiento y el desmoronamiento. El proceso terapéutico debe últimamente hacer consciente la presencia

de una imagen corporal distorsionada y el deseo del adolescente de que el terapeuta participe en o acepte esta distorsión, incluyendo la distorsión de la realidad externa que esto implica, Y el desmoronamiento que tuvo lugar durante la pubertad debe ser reexperimentado dentro de la relación transferencial. Una “transferencia desmoronada” debe establecerse y ser elaborada.

El último capítulo se ocupa de secuencias clínicas y el valor de la evaluación diagnóstica.

Irene Maggi de Macedo